

36

6

ERTO

revista de documentacion social

ABRIL

L pta.



Asentamiento de Madrid

Renau

LIBERTINAJE Y PROSTITUCIÓN

GRANDES PROSTITUTAS Y FAMOSOS LIBERTINOS

POR E. ARMAND

Documentos para una interpretación sexualista de la Historia
Precio: 10 pesetas

Una de las primeras interpretaciones acerca de la influencia del hecho sexual sobre la vida política y social del hombre. Esta formidable obra de unas 500 páginas, formato 16 por 21 centímetros, va profusamente ilustrada con numerosos grabados del INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN SEXUAL DE VIENA

HE AQUÍ EL INTERESANTÍSIMO Y COMPLETO SUMARIO

PRIMERA PARTE: LA PREHISTORIA

Paraíso terrenal y edénismo. Los vasos etruscos. Ninfas, faunos, silvanos y sátiros. La leyenda de Hércules. ¿Son los sátiros los antropoides antepasados del hombre? La primera prostituta. El erotismo de los primitivos y sus consecuencias. La prostitución hospitalaria.

SEGUNDA PARTE: EL ORIENTE ANTIGUO

Parsifae. La prostitución sagrada. La leyenda del Minotauro. Las hijas del Lot: El levita de Efraín. Judá y Thamar: Onán. El rigorismo mosaico. El *Cantar de los cantares*: La Sulamita. Rahab, Dalila, Judit. Las costumbres del Asia anterior. Isis y Osiris: Ródope.

TERCERA PARTE: EL MUNDO GRIEGO

Demetrio y Lamia. Alcibiades. Safo. Megalostrata: Las cartas de Alcifrón. Aspasia. Leonción: Epicuro: Dancæ. Lais. Friné de Tespiés. Tais y Gliceria. Generalidades sobre las costumbres de los tiempos primitivos y de la antigua Grecia.

CUARTA PARTE: ROMA

Acca Larentia: Fundación de Roma. El rapto de las Sabinas. Flora: Las Floralias. Generalidades sobre la prostitución entre los romanos. El culto a Priapo. Mesalina. Cómo se practicaba en Roma el libertinaje. La calle, los baños, los festines. Los grandes poetas romanos: El «Satiricón». Julio César, el superhombre latino. Cleopatra y Marco Antonio: Una vida inimitable. Octavio Augusto: Las dos Julias. Tiberio: La isla de Caprea. Calígula y Claudio: El lupanar imperial. Nerón y Esforo: ¿Leyenda o historia? Galba: Apogeo de la pederastia. De Otón a Tito. Domiciano. Adriano y Antinoo. Cómodo. Heliofóbalo: El mitracismo sobre el trono.

QUINTA PARTE: LA ERA CRISTIANA

Las grandes divisiones de la Historia. La Magdalena y los orígenes de Jesús. Marta y Magdalena. Jesús, divinidad solar. Arrepentidos y arrepentidas entre los primeros cristianos. Costumbres de los cristianos primitivos. Los ágapes de los primeros cristianos y los agapistas. La orgía bizantina: Teodora.

SEXTA PARTE: LA EDAD MEDIA

Las costumbres medievales: Carlomagno. España en la Edad Media. La Torre de Nesle. La Corte de los Milagros. Los ejércitos y la prostitución. Ocultismo erótico: El sábado. Incubos, súcubos, filtros de amor. El enigma de Gil de Rais. La Gran Ramera. La papi Juana. Las cortes de amor. Las sectas eróticas. El erotismo católico. El pecado original, la condenación católica de las manifestaciones del amor y la práctica de los grandes dignatarios de la Iglesia. Tanchelm. Los «kloeffers»: Historia del pequeño «Josquín». Los Hombrés del Saber. Los Templarios. Las sectas eróticas de

los musulmanes. Cómo se refrenaba la lujuria en la Edad Media.

SÉPTIMA PARTE: EL RENACIMIENTO

El Renacimiento: La hermosa Imperia. Los Borgia. La corte de los Valois. Enrique VIII, el Barba Azul coronado. La Casa de Austria. La prostitución en los países de lengua alemana. Los anabaptistas. Juan de Leyden, dictador en Munster. Los Eloístas o *Libertinos de Amberes*. Solimán el Magnífico: La poligamia coránica. Don Juan. La sífilis, el mal de los ardientes.

OCTAVA PARTE: LOS TIEMPOS MODERNOS

Los muchachos y los cinturones de castidad. Los ligeros, sus procesiones y el diablo en el convento. El Verde Galante. Luisa Labe, Marión Delorme. Ninón de Lenclos. Las posesiones: Gaufridy, Urbano Grandier, La Sodoma de Louviers, El sexo del diablo. Luisa de Lavallière, la Montespán y la Maintenón. El tráfico de venenos. Las misas negras en el tiempo del Gran Rey. Las amantes de Molière. La Gran Mademoiselle y Lauzun, el don Juan del Gran Siglo: La Regencia: Los Roués. Luis, el muy amado. El Parque de los Ciervos. El pecado filosófico. La secta de los Skoptsy o Scopits. El amor en el siglo XVIII.

NOVENA PARTE: LA ÉPOCA DE LOS ENCICLOPEDISTAS.

DE SADE, RETIF DE LA BRETONNE Y SUS TIEMPOS

Catalina II, la Semíramis del Norte. De Sade y el sadismo. La obra y la filosofía de De Sade. El sadismo y sus raíces. ¿Qué es el sadismo? El sadismo sin De Sade. El caballero d'Eon. La logia *La amistad amorosa*. Los afrodisiacos y los cosméticos en el siglo XVIII. Las virginidades simuladas. Los antivenéreos. La literatura erótica en el siglo XVIII. Retif de la Bretonne. El acontecimiento del Collar. Los aventureros de la Corte de Versalles. Casanova, *homo eroticus*. La Revolución: Theroigne de Mericourt.

DÉCIMA PARTE: DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN. EL MUNDO CAMINA HACIA UNA ÉTICA SEXUAL NUEVA

Proyecto de reglamento para una casa de prostitución bajo el Directorio. Desde Nápoles hasta fines del segundo Imperio francés. De la señora de Krudener a Rasputín. El Extremo Oriente. Las revelaciones de la *Pall Mall Gazette*. Las casas de citas. La prostitución y la libertad sexual entre los civilizados y los primitivos. Policía de las buenas costumbres y abolicionismo. Las anomalías sexuales. El autoerotismo; el símbolo sexual. La ambisexualidad. El masoquismo. El freudismo. El spiesismo. La represión y el Instituto de las Ciencias sexuales de Berlín. Los mormones. El decreto de la Unión Anarquista de Saratof (?). El malestar sexual y sus consecuencias. Reacción contra los celos y las muertes pasionales. El amor y la cuestión sexual entre los Utopistas. Las realizaciones sexuales. Pornografía o educación sexual. Conclusión.

De entre todas las opiniones de los grandes escritores sobre la gran obra de Armand, destacamos las de los tres autores más caracterizados. HAN RYNER, el conocido escritor, ha dicho: «Libertinaje y prostitución es, hasta la fecha, lo mejor que se ha escrito sobre este tema.» CAMILLE SPIESS, el célebre ensayista especialista: «Este libro es, a todas luces, de lo más instructivo sobre la materia.» El doctor L. ESTEVÉ califica el libro Libertinaje y prostitución, «un magnífico manual de erotología».

ORTO

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSE RENAÚ

Año II Núm. 14

Valencia, abril 1933



A NUESTROS LECTORES

Desde hace poco tiempo, y como obediendo a una consigna, veníamos notando una serie de bajas en nuestra suscripción y cierto retraimiento de un sector de nuestro lector habitual hacia esta Revista que no acertábamos a explicarnos. Por las indagaciones hechas entre nuestros corresponsales y amigos observamos que no se ha comprendido bien la finalidad de nuestro intento al publicar ORTO.

Estábamos dispuestos a silenciar el hecho y seguir el camino que nos habíamos propuesto; pero, como los hechos toman carácter de verdadera y franca hostilidad, no hay otro remedio que salirles al paso y dar una explicación conveniente.

En nuestro primer número decíamos que ORTO era a modo de un órgano supervisor que descubriera el horizonte y anunciara la nueva aurora, dedicándose por entero a la crítica analítica de la sociedad actual y a la preparación, a la

construcción del nuevo edificio social que pugna por levantarse. Decíamos, también, que, en medio del forcejeo y de la pasión que los contendientes ponían en la lucha por la más práctica y rápida emancipación, ORTO sería el remanso sereno y objetivo en donde los hombres pudieran saciar su sed de conocimientos sociales y se instruyeran y recogieran los materiales necesarios para edificar la nueva vida.

La Revista ha venido recogiendo en sus páginas todas las manifestaciones en pugna en el mundo social y ha dedicado gran parte de su espacio a estudiar con preferencia las convulsiones económicas y sus nuevas directrices; ha reunido las cifras y proyectado en un plano de íntima humanidad, haciendo de la estadística una ciencia para la emancipación del hombre; al pasar revista al pensamiento filosófico ha tratado de destruir lo que en él había de partidista y dogmático; ha procurado

relacionar la religión con la economía y la historia, colocándola, limpia y desnuda, en el lugar que le corresponde...

ORTO ha pretendido ser un vivero indispensable de documentación que ayudara a ver claro y hondo en el intrincado laberinto de los problemas sociales en este período de transición.

Todo nuestro mayor interés ha sido que la masa comprendiera, que enriqueciera su sensibilidad, exacerbando en el hombre su sentido de humanidad, amplio y generoso, indispensable para aquel que siente el anhelo de lo justo y sabe perdonar por su superioridad moral.

ORTO quiso, en un esfuerzo supremo, unificar la técnica y la ética, al producto con el hombre, al productor con el ciudadano. Recrear la vida social por la humanización de la economía, con serenidad, sin odios, alquitarando las ideas y exponiendo con nobleza su pensamiento impregnado de humanidad, de perdón y de consuelo.

En una palabra, quisimos llevar la duda al pensamiento dogmático, formado en una sola recta cultural e intencionada y sin contraste alguno. Pretendimos dignificar el pensamiento con la duda filosófica, y vemos que se nos ha interpretado mal. Nuestro máximo deseo era el de unir al proletario, al productor, en el terreno sindical, en lo básico, en lo que es común a todas las tendencias socialistas, dándoles materiales nuevos para construir el armazón de la nueva sociedad.

Creemos haber cumplido, en parte, lo que nos propusimos; pero la gente, y lo que es más de doler: los trabajadores, algunos trabajadores, no han querido comprender esta grandeza de pensamiento y de actuación. Su mal entendida conciencia

libertaria no ha podido soportar el razonamiento tranquilo de la mayor parte de nuestros colaboradores ni la exposición libre de las ideas. Como esta campaña indefendible ha surtido su efecto y nos agrava considerablemente el esfuerzo por sostener la Revista, hemos decidido hacer un último llamamiento a aquellos que entienden debe continuar nuestra labor. No somos partidarios de apelar al lloriqueo editorial, tan frecuente en nuestras revistas, sino de exponer, como lo hemos hecho, nuestro esfuerzo personal y económico sin esperanza de recompensa alguna; y, por lo mismo, por no haber regateado nunca nuestro sacrificio en bien de la causa proletaria, no podemos pasar sin nuestra protesta, la actitud insólita de unos hombres que, en lo íntimo de su conciencia, todavía guardan el rescoldo de un atavismo intolerante y fanático, bien incompatible con las ideas libres que dicen practicar.

Hecha esta advertencia, sólo nos queda añadir que continuaremos esta obra hasta que podamos, si es que podemos vencer los embates de esta incomprensible campaña.

Esta es la verdad, que no tratamos de velar lo más mínimo. Y si ORTO muere, gran parte de la causa se deberá a los compañeros que, por un proceso autofágico e inconsciente, van destruyendo su propia vida, el instrumento de su liberación, de su cultura. Siendo más de lamentar esta insolidaridad en el preciso momento que el enemigo se une para desarticularnos por algún tiempo.

Nada más. Los lectores tienen la palabra...

LA DIRECCION

El desarrollo de la prostitución en relación con la crisis económica actual

EN 1895, el profesor Woods Hutchinson, tomando como base una encuesta sobre la prostitución en las grandes ciudades de los Estados Unidos, achacaba el 9'4 % de los casos a la falta de trabajo. Fedorow atribuye a la misma causa un porcentaje de 14 %, tratando de la prostitución en Rusia. Bouger ha recopilado datos estadísticos demostrativos de que en Berlín el número de prostitutas debidamente inscritas ha aumentado en los años más afectados por el paro forzoso.

Ignoro si existen estadísticas recientes por las que sea posible establecer la relación entre la prostitución y la falta de trabajo. De todos modos, sería imposible fijar esta relación con respecto a ciertos países, por el extraordinario desarrollo que, en ellos, ha alcanzado la prostitución clandestina. Así, por ejemplo, hablando de la capital de Francia, Mr. Xavier Guichard, jefe de la policía judicial de París, hacía a un redactor del *Dagens Nyheter*, de Estocolmo, las siguientes declaraciones que fueron publicadas en julio del pasado año:

«La prostitución (en París) disminuye constantemente, pues, si bien el número de prostitutas inscritas es siempre, aproximadamente, de 5.200 (el mismo que en 1913), no será preciso hacer notar que nuestra población ha aumentado en una tercera parte, por lo menos, en el transcurso de los últimos dieciocho años. Por el contrario, la cifra de suicidios va en aumento (762 suicidas en 1917, frente a 1.804, en 1931).»

Ahora bien; habida cuenta de que el aumento de suicidios, como demuestran las crónicas, obedece principalmente a la crisis mundial, ¿no resulta extraño que, en tanto una multitud de mujeres se arrancan la vida a causa de la miseria, sean muy pocas las empujadas a la prostitución por esa misma causa? Por otra parte, ¿qué significación dar a los múltiples escándalos a que la trata de blancas ha dado lugar en Francia en 1932?

Evidentemente, la respuesta obvia a es-

tas dos preguntas es una y la misma: lo que disminuye en París es la prostitución controlada, reglamentada, pero no la prostitución real y verdadera.

En Alemania, el fenómeno de la crisis de la profesión de prostituta, simultáneo con el del más amplio desarrollo de la prostitución, ofrece un aspecto particular: me refiero a la competencia que hacen las menores a las adultas y éstas a las mujeres.

La prostitución de menores ha alcanzado en Alemania enormes proporciones; de ellas da idea el hecho de que, mientras que en el año de 1930 se contaron 4.000 niñas sin domicilio, su número, en 1931, oscilaba entre 15 y 20.000.

La noticia que copio a continuación, traducida de la revista parisién *Lu* (julio, 1932), es en extremo significativa. Dice:

«Se ha descubierto que en Humboldthain, arrabal de Berlín, más de una treintena de niñas de 8 a 14 años asediaban sistemáticamente a los hombres, ofreciéndose a ellos a cambio de algunos pfennigs.

La policía judicial ha averiguado la existencia en los extensos parques de Humboldthain de un verdadero «mercado del amor», organizado casi exclusivamente a base de menores. La mayoría de éstas se conocían entre sí. Por eso referíanse unas a otras, por ejemplo, que los parados pagaban voluntariamente de 30 a 40 pfennigs.

Tras una larga investigación, la policía ha logrado descubrir que las muchachas acostumbraban a entregarse en una casa de una calle próxima a Humboldthain. El propietario del inmueble y un amigo suyo han sido detenidos y conducidos a la Comisaría. Habiendo sido identificados por las niñas, a preguntas de las inspectoras de la policía femenina, depusieron ambos su actitud negativa. Pero trataron de justificarse, alegando que habían sido seducidos por las menores, quienes se les habían mostrado tan provocativas, que no pudieron ellos resistir a la seducción.»

La prostitución infantil presenta en Viena las mismas proporciones.

En los Estados Unidos, 200.000 niñas sin domicilio pululan por sus ciudades, como informaba en septiembre de 1932 el Departamento del Trabajo americano. Y si no tenemos datos oficiales exactos y suficientes sobre la prostitución de menores en Norteamérica, es únicamente a causa de un puritanismo hipócrita.

Por doquiera, en fin, nos encontraremos, al lado de la prostituta oficial y en competencia con ella, a la muchacha abandonada a sí misma o inducida por sus padres o sus parientes; a la que no tiene trabajo y ha de procurar la subsistencia de sus hijos o de sus padres, o de unos y otros a la vez; a la obrera que, sí, trabaja, pero es a cambio de un salario de hambre...

La prostitución por hambre presenta en Alemania caracteres tan típicos y sobresalientes, que la prostitución común pasa casi inadvertida, confundándose y quedando superada por aquélla. Un periodista checo no titubeaba en definir la prostitución berlinesa como «una forma de mendicidad» (*Narodni Politika*, Praga, octubre, 1932). Otro periodista, ruso, refiriéndose a Hamburgo, el antiguo puerto mundial, convertido hoy en «cementerio de buques», describía a las rameras de rostro pálido y cuerpo descarnado que comercian en la barriada del puerto, añadiendo que casi todas ellas son muy jóvenes. Y refería a continuación cómo familias enteras de obreros, empleados, pequeños funcionarios y pequeños comerciantes viven casi exclusivamente de la prostitución (*Krasnaia Gazeta*, abril de 1932). Para completar el panorama actual alemán, hay que sumar a esta íntima relación entre el desarrollo de la prostitución y la miseria reinante, la índole mercenaria de las formaciones hitlerianas y la frecuencia de los robos y de los suicidios, sin olvidarnos de las bochornosas dimensiones de la prostitución masculina.

En París existen igualmente «mercados de *petit-jeunes*» en la Puerta de Saint-Martin, en Saint-Denis, en la calle de Faubourg-Montmartre, en la Magdalena, en la Estación del Este, Avenida de Wagram, Halles, plaza Pigalle, etc. Pero se trata, por lo general, de muchachos más o menos invertidos y, casi siempre, de vagos profesionales. En Alemania, en cambio,

asistimos al proceso de una prostitución masculina mucho más extensa y mucho más compleja.

La revista *Monde*, de París, en su número del 24 de octubre de 1931, publicaba un reportaje sobre Alemania, en el que la pluma de Hya Ehrenburg trata con absoluta claridad los rasgos de la índole económica de este fenómeno como se observa en Berlín.

«La criminalidad —dice— aumenta rápidamente; los carteristas y los ladrones se multiplican de día en día. Según una estadística de la Prefectura de policía, el 60 % de los robos registrados en estos últimos tiempos no son obra de ladrones profesionales, sino de obreros parados hambrientos.»

La miseria no cesa en su tarea de castigar al hombre, ensañándose con él. Por la noche, por el Pasaje de Unter den Linden, por las avenidas de Tiergarten, por las cercanías de Alexanderplatz, deambulan millares y millares de hombres jóvenes, cuya edad oscila entre los quince y los veinticinco años; muchos de ellos usan calzón corto. Al cruzar con ellos veréis como tratan de sonreiros lánguidamente, entornando, con coquetería, sus ojos, en los que se trasluce el hambre. Esto no es perversión, ni libertinaje, ni moda; es, sencillamente, miseria.

Los viciosos ricos del mundo entero convergen diariamente en Berlín, porque aquí, la policía, que persigue sañudamente a los sin hogar y a los comunistas, en cambio tolera de buen grado todas las variaciones del «amor». Los aficionados a este género de aberraciones se dirigen con preferencia a los lugares donde se verifican los censos de parados. Por dos o tres marcos se seduce a un novicio; éste, confuso, indignado, resiste con repugnancia; pero, al fin, se decide: no se puede jugar con el hambre. Y esto degenera en profesión.

Por la mañana, estos individuos aún se entregan con afán a la busca de trabajo; pero, al anochecer, vuelven a echarse a la calle a esperar clientes.

Este trabajo nocturno, único que encuentran, está mal retribuido: un marco cincuenta, un marco, a veces, 50 pfennigs...

Yo he estado en un cabaret donde los caballeros eran atendidos por estos seres.

Cuando una mujer entraba, por acaso, en la sala de aquel establecimiento, mi-

rábanla ellos con avidez, con deseo perfectamente masculino, porque son *hombres*, normales, sanos. Pero he aquí que llega un *caballero*, un coronel retirado, de grandes mostachos fieramente retorcidos... Al instante, unos diez jóvenes caen sobre él, tratando de confeccionar una sonrisa lánguida. Se conformarían con que el caballero les pagase un marco, ¡un marco nada más! Entre ellos, no son pocos los que ayer mismo aún luchaban socialmente en el mitin y en la manifestación. Si, por casualidad, entra en el establecimiento un antiguo camarada de partido, no pueden evitar que la vergüenza coloree sus rostros. Seguirán charlando, riendo, bailarán inclusive; pero dentro llevan un alma hecha jirones por la vergüenza y el remordimiento. No son ya hombres, son simplemente maniqués, fantoches de trapo y serrín...

Yo he conocido a un sastre que transformaba la indumentaria de los neófitos de este oficio original, recortando los pantalones y descotando la camisa.

Todos sueñan con volver a encontrar al «príncipe». Cuando hablan del «príncipe», ya se sabe que se trata de cierto Hohenzollern que ha conservado sus altas tradiciones, y cuando se encuentra en un evacuatorio con algún jovencito, tiene la costumbre de azotarlo con un pequeño látigo, dándole diez marcos después.

Cerca de la casa donde habita el «príncipe» puede verse a estos desventurados vagando en espera de la fortuna...

No hay ninguna estadística oficial referente a la prostitución masculina. Pero personas de contrastada competencia aseguran que la cantidad de *parados* que se han visto en la obligación de prostituirse se cuenta por decenas de millares. Ahora bien; estos *parados* están en la plenitud del vigor juvenil; además, quieren trabajar...

¿Cómo, pues, calificar a un régimen que los arroja al medio de la calle, que los reduce a la repugnante condición de monstruos degenerados, que los sume en la trágica categoría de muertos vivientes...?

En los diarios berlineses puede leerse anuncios en que muchachos «bien parecidos» solicitan un protector.

En Austria, lo mismo que en Alemania, los *parados* son fácil presa para los homosexuales ricos.

El caso sucedido en Krafpstemberg, en diciembre pasado, a un sin trabajo de diecisiete años, que fué violado por seis miembros de un Círculo clandestino de homosexuales pertenecientes a la *alta sociedad* vienesa, a cuyo Círculo fuera conducido aquél por un conocido que le ofreció la cena, es un caso perfectamente explicable, si se tiene en cuenta que el muchacho no había comido desde hacía veinticuatro horas.

Y mientras la prostitución masculina y la de menores son peculiares a aquellos países de Europa más azotados por la miseria, la compraventa de niños y la trata de mujeres se nos ofrecen igualmente típicas en las naciones del Oriente en que la carestía de la vida es más acentuada.

En noviembre de 1928, lady Simón publicaba los resultados de una encuesta sobre la «Mui-Tsai» china, o sea, sobre la venta de niñas, cedidas por sus familias, como «criadas para todo», a los ricos, a los burgueses medios y a los pequeños burgueses, así como también a los traficantes o proveedores de la prostitución.

A raíz del advenimiento del régimen republicano, en 1912, estos procedimientos fueron declarados fuera de la ley, y, particularmente, en Cantón, el vergonzoso tráfico quedó prohibido, bajo severas sanciones judiciales. En cambio, en Hong-Kong, colonia inglesa, so pretexto de que allí no estaba reconocida la «Mui-Tsai», nada se hizo para combatirlo.

En 1923 se promulgó una orden prohibiendo el empleo para servicios domésticos de menores de diez años. Y, no obstante esta prohibición, el número de las «Mui-Tsai» se elevaba en 1929 de 8 a 10.000.

Lady Simón calculaba en 2.000.000 el número de niñas esclavas, condenadas a los más rudos trabajos y a la sevicia más cruel, y denunciaba la existencia en Hong-Kong de un verdadero y auténtico comercio de esclavas.

Algunas niñas eran vendidas a la edad de cuatro años, y, tras quince de esclavitud, arrojadas a la prostitución.

En 1931, la Comisión de Ginebra para la represión de la trata de mujeres y niños abrió una información en el extremo Oriente. Esta Comisión, lo mismo que la creada para la abolición del tráfico de opio, no ha sacado nada en consecuencia, sencillamente, porque en China la trata de muje-

res y niños no podrá suprimirse si no es con la desaparición del hambre.

Si en 1931 más de 100.000 niñas chinas eran vendidas a propietarios de prostíbulos, la causa no era otra que la situación difícilísima en que China se encuentra, con sus doscientos millones de centros productores sin trabajo; con sus diez millones de personas sin hogar, con sus cinco millones de habitantes muriéndose de hambre, en una palabra.

Cuando se lee que las familias de los campesinos chinos venden a sus propios hijos, se califica ello de monstruosidad; pero bastará con examinar la situación desesperada de las regiones asoladas por la sequía o devastadas por las inundaciones, para convenir en que realmente esa supuesta monstruosidad es la única posibilidad que los padres encuentran para salvar la vida de sus hijos.

El reverendo Herwlett Johnson, decano de Canterbury, describía, en el *Manchester Guardian*, en abril de 1932, la vida en los pueblos del norte de Anhwei, devastados por una inundación.

Cuando ya no quedan vacas, ni ovejas, ni aves en el corral, ni muebles ni combustible en la casa; cuando el único alimento son las hierbas malas, a las que se añade una especie de tierra, entonces es cuando se vende a los niños... Están esqueléticos y llevan el vientre fofo y arrugado...; los varones se pagan a seis dólares y las hembras, a diez...

En el Japón, la situación es análoga.

He aquí un pasaje del informe emitido por una Comisión encargada por el Ministerio de Agricultura de visitar las regiones azotadas por la miseria. Este pasaje se refiere a la comarca de Uiiigata, célebre en otro tiempo por la belleza de sus mujeres y próspero por su producción arrocerá, convertida hoy en teatro de la penuria más acerba y el hambre más pavorosa.

«Después —dice— de vender los campesinos cuanto poseían, y sumidos en la miseria más absoluta, han recurrido a vender a sus hijos. El precio corriente de una niña de once años es de cien yens; una adolescente de quince años se cotiza en cuatrocientos yens. Centenares de familias han vendido a sus hijas en estas circunstancias.»

En los pueblos japoneses —como copiaba el *Narodni Politika*, de Praga, de un gran rotativo japonés correspondiente a

agosto de 1932— hay gran escasez de mujeres, a consecuencia del tráfico de niñas.

«Las regiones del norte del Japón —observa el *Narodni Politika*— son famosas por la rara belleza de sus mujeres. Los distritos de Akita y de Yamagata contribuyen con el mayor contingente de niñas a la provisión de los prostíbulos de las grandes urbes. El número de prostitutas reclutadas en todo el Japón, durante el año de 1930, fué de setecientas. En el mismo año el número de niñas que, solamente las dos provincias antes mencionadas aportaron, se elevó a quinientas. El Departamento de Aomori provee anualmente a las casas de lenocinio de trescientas muchachas, cifra que se ha duplicado en el período 1931-32.

Del pueblo de Nishi-Okueci, que contaba 4.700 habitantes, de los cuales 2.300 eran mujeres, han desaparecido totalmente las jóvenes de quince a veinticinco años.»

Ahora bien: Lo mismo la menor que se prostituye en Berlín, por unas monedas, que las familias enteras que viven de la prostitución en Hamburgo y en Viena; lo mismo las muchachas francesas y polacas que emigran a los lupanares de Egipto y de la Argentina, y las chinas y japonesas vendidas por sus familiares en los pueblos hambrientos, que los obreros parados que se prostituyen con ricos invertidos en las ciudades alemanas y austríacas, no son sino diversos matices de un mismo cuadro —el cuadro de la prostitución más varia, amalgamada y repugnante— cuyo fondo es, siempre, la crisis económica mundial.

En los períodos que nos han servido de estudio es cuando los datos estadísticos se revelan más luminosos y elocuentes. No solamente por la magnitud de sus cifras, sino también porque ellos vienen a corroborar sólidamente el testimonio directo del observador.

La miseria, factor genéricamente predisponente de la prostitución se ha convertido, en estos períodos, en factor específicamente determinante de ella.

C. Berneri

La evolución de la sociedad moderna

III

Las Asociaciones de producción de campesinos

CUANDO todas las tierras, así como todas las casas sean propiedad de los Municipios en un régimen social comunista libertario, hay que suponer que las tierras comunales serán, en la medida de lo posible, explotadas en común por el conjunto de la población campesina y según las decisiones que la Junta general de los campesinos, ayudada por los peritos agrícolas, tomará en todo caso particular. Entonces dependerá de la naturaleza de las tierras y de los productos cultivados, así como de los menesteres del consumo, la forma de cultivo que predominará en cada comarca. Es evidente también, en este caso, que las capacidades de la población aldeana para ciertos cultivos, las tradiciones seculares existentes en toda región, las preferencias o, al contrario, las aversiones, tan difíciles de explicar a menudo, continuarán ejerciendo su influencia.

En este caso, ¿es que la pequeña empresa agrícola parece estar definitivamente condenada? Y aquella forma de grandes explotaciones que, bajo el nombre de Kolkhoses, alcanzan cada día mayor desarrollo en Rusia, ¿estará predestinada a convertirse en la forma general del cultivo en toda Europa?

Eso es ciertamente poco probable. El cultivo de los productos agrícolas es en Rusia, con sus inmensas planicies, esencialmente *extensivo*, mientras que en la Europa central y occidental los diversos cultivos son mucho más *intensivos*, produciendo ricas cosechas en superficies relativamente restringidas. Sobre todo en los alrededores de los pueblos, las tierras obtienen, con la proximidad de un mercado seguro y fácilmente accesible, una importancia esencial para el cultivo de productos delicados, tales como legumbres y primicias, frutas, flores, árboles y arbustos, todos los productos que exigen cuidados particulares y para los cuales ha demostrado ya la experiencia que la pe-

queña y muy pequeña explotación presentan ciertas ventajas sobre las explotaciones grandes y las muy grandes. Estas ventajas contrarrestan suficientemente el empleo de las mayores y más potentes máquinas. La asociación libre de los cultivadores debe entonces permitir la aplicación de los métodos más modernos de cultivo, de recolección, transporte y manutenzione.

En la sociedad actual, las cifras de los censos y las de investigaciones particulares demuestran, hasta en los países más avanzados, un aumento bien claro del número de las pequeñas empresas agrícolas (1). La aplicación de los procedimientos de cultivo modernos permite obtener, en las mismas superficies de tierra, rendimientos muy superiores.

No hay, pues, que esperar que la evolución social, en la Europa central y occidental, acabe completamente, en un porvenir cercano, con las pequeñas empresas independientes de la agricultura y la horticultura, por radicales que puedan ser los cambios en otras ramas de la producción.

Las experiencias de las últimas decenas de años han demostrado que las tendencias al robustecimiento de estas pequeñas empresas se han visto favorecidas aún en muchas direcciones. En principio, han sido influenciadas, aunque sólo sea débilmente, por las medidas legislativas.

Méjico proporciona un ejemplo característico. En aquel país, después de los últimos movimientos revolucionarios, un considerable número de grandes propiedades territoriales (haciendas) han sido repartidas en parcelas entre pequeños cultivadores. Ha sido establecida una Asociación Cooperativa Nacional que, por mediación de una oficina de préstamo gubernamental, compra máquinas agrícolas y las alquila a las asociaciones campesinas esparcidas por todas las regiones del país. *México's New York* (la Nueva Era de Méjico),

(1) He insistido sobre este hecho en mi *Teoría del capital y el beneficio*, vol. I, cap. I, págs. 65 y siguientes.

es el término en que un corresponsal del diario londinense, el *Times*, ha calificado los procedimientos del Gobierno mejicano (1).

Es evidente que, en un orden social comunista libertario, los Municipios serán designados particularmente para tomar a su cargo el abastecimiento de todas las máquinas agrícolas y la instalación de granjas, bodegas, etc., que pueda necesitar la población agrícola.

Una nación tan fundamentalmente agrícola como España podría renovarse completamente con un régimen de cultivo parecido.

Dejando aparte el apoyo gubernamental, son, sobre todo, las medidas de mutua ayuda y la cooperación sistemática de los campesinos las que actuarán en la dirección prevista por nosotros.

Algunas de estas medidas se aplican ya actualmente en diversas regiones y pertenecen a lo que se denomina a veces «comunismo rural», supervivencia de un comunismo muy primitivo; pero que se ha desarrollado considerablemente en los tiempos modernos, por el interés bien entendido de los campesinos.

El préstamo accidental de bestias de carga o de mano de obra en la época de las recolecciones o de la trilla, la compra a cuenta de la comunidad de abonos, carbones, artículos caseros y útiles de toda especie, todas esas formas de ayuda mutua, fortifican la situación económica de las pequeñas empresas agrícolas al mismo tiempo que dejan su independencia a cada campesino.

Ya en el orden social de nuestros días, las compras en común de abonos y maquinaria agrícola, por ejemplo, ponen a los pequeños cultivadores en la posibilidad de beneficios y ventajas comerciales y técnicas de las que goza la gran explotación agrícola. ¡Cuán importantes, pues, podrán ser las ventajas en cuestión cuando, en sociedad comunista libertaria, los Municipios rurales se apliquen a alentar más y más semejantes formas de asociación y ayuda mutua entre los campesinos y a representar directamente los intereses de todos, en los casos en que las iniciativas particulares no sean suficientes para

realizar la mutua ayuda en una escala más vasta.

Lo que acabamos de decir de la cooperación accidental de los pequeños campesinos, se aplica igualmente, y en un grado más alto aún, a su cooperación permanente, no solamente para la compra en común y el aprovisionamiento de los cultivadores, sino que también para la venta de sus productos.

La cooperación para la venta de la leche, frutas, legumbres, aves, etc., permite ya hoy día a los pequeños campesinos aprovechar las tarifas especiales de transporte y formar una potente organización frente a los intermediarios, que disponen con respecto al campesino aislado de todos los medios coercitivos que el capitalista puede emplear con el pequeño productor.

Contra todas esas formas coercitivas no hay más remedio que la asociación para la venta en común de los productos, con la posibilidad de crear las lecherías de granjas, las queseras cooperativas, las bodegas comunales para los vinos, las sidrerías y azucareras comunales, etc.

Hoy ya no se podría proclamar, desde el punto de vista técnico, la superioridad de la mantequería o la quesera capitalista, que concentra todos los días la leche de los campesinos de los alrededores, sobre la fábrica cooperativa, a la que envían la leche los campesinos bajo su propia dirección. Desde el punto de vista de las facilidades comerciales y financieras, hasta es posible que las relaciones existentes ya entre las Cooperativas de producción y las Cooperativas de consumo ofrezcan, a los campesinos reunidos, ventajas contra las que luchan difícilmente los capitalistas aislados.

En todas estas direcciones, el Municipio podrá juntar en el porvenir las iniciativas personales, porque en el Municipio estará basada la sociedad comunista libertaria futura.

Lo esencial para los campesinos es obtener, al frente de sus empresas de producción en común, la colaboración de personas competentes para la dirección y la administración.

El lector habrá observado que no nos hemos situado, en todo lo que antecede, en el punto de vista de este largo período de transición de la sociedad capitalista actual, en sociedad comunista avanzada,

(1) *The Times* del 27 de octubre de 1932, «Trade and Engineering Supplement, Latin America Monthly Section».

que deberá seguir necesariamente. No hemos hecho, pues, alusión alguna a los «almacenes centrales», donde puede que los descendientes de los campesinos actuales llevarán un día sus productos agrícolas sin ninguna cuenta que ajustar, libres de tomar por sí mismos los artículos de industria: útiles, vestidos, artículos caseros, etcétera, que puedan necesitar.

Las generaciones que vendrán tras de nosotros se arreglarán como ellas quieran, como ellas puedan. Los comunistas libertarios de nuestros días deben contar con los hombres como son actualmente. También nosotros debemos suponer que en el porvenir los productos agrícolas e industriales serán aún durante largo tiempo —puede que durante siglos— productos para el mercado.

En estas condiciones podrá suceder que los campesinos reunidos tengan que remunerar a las competencias de dirección y administración que estén al frente de sus Sociedades a tasas relativamente elevadas, tal como lo hacen actualmente, por ejemplo, las Cooperativas de producción y de consumo. Pero esto no será ciertamente un gasto inútil.

Indudablemente que no dejará de haber conflictos en la sociedad comunista libertaria. Ante todo —en lo que concierne a los campesinos— los conflictos con los consumidores.

Actualmente, los consumidores de los diferentes productos agrícolas están aún, en general, demasiado poco organizados para poder oponerse, de otra forma que

con protestas y movimientos espontáneos, a las exigencias eventuales en las asociaciones campesinas.

Sin embargo, puede esperarse que, en el porvenir, los consumidores se agrupen más metódicamente que en el presente, en Ligas que no se limitarán a rehusar, de común acuerdo, los productos agrícolas cuyos precios estén arbitrariamente elevados por los productores reunidos, sino que se esforzarán igualmente en reemplazar lo mejor posible los productos rehusados con otros.

Las soluciones amistosas se impondrán entonces. Hay que hacer constar a este respecto que, actualmente ya, las Cooperativas de consumo se han distinguido por sus intenciones bien claras de llegar a un acuerdo en todas partes con las asociaciones campesinas, más bien que por un espíritu de animosidad contra estas últimas.

En suma, sería imposible indicar soluciones uniformes al problema de las rivalidades futuras entre productores y consumidores. No podríamos ni siquiera señalar todas las tendencias que aparecerán necesariamente y cuyo desarrollo definitivo dependerá de las potencias encontradas en cada sitio, de la naturaleza especial de las ramas de consumo y de la intervención de numerosos factores de secundaria importancia.

Christian Cornelissen

París.



— Otra vez a empezar...

Ayuntamiento de Madrid

Los comienzos de la Internacional (octubre-noviembre 1864)

Marx y Bakunín en 1864-65

LA Internacional continúa siendo amada por nosotros, por el sentimiento de solidaridad que profesó en ocasiones memorables y supo inspirar en las poblaciones obreras de muchos países, solidaridad tanto en las aspiraciones de una humanidad sociable y socialista como en las luchas presentes del trabajo y la libertad y en el respeto mutuo por las autonomías de las ideas, en táctica y organización. Desde que en su seno se pecó contra estas tres categorías de solidaridad —que ello fuera por guerra, lesión de las autonomías, esfuerzos por unificar las ideas y la táctica por medios coercitivos—, desde entonces, toda su estructura se disgregó y su espinazo quedó roto, lo cual sucedió en septiembre de 1872. Después han habido Internacionales de trabajadores unidos por ideas o tácticas, organizaciones cada vez más homogéneas, pero sin encanto, sin vacilación, sin atractivos, no yendo más allá de la rutina; porque, ¿qué cosa hay más banal que asociarse con las personas de las mismas opiniones y costumbres? Lo que se necesitaba, lo que se necesita aún y cada vez más, es saber crear la convivencia con el respeto de las autonomías entre los productores, y, cuando todo el mundo sea productor, entre los hombres de los más diversos matices sociales; esa es la misión que nos incumbe y que los hombres de 1864 y algunos de sus predecesores se habían ya asignado. La asociación de los homogéneos es lo que realizan todas las religiones, todas las patrias y precisamente de ello se desprenden las persecuciones, las rivalidades, las guerras, los odios; porque toda asociación, toda religión, todo Estado, como no aceptan ni aman más que a su propia organización, se sienten empujados a la disputa, a la conquista, en marcha hacia la dominación universal. Cruzadas y guerras de expansión y dictaduras materiales más feroces, son el resultado inevitable. Así es que la Internacional antiautoritaria de los años 1872 hasta los alrededores de 1880, tan de-

seosa de respetar las autonomías en su seno y consiguiéndolo, no pudo ampliar sus cuadros que aparecían cada día más mermados; se vio rodeada de las nuevas patrias del socialismo autoritario, esos partidos socialistas políticos que, de 1881 a 1896, por una serie de conferencias y Congresos internacionales, llegan a constituir una agrupación exclusivista de partidos adheridos a la política electoral y legislativa obrera, que desde entonces se han titulado la segunda Internacional, y cuya eficacia, sea para cualquier acción de solidaridad o hasta para evitar las guerras y atenuar las crueldades entre los pueblos, ha sido nula. Y la sedicente tercera Internacional, agrupando a los adheridos a las dictaduras socialistas, tiene por principio un exclusivismo exactamente rígido. Los sindicalistas, durante largos años, no han querido ni siquiera coordinar sus movimientos y su organización internacional presente; la A. I. T. se encuentra de nuevo rodeada de agrupaciones hostiles, exactamente igual que la Internacional antiautoritaria de los años 1872-1880, la Internacional anarquista de 1907-1914 y algunos esfuerzos semejantes. Más que nunca, *los años de 1864 a 1869-70 han sido los únicos años de paz, de amistad, de solidaridad mutua en el gran mundo obrero, hasta la fecha*, y eso aun relativamente, con reservas, sin pararse en consideraciones y llevando en su seno los gérmenes de las disensiones de 1870 a 1872 y de la gran disgregación de 1872.

Hay, pues, que admitir que ni los socialistas de los diversos matices, desde hace más de un siglo, ni las tentativas de los trabajadores de aspiraciones internacionales han sabido crear la convivencia de los humanos, ni más ni menos que los Estados que se acometen, los capitalistas, las religiones, los filósofos... nadie. Mas, con mayor motivo, este gran objetivo continúa ante nosotros para ser conseguido y hemos bosquejado esta ojeada retrospectiva para demostrar que no tenemos razón alguna para descansar sobre

nuestros laureles en internacionalismo, porque bien poco, demasiado poco, ha sido hecho en este aspecto y, como se verá, tampoco la gran Internacional, que nosotros amamos cuanto menos, hizo gran cosa y se dejó llevar y traer en diversas direcciones por pequeñeces, personalismos y condiciones adversas. Después de haber hablado de su nacimiento largo y penoso (1862-64; véase ORTO, enero 1933) pasaremos a relatar sus pasos iniciales en 1864, cuando Marx contribuyó mucho a ponerla pronto en pie sobre una base conveniente y atrayéndola al interés, aunque él no actuó ni podía actuar nunca sin una segunda intención.

Los designados por la Asamblea del 28 de septiembre se reunieron el 5 de octubre, cuando Marx propuso nombrar secretario al joven tradeunionista W. R. Cremer. Le Lubez fué elegido secretario corresponsal para Francia, Holtorp para Polonia. Se discutieron los principios y se acabó por nombrar un Subcomité de nueve que redactarían un proyecto; estos nueve fueron: los ingleses Whitlock, Weston (socialista), Pidgeon, Odger y Cremer, luego, Marx, Le Lubez, el polaco Holtorp y un personaje titulado Mayor Wolf, que todos aquellos años tenía la confianza de los mazzinistas y del mismo Mazzini, y que en 1871, por los documentos encontrados durante *La Commune*, fué reconocido como un espía a sueldo de Francia, lo que no le había impedido vender también a Mazzini, a la Italia en 1870, cuando fué detenido en Gaeta. La señora E. Asburst Venturé, en su biografía de Mazzini (traducción francesa, París, 1881, págs. 173-4), dice: «El Judas que le traicionó le había sido denunciado a menudo como espía. El había experimentado siempre contra él una repugnancia y una desconfianza instintivas, contra las que luchaba su naturaleza generosa, pero sin embargo no dominó jamás aquellos sentimientos lo suficiente para confiarle secretos que concernieran a la vida de los otros. «Siempre ha estado enterado de mis viajes en los tiempos en que yo estaba condenado a muerte —decía Mazzini—, y, sin embargo, he circulado en seguridad. Mientras que el peligro sea para mí sólo correré la suerte...» La señora Venturé mismo, tan afecta a Mazzini, añade: «Mazzini sufría una doble equivocación al juzgarlo así... El cobraba,

en efecto, una cantidad de dinero cada vez que denunciaba a tiempo los movimientos de Mazzini para poderlos prevenir...» En aquellos años, a partir de 1859, Mazzini era un personaje político demasiado renombrado para que, fuera Napoleón III, fuera Víctor Manuel, hubieran querido incurrir en los odios y los peligros que hubiera podido acarrearles un arresto y un proceso contra Mazzini; ellos le dejaban, pues, hacer, o entorpecían sus planes, según sus intereses. Así que, en Gaeta, «una vez pasado el peligro (de insurrección) —dice la señora Venturé—, el Gobierno se encontró muy embarazado con su prisionero. Temía sobre todo por su salud, persuadido de que si le ocurría algo sería atribuido a la malevolencia». En dos meses fué puesto en libertad. Aquel Wolf, que Mazzini puede que tolerara siguiendo el principio de que un espía conocido es aún preferible a los desconocidos que pusieran en su lugar, no debiera haber sido dejado circular en el ambiente de la Internacional, autorizado por él como el hombre de su confianza. La Internacional de Londres no tenía secretos, pero los manejos de los refugiados franceses y sus corresponsales de Francia eran el pasto de un espía de aquel género.

En el Subcomité, sesión del 8 de octubre —Marx, ausente (enfermo)—, Weston, a quien Marx titulaba un antiguo owenista, modesto fabricante entonces, «un hombre muy amable y bueno» (Marx, carta a Engels, 4 noviembre), leyó una declaración de principios «llena de confusión suprema y de una longitud interminable»; en efecto, a demanda de Le Lubez y del Mayor Wolf, se le rogó abreviar y modificar su texto, que sería entonces recomendado como programa (acta de la sesión).

Enseguida Wolf-Cremer hacen adoptar un acuerdo para ponerse en relaciones con las Asociaciones obreras de todas partes y Wolf lee el reglamento de las Asociaciones italianas. Marx escribe que aquéllas son, en suma, Sociedades de socorros mutuos asociadas y que el texto estaba evidentemente compuesto por Mazzini, que trata la cuestión obrera a su modo y pone también la cuestión de las nacionalidades. También, el 13 de marzo de 1866, dice Marx de aquel reglamento: «Wolf quería la centralización, y

por asociación de trabajadores comprendió solamente las Asociaciones de socorros mutuos.» Los estatutos de Mazzini fueron impresos en tiempos de la Conferencia de Nápoles (el Congreso obrero celebrado en Nápoles en el otoño de 1864, el Congreso que fundó la Federación de las Asociaciones italianas con un Consejo de Cinco). Apenas puede creerse que Mazzini hubiera visto el Manifiesto (inaugural) de Marx, antes de su impresión, puesto que estaba en el bolsillo de éste, a menos que lo hubiera visto cuando había sido remitido a Le Lubez y antes de haber sido llevado al *Beehive* (diario). En fin, el 8 de octubre, según el acta, el Subcomité se mostró muy satisfecho con aquel reglamento, y Cremer-Le Lubez proponen que se le recomiende al Comité general. Así es que teóricamente el socialismo bien intencionado, según Weston, y prácticamente el reglamento centralizador Mazzini fueron la primera elaboración recomendada.

Weston —abreviado— y el reglamento Mazzini fueron leídos en la Junta general del 12 de octubre y devueltos al Subcomité para su revisión. Aquel día se adoptó el nombre de *International Working Men's Association* (Asociación Internacional de Trabajadores). Le Lubez presentó al Subcomité una revisión de los dos documentos, y el Comité general, el 18 de octubre, en presencia de Marx, escuchó la lectura del nuevo texto. Marx, advertido por Eccarius, escribe que se quedó «verdaderamente horrorizado al oír leer por el bravo Le Lubez un preámbulo espantosamente fraseológico, mal escrito, completamente inmaturo, que pretendía ser una declaración de principios, en el que aparecía Mazzini por doquier apenas cubierto con los más vagos harapos del socialismo francés. Además, el reglamento italiano estaba aceptado casi en bloque; un reglamento que, aparte de todas las otras faltas, tenía un objetivo completamente imposible, una especie de gobierno central (naturalmente, con Mazzini en el fondo) de las clases obreras europeas. Yo hice una oposición tranquila y, después de largas discusiones, Eccarius propuso que el Subcomité «redactara» aquello de nuevo. Pero «los sentimientos» de la declaración Le Lubez fueron votados».

El acta de la sesión muestra a Cremer,

secundado por Marx, proponiendo la adopción del programa leído por Le Lubez. Aún Fontana y Lama proponen aceptar la sustancia del programa, que fué votado unánimemente. Un periodista inglés, Peter Fox (su nombre era Andrés), fué agregado al Subcomité, y este Comité recibió instrucciones para redactar finalmente los dos documentos.

Así es como entró aquel asunto en las manos de Marx, que no andaba nada descaminado en sus juicios sobre Le Lubez y Weston, que no podían crearse un talento que no poseían y escribieron como habían hablado y escrito toda su vida. Al mismo tiempo, a todos los otros miembros les agradó su trabajo o, para algunos, pareció demasiado avanzado. Marx no hirió su amor propio en aquella primera ocasión, pero supo arreglárselas sin escrúpulos para que todo el asunto fuera a parar a sus propias manos y, consiguiéndolo, entonces deslumbró a todos con su talento, y desde aquel momento era escuchado por el Consejo y se burlaba de la oposición que Le Lubez, Weston y algunos otros no dejaban de hacerle. El 20 de octubre, pues, cuando Cremer, Le Lubez y Fontana se reunieron en su casa, quedaba acordado «que, si era posible, ni una sola línea de aquellas cosas quedaría en pie»; y para perder el tiempo propuso discutir el reglamento; a la una de la madrugada, un artículo de los 40 había sido discutido. Entonces se le dejó los manuscritos, lo cual era su objeto, y de allí al 27 de octubre redactó los documentos que se conocen.

Compuso, pues, en el sentido de los «sentimientos votados» el Manifiesto inaugural *to the Working Classes* (a las clases trabajadoras), de las que no se había tratado, quitó la declaración de principios del Preámbulo y redujo los 40 artículos a 10. «Mientras se trata de política, en el Manifiesto inaugural hablo de *dountries* (países) y no de *nationalities* (nacionalidades) y denuncio a la Rusia, no a las *minores gentium*.»

El Subcomité aceptó aquellos proyectos el 27 de octubre añadiendo las palabras: *Nada de deberes sin derechos, nada de derechos sin deberes y los derechos y los deberes iguales*, cuya primera fórmula había sido expresada algún tiempo antes por un letrado americano muy conocido, Franz Lieber, que, en su juven-

tud, estudiando alemán, hacia los años de 1820 a 1825, había sido uno de los radicales más comprometidos de las Sociedades secretas, refugiado desde entonces en los Estados Unidos y completamente americanizado. La otra adición son las palabras famosas sobre *la Verdad, la Justicia, la Moral*, como base de conducta de los miembros de la Internacional con respecto a todos los hombres; aquellas fueron nociones éticas que Marx no repudiaba y puede que practicara, pero que consideraba inutilidades en la lucha de clases; hasta me atrevería a decir que en la vida de asuntos políticos y sociales. Esa falta de ética fué su defecto fundamental, y los hombres de talento inferior, pero que tenían corazón, han imprimido su marca cuanto menos en aquellos textos con esas sencillas palabras.

En la Junta del Consejo central (que toma este nombre por el reglamento adoptado en aquella sesión) del primero de noviembre de 1864, «fué aceptado mi Manifiesto con gran entusiasmo, por unanimidad». Marx leyó sus tres documentos: Preámbulo, Manifiesto y Reglamento; el Manifiesto fué votado, con la exclusión de la palabra *profitmonger* (beneficio comercial), por 11 votos contra 10. El Preámbulo pasó unánimemente e igualmente el Reglamento. La discusión, según manifiesta el acta de la sesión, fué insignificante o nula.

Así fué como tuvieron su origen aquellos textos memorables y puede darse cuenta, por medio de las actas y la carta de Marx a Engels del 4 de noviembre, de que las ideas particulares de Marx no aparecieron entonces, y de que si más tarde Engels, sobre todo, se ha basado en las expresiones de ideología marxista de aquellos textos como prueba de la aceptación de aquellas ideas especiales por el Consejo central y por el primer Congreso en 1866, ello fué una distorsión grosera de la verdad. Aquellos textos fueron aceptados con placer y espontáneamente, porque presentaron una redacción homogénea y muy digna en lugar de los textos de Weston, Mazzini, Le Lubez, textos dispares que nadie podía armonizar. Una nueva asociación de hombres muy diferentes no hubiera podido ponerse de acuerdo sobre una «declaración de principios», y la solución encontrada por Marx de relegar dicha declara-

ción a un Manifiesto aparte, texto pasajero, y no decir más que pocas cosas muy claramente razonadas, expresadas lapidariamente, en el Preámbulo permanente que precedía al reglamento, era una combinación ingeniosa y práctica.

El Manifiesto fué llevado al *Beehive*, el periódico de las Trade-Unions, y se tiraron ejemplares aparte, en dos largas columnas en folio: *Address of the Working Men's International Association... adopted Nov. 1, 1864*. Esta tirada está inscrita (impresa): *To the Editor of... y firmado W. Cremer, Nov. 4 (al editor de...)*. Es decir, de esta manera, esta tirada, aparte del *Beehive*, ha debido ser enviada a muchos periódicos. El reglamento circuló en pequeños folletos, titulados: *Address and Provisional Rules...* (London, printed at the *Beehive* newspaper Office) (Manifiesto y reglas provisionales... Londres, impreso en La Colmena, editorial del periódico), sin fecha, once páginas en 16.º. El 24 de abril de 1866 solamente se hizo imprimir una nueva edición de mil ejemplares por un miembro del Consejo, Leno; esta es la edición sin fecha *Printed by the Westminster Printing Company* (impresa por la Compañía impresora Westminster), 16 páginas en 16.º, pero por los nombres de los miembros del Consejo, que cambian tan a menudo, la edición no pudo ser tirada hasta agosto de 1866. La publicación del Manifiesto había sido hecha enseguida «sin la sanción del Comité» (queja de Marx el 8 de noviembre), y aquel 8 de noviembre se decidió hacer imprimir 500 ejemplares del Manifiesto y del Reglamento, lo que pone la edición «at the *Beehive* newspaper Office» en noviembre de 1864, pero la cifra de la tirada había sido aumentada el 15 de noviembre a mil. Aquel día se decide buscar un local definitivo, y Marx y Wheeler proponen las afiliaciones de Sociedades obreras inglesas, que serían visitadas a este objeto por delegados del Consejo y podrían proponer un nuevo miembro al Consejo, que decidiría su aceptación.

Aquel 15 de noviembre aparecen las primeras manifestaciones de actividad hacia otros países. Marx y Howell proponen «que el señor L. Otto sea autorizado para corresponder en nombre de la Asociación con los amigos del progreso en España». Este fué un periodista de Stuttgart, anti-

guo oficial cadete y estudiante, del que Marx dijo lo bien que conocía idiomas (en su carta del 2 de diciembre), pero que desaparece bien pronto y ya no se trata de España durante largo tiempo. A propuesta de Dick y Howell, el presidente de los Estados Unidos, Lincoln, es felicitado por su reelección —Manifiesto contra los esclavitudistas, redactado por Marx—. Para entregarlo al embajador americano algunos querían que la Comisión fuera acompañada por un miembro del Parlamento, pero la mayoría decidió emanciparse de aquella costumbre.

En la segunda mitad de octubre de 1864 fué cuando Bakunín, llegado de Suecia, pasó alrededor de unos quince días en Londres, volviendo por París y Marsella a Italia, sin tener la más mínima idea de acercarse a la Internacional y a Marx. Había sido insultado de tal manera en las publicaciones de los urquhartistas, es decir, de David Urquhart y sus partidarios, que proclamaban a todo ruso que transitaba por la vía pública europea, aunque fuera un revolucionario, como agente de zarismo, y él sabía que Marx estaba en relaciones con el periodismo urquhartista, contribuyendo a ello —lo que confirma ampliamente la correspondencia con Engels— el que no hubiera tratado de entrevistarse con Marx en Londres en 1862 y 1863. Había sido insultado también en el mismo periódico de Marx, en 1848, en Colonia; él buscó el fondo de aquella maquinación, ayudado por Jorge Sand, y Marx publicó una retractación; algunas semanas después, en agosto, en Berlín, por el esfuerzo de amigos comunes, había una reconciliación entre ellos. Marx y Engels se creían enormemente superiores a Bakunín en ciencia económica, pero lo vigilaban siempre con recelo como una fuerza elemental que era impulsada por las fuerzas naturales que ellos sabían no poseer en su interior. Cuando Bakunín escapa de la Siberia, Engels escribe francamente que la noticia le produjo un gran placer, y observa: «el pobre diablo ha debido ser terriblemente fastidiado» por aquellos doce años de prisión y de Siberia. Marx no dijo nada, pero el 12 de septiembre de 1863, comunica a Engels observaciones verdaderamente groseras sobre Bakunín, que supo de boca de un coronel polaco. Pero el 3 de noviembre (según su carta del 4 a En-

gels) de 1864, fué a casa de Bakunín después de haberle rogado que le recibiera, poco antes del 27 de octubre, pues Bakunín le responde en aquella fecha escribiendo en alemán: «Querido Marx, será un gran placer para mí el recibir a un antiguo amigo. Estoy siempre en mi casa hasta la una de la madrugada. Así, pues, hasta la vista. Tuyo, M. Bakunín.»

Por una original casualidad Marx se había enterado el 26 de octubre de que Bakunín estaba en Londres y debió escribirle enseguida y casi al momento de haber terminado la redacción de los documentos de la Internacional. Dicha casualidad consistió simplemente en el hecho de que Bakunín se había hecho hacer ropa a su paso por Londres, y semejante acontecimiento, no demasiado frecuente, producía siempre sensación en el mundo de la costura a causa de las dimensiones casi gigantescas de su cuerpo. Una vez fué el maestro sastre alborotado, que respondió con una factura igualmente gigantesca; en aquella ocasión fueron los obreros que discutían aquel cliente de inusitadas proporciones, y uno de ellos era el comunista alemán Lessner, poco después miembro del Consejo central, afecto a Marx, y le escribió que de aquella manera se había sabido que Bakunín estaba de paso en Londres.

Sobre la visita de Marx, Bakunín escribió hacia finales de 1871 en un Manifiesto que destinaba a un relato de la situación para los camaradas de Italia: «En octubre volví de nuevo a Londres. Entonces fué cuando recibí una carta de Marx que conservo aún y en la cual me preguntaba si quería recibirlo en mi casa al día siguiente. Le respondí que sí y vino. Entonces tuvimos una explicación; él me juró que nunca había dicho nada ni hecho cosa alguna contra mí, que, al contrario, siempre había conservado para mí una sincera amistad y una gran estimación... Yo sabía que lo que me contaba no era cierto, pero no le guardaba verdaderamente ningún rencor. Por otra parte, la renovación de las relaciones me interesaba mucho, por otro concepto (ello era la contribución de Marx a la fundación de la Internacional y la redacción del Manifiesto inaugural)... En fin, nos separamos exteriormente muy buenos amigos, sin que yo le devolviera, sin embargo, la visita... Cambiamos algunas

cartas con Marx. Luego nos perdimos de vista de nuevo...» Según la carta de Marx a Engels (4 noviembre), la visita tuvo lugar el día antes, el 3 de noviembre, lo que *puede explicar* que Bakunín conociera ya el Manifiesto inaugural (por el *Beehive* u otro conducto, después que Marx lo remitiera a Le Lubez, presumiblemente después de la sesión del 1.º de noviembre, por la noche); de otra forma habría un error de memoria y Bakunín hablaría más bien de lo que Marx le dijo sobre la Internacional y de aquel Manifiesto que deseaba ver publicado y en circulación en Italia y que Bakunín debía hacer llegar a manos de Garibaldi.

Marx ha escrito, en efecto, en su circular hostil a Bakunín, titulada la «Comunicación confidencial» (1870): «... El ruso Bakunín... tuvo una entrevista con Marx en Londres, poco tiempo después de la fundación de la Internacional. Este último le recibió miembro de la Sociedad, por la cual Bakunín prometió trabajar con decidido esfuerzo. Bakunín partió para Italia, recibió de manos de Marx el Reglamento provisional y el Manifiesto a las clases obreras, respondió «con gran entusiasmo» y no hizo nada. Después de algunos años, durante los cuales no se oyó ni hablar de él, apareció de nuevo en Suiza.» ¿No se creería, según las precedentes líneas dirigidas a sus corresponsales alemanes, que no fueron publicadas hasta el año 1902, que Bakunín había más o menos solicitado ser de la Internacional y que, graciosamente recibido por Marx, había emprendido una misión que descuidaba escandalosamente? Veamos cómo relata Marx a Engels su visita el 4 de noviembre de 1864: «Bakunín te envía sus saludos. Hoy ha partido para Italia, donde vive (en Florencia). Yo le he vuelto a ver ayer por la primera vez desde hace dieciséis años (agosto de 1848). Debo decir que me agradó mucho y más que otras veces. Con respecto al movimiento polaco (de 1862), dice que el Gobierno ruso tenía necesidad de aquel movimiento para tener tranquila a la misma Rusia, pero que (el Gobierno) no había contado con dieciocho meses de combates. Así, pues, el asunto de Polonia fué provocado por aquel Gobierno (el reclutamiento, etc.). Polonia ha fracasado por dos factores: por la influencia de Bonaparte y por la vacilación de la aristocracia

polaca en proclamar desde el principio, abiertamente y sin equívocos, el *socialismo campesino*. El (Bakunín), en adelante, tras la caída del asunto polaco, no tomará parte más que en el movimiento socialista.

»Tomado en su conjunto, es uno de los escasos hombres que he encontrado desde hace dieciséis años que no han evolucionado hacia atrás, sino hacia adelante. También he discutido con él las denuncias procedentes de Urquhart (a propósito. La Asociación internacional conducirá de seguro a producir una ruptura entre aquellos amigos y yo.). El (Bakunín) me pidió muchas noticias tuyas y de Lupus (nombre de guerra de Wolf, de Mánchester, aquel a quien está dedicado *El Capital*). Cuando yo le notifiqué su muerte, él dijo enseguida que el movimiento había perdido un hombre imposible de reemplazar.»

He ahí una relación satisfactoria. Después, Marx escribió a Bakunín, que estaba en Italia, y éste respondió. Escribe una segunda vez, no hay respuesta, y una tercera vez; entonces Bakunín envía el 7 de febrero una carta de las más afectuosas: «Carísimo... he aquí las causas de mi silencio. Siguiendo tus deseos, he enviado a Garibaldi un ejemplar del Manifiesto del Comité internacional y aún espero su respuesta. Además, espero que la traducción italiana sea impresa para enviártela también. No te podrías imaginar cuán lento e indeciso va todo en este país» (y entra en una descripción de los obstáculos que se presentan al desarrollo de la propaganda socialista en Italia y termina): «Y ahora, *carissimo amico*, dame tu absolución por un largo silencio en el cual no caeré de nuevo...» Marx está tan poco resentido, que se le ve escribir a Engels el 11 de abril, en ocasión de rozamientos con los mazzinistas en el Consejo central: «... mientras tanto, pondré contraminas contra el señor Mazzini, por medio de Bakunín, en Florencia», y el primero de mayo: «Si esas gentes (la Asociación obrera mazzinista de Londres) no nombran pronto nuevos delegados (en el Consejo central), como les hemos notificado que hagan, Bakunín tendrá que proporcionar algunos verdaderos italianos.» Esos italianos volvieron al Consejo (carta del 24 de junio).

Bakunín partió para el mediodía en la primavera o verano de aquel año y se fijó

en Nápoles durante dos años; en todo ese tiempo es cuando no dió señales de vida a Marx, pero él estaba enormemente activo, tanto para Italia como internacionalmente. ¿La verdadera causa de su silencio? La explicación siguiente me parece muy probable.

Ya sabemos que desde la liquidación de sus esperanzas de revolución social rusa, de revuelta agraria polaca, de insurrección de la Finlandia de guerra de Suecia contra Rusia, de un despertar nacionalista eslavo en general, en los postremos meses de 1863, Bakunín, resueltamente se decidió a trabajar por la revolución occidental y meridional, cuya fuerza propulsora sería el proletariado y la juventud revolucionados internacionalmente. Las cuestiones nacionales estaban en manos sea de hombres de valor excepcional, pero que no tremolarían nunca la bandera de la revolución social —los Mazzini y los Garibaldi—, sea de políticos que no harían nunca más que el estadismo nacionalista y, ante todo, dirigidos enteramente por los hombres de Estado, los Napoleón III, Bismarck, los ministros rusos, italianos y otros. Bakunín había luchado en aquel terreno, en 1848-49, solo contra todos; se había quedado solo de nuevo en 1862-63, solo como idealista que quería reunir las dos extremas opuestas, la anarquía, que tiende hacia la universalidad, y el nacionalismo, que implica la afirmación local y autoritaria. Trató toda su vida de reunir aquellos dos cabos por medio del federalismo, pero cuando se es sinceramente federalista se evoluciona hacia el internacionalismo, hacia la anarquía, como lo hicieron los republicanos federales socialistas de 1868, en España, los Morago, Lorenzo, Farga Pellicer y tantos otros que aceptaban tan calurosamente las ideas anarcocolectivistas y fundaron la Internacional en España. Y cuando no se es federalista más que nominalmente, pronto se reevoluciona hacia la fundación de los Estados nacionales, que entonces buscan su apoyo en los armamentos y las coaliciones, con vistas a las guerras, y no tienen más fe en débiles lazos de las relaciones federativas. Pues, en fin, Bakunín se emancipó entonces, no por sentimiento, sino por su actividad militante, del encanto y de la pesadilla, de los tiernos lazos y de las férreas cadenas del nacionalismo y volvió a su amplio hu-

manitarismo de los años de 1841 a 1845. Trató de reunir elementos decididos que, en aquel sentido, actuaran a su propio alrededor; en suma, fundó una sociedad secreta, la Sociedad de la Revolución internacional, conocida, sobre todo, como la Fraternidad internacional. Comenzó esta obra en 1864, en Florencia, y su viaje al Norte, que lo había llevado a Londres en octubre, fué para él, aparte los otros objetivos de aquel viaje, una ocasión para reconocer el terreno y entrar en relaciones con nuevos elementos de valía. Así, en noviembre, en París recibió en la Sociedad a Elías y Eliseo Reclus, y aquella no fué, como es bien sabido, una creación efímera; aquella Sociedad fué la Alianza durante la Internacional, aquel fué el grupo íntimo del cual fué secretario Kropotkin, y su último miembro ha muerto con Errico Malatesta, el 22 de julio de 1932. Entre 1864 y 1932 hay sesenta y ocho años, lo que es una duración rara para tal iniciativa e impulsión.

El 3 de noviembre de 1864, cuando Marx le visitó, Bakunín se guardó mucho de soltar palabra, sobre su actividad en pro de aquella Sociedad, a Marx, que sabía que era autoritario, egocentrista, estadista; radicalmente opuesto, pues, a toda la esencia de su obra. Más aún: se había enterado por Marx, en agosto de 1848, de que éste tenía entonces el papel preponderante en el Bund der Kommunisten, la Sociedad secreta de los comunistas alemanes, que tenía también sus agregados ingleses, belgas y franceses (en los blanquistas). Hace ya mucho tiempo que se sabe —y la correspondencia entre Marx y Engels lo confirma ampliamente— que aquella preponderancia de Marx llegó a su fin con una escisión, que los restos de las dos fracciones fueron dispersados por los procesos, la emigración y la vida o la muerte de todos los días, que habían reabsorbido a los militantes. Marx y Engels vivieron realmente, durante los doce o trece años anteriores a 1864, en un aislamiento glacial, y los últimos de sus partidarios de 1848 y antes desaparecen o representan un papel cada vez más mezquino en aquellas cartas (en su texto completo). El más ilustre, Lassalle, murió un mes antes de la fundación de la Internacional, y lo que Marx y Engels se decían entre sí sobre él es la denigración más escandalosa.

Pero Bakunín, ausente por tanto tiempo y manteniéndose apartado de aquel ambiente después, no sabía aquellas cosas, y, como lo atestigua un manuscrito de 1872, hasta se figuró entonces a Marx siempre a la cabeza de la sociedad secreta de los comunistas. Debió presumírsele también en 1864 y estaba en guardia. En cuanto a la Internacional, hemos visto que el primero de noviembre solamente acababa de adoptar su Reglamento y el Manifiesto. Bakunín comprendió que Marx, que se hacía siempre el primero en todas partes donde entró, en semejante ambiente, tendría la mano en el timón de la Internacional de Londres. En aquellas condiciones, Bakunín no hubiera podido hacer más que ponerse absolutamente a las órdenes de Marx —y él nunca pensó hacer eso— o rehusar las insinuaciones de Marx, y entonces sabía que había de encontrar en adelante dificultades por todas partes donde fuera, o hacer lo que según todas las apariencias hizo, poner buena cara, mirar con buenos ojos y dejar extenderse gradualmente aquellas nuevas relaciones que no había buscado. En todo caso, eso es lo que ocurrió en 1865.

Las cartas de Marx, en 1865, demuestran que él hubiera querido servirse de Bakunín contra Mazzini; entre él y Mazzini había un antagonismo absoluto sin nada de treguas ni arreglos. Marx era socialista y Mazzini fundamentalmente antisocialista. Bakunín estaba absolutamente separado de Mazzini en el mismo terreno, pero él vivía y quería actuar en pro de sus ideas en Italia y vió a cada paso las enormes dificultades que había que vencer, que tanto la ideología mazzinista como el prestigio personal de Mazzini y el fanatismo, la adoración de sus partidarios, jefes, subjeses, militantes y masas, le oponían. En aquella lucha por arrancar ciertos hombres de valía a Mazzini y Garibaldi, Bakunín tuvo éxito; toda la Internacional italiana lo demuestra, las actividades de 1865 a 1874; pero él no podía llegar más que por sus propios medios: oponiendo a Mazzini *el librepensamiento, la causa libertaria, la aspiración de la revuelta anarquista*. Hablarles en 1865 de un Consejo central desconocido en Londres, de la teoría del valor, de la conquista del Poder político, de la legislación obrera, de la dictadura del proleta-

riado y del burguesismo de Mazzini, de la insuficiencia heroica de Garibaldi, con ello sólo hubiera conseguido quedarse solo y hubiera arruinado toda su propia obra. Prefirió, pues, no convertirse en instrumento de Marx contra Mazzini, y guardó silencio.

La Internacional, en sus primeros tiempos, no podía fundarse más que con los elementos ya agrupados, como los que había en algunas sociedades socialistas y las Trade-Unions de Londres, en el ambiente obrero de París, entre los socialistas de Bruselas y Ginebra, en la emigración alemana en los Estados Unidos, etc. En el mismo Londres algunos hombres del Consejo, como Marx, le creaban una posición con una actitud altiva que no buscaba el *patronazgo* más que de los miembros avanzados del Parlamento; algunos filántropos, profesores, abogados y otras gentes, con miras ante el pueblo, estaban habituados a dar a las sociedades reuniones, demostraciones, y a ocuparse de algunas causas especiales de los trabajadores ingleses. La independencia con respecto a aquellos grandes hombres, que creían conferir un supremo favor a los trabajadores si hablaban en sus reuniones y entregaban algunas guineas en las suscripciones, eso es lo que dió enseguida un sitio digno a la Internacional en la opinión pública de Inglaterra. Ello alejaba también a un determinado elemento obrero mercenario, a quien gustaba ascender por la escala social prosternándose ante aquel patronazgo. Junto a aquello, la ubicuidad aparente tuvo su influencia: se estaba muy débil por doquier, pero se figuraban fácilmente que eran ya muy numerosos en todas las otras partes. La presentación realizada por todos aquellos hombres del Consejo, que tenían la experiencia de la vida pública inglesa y que se desinteresaban de los asuntos sociales del continente, de las teorías socialistas (casi todos) y que en la misma Inglaterra no eran una sociedad militante, directamente, con preocupaciones inmediatas, sino un areópago contemplativo y estimulante a la vez; todo aquello estuvo muy bien hecho e hizo olvidar casi la ausencia de los trabajadores, en número un poco grande. No fué hasta mucho más tarde, por medio de relaciones hábilmente conducidas con algunas grandes huelgas y, sobre todo, el socorro a los huelguistas,

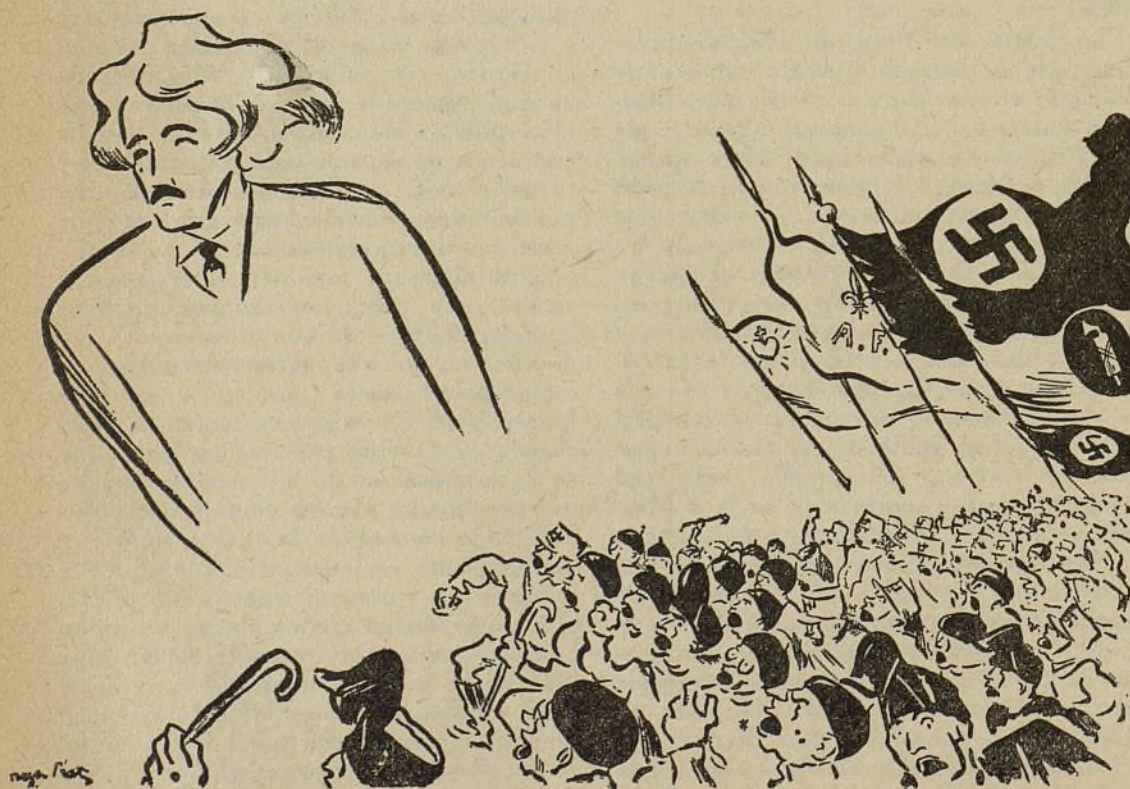
cuando la Internacional se convirtió en la imaginación obrera de algunos países del continente en un factor potente y los trabajadores se hicieron inscribir fácilmente y en gran número.

Anoto esto con un espíritu puramente descriptivo. Se ha conseguido con esos medios hacer mucho con escasas posibilidades y con orígenes muy pequeños. Ello fué posible por la cooperación, durante algún tiempo bastante armónica y práctica, paciente, resuelta y dignificada de hombres muy diversos, que se abstuvieron en aquellos tiempos de perseguir objetivos individuales y especiales. Ellos quisieron crear un centro que atrajera la atención a su gran causa y lo consiguieron.

¿Por qué no se conseguiría de nuevo? Probablemente, porque hoy existe la

costumbre de hacer esas cosas en una gran escala, según una técnica y práctica que no dejan ya sitio a un esfuerzo personal. Podrían ser centenares, millares, y todos saben que serán las Comisiones, los Comités, los secretarios los que harán el trabajo, inspirados por algunos hombres de pujanza y de prestigio. La Internacional hizo también una evolución semejante en Londres, pero sus comienzos fueron aún puros; hasta Marx se impuso al principio por su talento, y todos lo comprendieron así. Sin embargo, como se verá, en los siguientes años su voluntad se impuso cada vez más, hasta hacerse intolerable. Bakunín que, sin quererlo, bordeó la Internacional entonces, se abstuvo instintivamente en 1865.

Max Nettlau



¡Bravo, Einstein!

Ayuntamiento de Madrid

La Iglesia y la política

IV

HEMOS visto en los artículos anteriores de qué medios abominables se ha valido la Iglesia Católica Romana, en todos los tiempos, para dominar las conciencias, sometiendo a los pueblos y a sus Gobiernos al férreo yugo de sus mandatos intransigentes interesados. Cómo ni siquiera respetó el secreto confesional cuando mediaban grandes intereses y podía aprovechar a los planes maquiavélicos del papado conocerlos.

Fueron siempre su policía secreta, sus *detectives* más enterados, los confesores de reyes, presidentes y magnates, oficio vinculado en grandes Ordenes monásticas y, en los últimos siglos, en jesuítas, agustinos, dominicos y franciscanos...

Dos grandes fuerzas se disputaron siempre el dominio de la Humanidad, con nombres cambiantes, pero con realidades permanentes: el clericalismo y el anticlericalismo. Los clericales se empeñan en querer probar que el anticlericalismo pasó de moda y aun aseguran que Waldeck Rousseau estaba arrepentido de su política francamente anticlerical.

La Iglesia fomenta estas mentiras para seguir dominando conciencias y persiguiendo, con su clericalismo invariable, a todos los hombres que no se le someten y que considera enemigos. En 1903 decía Waldeck Rousseau al presidente del Consejo, Millerand, su antiguo colaborador: «El anticlericalismo es una manera de ser constante, perseverante y necesaria a los Estados; el anticlericalismo debe manifestarse por una sucesión de actos que vengán a formar un programa de Gobierno, con carácter tan esencial y tan primario, en el estadista, como el hecho de ser VIRTUOSO, HONRADO, INTELIGENTE.» Ese modelo de anticlericales señala a los Gobiernos el camino, dando al anticlericalismo en los hombres de Estado liberales tanta importancia como a la virtud, a la honradez y a la inteligencia.

Y tiene razón este gran patriota francés. Sólo un anticlericalismo claro y perseverante en los hombres de Estado puede salvar a las naciones de gravísimos trastornos y revoluciones, defendiendo a los

hombres de las rapiñas y vejámenes crecientes de la Iglesia.

Un Estado democrático y liberal, si sus Gobiernos se apartan de este camino, traicionan su ideal y engañan al pueblo, dándole *gato por liebre*.

Todos los tiranos políticos o religiosos, al ver amenazados sus privilegios, invocan la patria y la religión, confundiendo estas palabras con sus ventajas materiales, sus privilegios y sus latrocinios.

Las luchas que registra la Historia entre los Poderes eclesiásticos y civiles, fueron luchas de intereses materiales encontrados, batallas, para con pretexto de defender cosas espirituales, apoderarse de cosas materiales. Patriotismo y religión son los dos polos sobre que giró hasta hoy el mundo y, en su nombre, se han cometido los mayores robos y los más grandes crímenes.

Durante la Edad Media y hasta bien entrado el siglo XVIII, los tiranos eclesiásticos y civiles estuvieron en perpetua lucha para explotar los pueblos; a veces unidos para mejor dominarlos. Cuando el pueblo creyó vencer el Poder clerical y feudal, los tiranos eclesiásticos y civiles se unieron contra el pueblo, olvidando sus luchas y rencores, pretendiendo aplastar al enemigo común.

En el siglo XVIII la disolución de la Compañía de Jesús, la proclamación de los Derechos del Hombre y la Revolución francesa, marcan un nuevo mundo, no bien definido aún, pero que abría camino a las Internacionales y a la derrota progresiva del fanatismo y la tiranía, simbolizadas en los reyes y los papas, aliados o reñidos, pero siempre unidos para dominar al pueblo explotándolo, embruteciéndolo y empujándolo, otra vez, hacia la Edad Media.

«La Revolución francesa —dice Cantú— no fué un desencadenamiento momentáneo de las pasiones humanas, sino una sanción rigurosa e inevitable de las leyes históricas, mucho tiempo desatendidas por los Poderes, que se habían impuesto a la sociedad.» Y en otro lugar asegura que: «La Iglesia Católica cayó en el error común a todas las reacciones; creyó poder restaurar el pasado, aproximándose otra

vez a los tiempos medievales.» Un historiador, católico y moderado como Cantú, afirmando estas cosas da la medida de la ambición política de la Iglesia, que llegó a nuestros días con este mismo criterio, más o menos emboscado, según se lo permiten los tiempos y los hombres...

El esfuerzo más poderoso hecho por el papado, para hacer política en gran escala con pretexto de religión, fué el establecimiento y auxilio a la llamada Compañía de Jesús; por eso, cuando el propio papa la disuelve, persigue y anula a ruegos de las Cortes de España, Portugal, Nápoles y Francia, asesta contra su propio poder político un golpe formidable; pero ya sentía demasiado el papado la dominación de la Compañía, su suplantación a título de auxilio y empezaba a estorbar al papa blanco el otro papa negro que, al fin, llegó a hacerse el dueño y rector oculto de la Iglesia Romana que ya no puede desprenderse de sus garras aceras y sangrientas.

El Poder político de la Iglesia estaba minado hondamente y con dificultad podría volver a consolidarse.

Cuando Pío IX huyó a Gaeta disfrazado de lacayo en el coche del embajador bávaro Spaur, el primero que fué a verlo fué el rey de Nápoles, celebrando durante muchos días conferencias con el cardenal Antonelli y otros papistas sobre la conducta que debía seguirse. La revolución seguía su camino, y en febrero del 1849, la República romana, en Asamblea constituyente, decretó que el papa quedara depuesto de su trono temporal, garantizando su potestad espiritual. Tres grandes figuras políticas: Mazzini, Garibaldi y Avezana, declararon bienes nacionales los bienes de la Iglesia. La política jesuítica de la Iglesia iba a reaparecer, y la nueva República liberal tuvo que sufrir las iras de los tiranos coronados.

Los reyes se apresuraron, casi todos, a significar su pésame a Pío IX en sentidas cartas o notas diplomáticas, y cuatro potencias católicas se unieron para... reponer al papa en su trono temporal. Austria fué la primera; después España, dirigiéndose en 21 de diciembre del 1848 una circular a las potencias católicas, invitándolas a confabularse a favor del pontificado. Francia y Nápoles también entran en esta cruzada, provocada por el cardenal Antonelli y los jesuitas.

Antonelli enviaba circulares diplomáticas apremiantes a España, Francia, Austria y Nápoles, encargando por mediación de su diplomacia pontificia, de inquietar y soliviantar el espíritu católico de todas las naciones para reponer al papa y acabar con la República romana.

La política pontificia logró que España mandase un ejército y una flota. Francia, otro, bajo las órdenes de Cavaignac. Fernando II de Nápoles, otro, y hasta Portugal, olvidado en las circulares oficiales del cardenal Antonelli, se ofreció al pontífice para una intervención armada, ofreciéndole, al igual que España, su territorio como refugio y asilo.

Antes estas naciones enviaron sus representantes oficiales a Gaeta, lugar de destierro del papa y centro de la acción conspiradora contra la República romana.

El 30 de junio, después de un sitio sangriento, Roma se rendía renunciando a seguir defendiéndose, y Ondinot, desechando los ofrecimientos del rey de Nápoles y del general Córdoba, jefe de la expedición española armada, enviaba a Pío IX las llaves de la ciudad de Roma, volviendo el papa a sus dominios, no por voluntad de Dios, sino gracias a la fuerza de cuatro Estados monárquicos y despóticos, aliados al estado ejemplar de despotismos la Roma papal, confabulados para seguir dominando a los pueblos contra su voluntad.

Esta es la última gran tentativa política emboscada en la religión para dominar con la fuerza de las armas, en nombre de Dios, del dulce Jesús de Nazaret, que mandaba poner la otra mejilla y maldecía la violencia. Poco duró a Pío IX el dominio temporal que le dieran cuatro reyes confabulados.

Garibaldi y sus auxiliares consumaban la unidad de Italia en 1870, entrando los italianos garibaldinos en Roma, por la puerta pía, venciendo a su eterno enemigo: el papado.

Todas las naciones reconocieron el nuevo Estado italiano, menos España, hija predilecta del papado, en medio del desdén universal y de las sonrisas maquiavélicas del propio Pío, que le pagó esta sumisión, ayudando a conspirar contra el trono a las huestes del pretendiente don Carlos, alentando las guerras civiles y trastornando la política española hasta nuestros días...

En nuestros días, un gran tirano, salido de la democracia, ofreció al papa, a cambio de su auxilio tácito, una sombra de Poder temporal y 3.000 millones de liras a cambio de que dejase en sus manos todos los resortes del Poder, obligándole a desentenderse hasta de la educación de los niños y los jóvenes.

Don Sturzo, el sacerdote ejemplar jefe del gran partido católico italiano, fué sacrificado a Mussolini y desterrado a Inglaterra; todo el poder de la reacción católica fué ofrecido a Mussolini, y todos los viejos tópicos clericales utilizados para divinizar el Poder despótico del *duce*; la lucha entre la política del papa y del *duce* siguen en pie y caerán seguramente unidos. El esfuerzo realizado por la Iglesia en Alemania para lograr el triunfo de Hitler es notorio, y todos los fascismos nacionalistas tienen un marcado matiz católico derechista que obliga reconocerlos sin grandes esfuerzos. Están tramando una red mundial para oponer al empuje de las Internacionales y claramente predicán su abominación por todas las formas democráticas propugnando las dictaduras y la tradición, sin discusiones a los Poderes dictatoriales y despóticos, a las dictaduras, forma común de gobierno de los fascismos nacionalistas; admiten todas las viejas teorías de la Iglesia encaminadas a gobernar a las naciones, pero se colocan ellos en el lugar de la Iglesia, considerándose como Poderes inatacables, indestructibles.

La Iglesia ve con buenos ojos y ayuda a esta forma de despotismo, creyendo

salvarse a su lado de la revolución creciente; esa es su política eclesiástica ahora, sin comprender que esa forma transitoria y salvaje de gobierno no puede durar, y con ella caerán los que le ayudaron a consolidarse y a formarse.

También en España han cuajado estos ensayos de fascismo y estos días precisamente ha sido detenido el jefe del fascio español.

A pesar de la incontrastable fuerza del oro jesuítico, puesto al servicio de la reacción fascista y del Poder político y espiritual de la Iglesia, el mundo no podrá ser detenido en su marcha ascendente.

La suerte está echada. La Iglesia ha perdido la partida por querer jugar a dos barajas, como los tahures. Es ya tarde para cambiar de rumbo y la navecilla de Pedro irá de tumbo en tumbo, hasta estrellarse entre los escollos que el pueblo pone en su camino.

Los fascismos, acuciados y creados por la Iglesia, son su última estratagema política-correligiosa, pero el mundo conoce de dónde ha partido y dónde intenta ir.

Edificio elevado sobre movediza arena, castillo de naipes en una mesa desnivelada, palacio alzado a orilla del mar y sin cimientos sólidos, caerá al primer soplo de la revolución social. Iglesias tiránicas y Estados tiranícidas aliados, desaparecerán en un estertor común y la Humanidad quedará libre de estas fuerzas retardatorias que impidieron durante tantos siglos el libre juego de la civilización.

Matias Usero Torrente



Bosquejo del papel histórico de la economía política

Estudio del mercado

LA economía política ha nacido de la economía mercantil y se ha desarrollado en la economía capitalista como estudio de sistemas de producción basados en el mercado. Su existencia como ciencia está ligada a la de esta última.

En las diversas formas de economía natural: comunismo primitivo, economía familiar, patriarcal o feudal, etc., la célula económica: raza, tribu, familia o comunidad aldeana, vive enteramente de su propia producción. Esta está asegurada por el trabajo de la colectividad y los productos repartidos, según las reglas tradicionales que aseguran a cada cual rudimentariamente la parte correspondiente a sus menesteres, en la medida de las posibilidades.

Con la división del trabajo se opera un formidable acrecentamiento de la productividad, que conduce a la especialización, y de este hecho nace el intercambio. La producción no se realiza ya para el consumo personal, sino con vistas a la venta. El comercio hace su aparición.

Desde entonces, el control de la producción escapa a los productores, que ponen en el mercado el fruto de su trabajo sin preocuparse de las necesidades del consumo. Únicamente en el mercado es donde se revelan las insuficiencias o el exceso de la producción; sólo por su mediación puede orientar su actividad cada productor.

El reparto del trabajo social, como la escala de la producción, ya no es el hecho del individuo o de la comunidad, sino que dependen de las leyes económicas engendradas por el mecanismo del mercado: la oferta y la demanda en la economía mercantil, la ganancia en la economía capitalista. Es, pues, sometida a las leyes internas, que determinan su evolución con el rigor de los fenómenos naturales, como la actividad productiva de la sociedad se ha convertido en objeto de la ciencia económica.

Ciencia transitoria

Pero la economía política, por su papel de estudio de las relaciones de producción e intercambio, está condicionada por el desarrollo mismo de la producción.

Históricamente sigue, en las grandes líneas de su evolución, la evolución propia de la economía: el mercantilismo fué, en el siglo XVI, en Italia, en el siglo XVII y al principio del XVIII, en Francia e Inglaterra, la teoría del capital mercante, entonces en su pleno desarrollo. Teorizando el fenómeno característico de la época, la teoría mercantil enseña que la fuente de todas las riquezas se encuentra en el comercio, verdadero creador del valor de cambio de las mercancías.

Semejante concepción no puede mantenerse con el desarrollo del capitalismo industrial que, en sus principios, hacia mediados del siglo XVIII, conduce a la formación de la escuela fisiócrata. Esta, característica de un período de transición, basa su apreciación de las riquezas en la inconsistente noción del «producto neto»: diferencia entre el valor del producto y el gasto de riquezas necesario para su fabricación. Pero la débil influencia de la industria en la producción lleva a no conceder un «producto neto» positivo más que en la agricultura, considerada así como única productora.

Más tarde, el capitalismo industrial, en su pleno impulso, apoderándose de una parte preponderante en la economía, se revela incontestablemente productivo y permite a la escuela clásica, a finales del siglo XVIII, identificar por fin la verdadera fuente de las riquezas: el trabajo humano, reconocido como fundamento del valor de las mercancías.

De esta manera, durante la formación del capitalismo, la economía política conoce un largo período de gestación y no puede tomar verdaderamente un carácter científico con los clásicos (Adam Smith, Ricardo, Say...) más que cuando el capitalismo, abandonando sus formas primitivas, se desarrolla en su fase indus-

trial. En esta última fase, la estructura del capitalismo se ha osificado suficientemente, es decir, que las leyes internas que rigen las grandes líneas de su evolución actúan con suficiente rigor para permitir un análisis sistemático. Karl Marx ha realizado ese inmenso trabajo y de una manera tan completa que Kautsky ha podido decir: «Mientras dure (la forma de sociedad capitalista) nadie podrá sobrepasar a Marx ni descubrir nuevos principios sociales de una importancia fundamental» (1). Adquiridas las leyes generales, la ciencia económica progresa después, como toda ciencia, con la aplicación de sus leyes al examen de la realidad cambiante: en la ocurrencia, la evolución continua del capitalismo.

Pero previendo la caducidad de la economía capitalista y su reemplazamiento por la economía socialista y, por consiguiente, la desaparición de los cambios y el mercado, la economía política ha fijado el límite de su propia existencia.

Sin embargo, de aquí allá un papel inmenso le incumbe: contribuir al derrumbamiento del sistema de producción que le da su razón de ser.

Arma de la lucha de clases

En efecto, la economía política, que debe ser un estudio objetivo del mecanismo de la producción, es también, en realidad, el arma ideológica por excelencia de la lucha de clases. Cada clase se esfuerza, pues, en orientarla en el sentido de sus propios intereses, para utilizarla en la justificación de sus aspiraciones. Pero, por este hecho, según sea manejada por una clase revolucionaria o conservadora, por una clase que represente el porvenir, que milite en el sentido de la evolución de las fuerzas productoras, o por una clase que frene aquella evolución, encierra estrechamente la realidad o la deforma, progresa como ciencia o se esteriliza.

El capitalismo, todo a lo largo de su carrera, ha inspirado diversamente a sus teóricos según sus objetivos inmediatos.

Cuando estuvo en el Poder, destrozado el feudalismo, el capitalismo, ya asaz ro-

busto para quitarse la careta, rechaza bien pronto una teoría que lo empuja a serle ya útil. Entonces se elabora la economía clásica: todo a la gloria del régimen nuevo, que ella descubre conforme a las «leyes de la Naturaleza» y designa como sistema económico definitivo.

Desde entonces, al servicio de una clase que se hizo conservadora, la economía «burguesa» vegeta, incapaz de analizar en su desarrollo la producción capitalista, porque le está prohibido reconocer las taras y las contradicciones internas.

Después de su encuentro con el socialismo, el movimiento obrero utiliza a su vez la economía política como instrumento de su liberación. A la economía «burguesa» opone la economía «proletaria». Pero esta última sólo es capaz de progresar en tanto se sitúe en un punto de vista «interior y superior al sistema de producción capitalista» (1); sólo ella es capaz de un análisis profundo e implacable de ese sistema, en tanto que defiende los intereses de una clase que aspira a la destrucción, no solamente del capitalismo, sino de toda economía basada en el cambio y sometida a las leyes del mercado.

Es, pues, en las manos del proletariado donde la economía política es eficaz en adelante, como arma de la lucha de clases; él es quien la ha devuelto a su misión revolucionaria.

De la economía política a la política económica

La burguesía, beneficiaria de un sistema de producción anárquico, se encuentra al mismo tiempo prisionera de este sistema y arrastrada en su caída. Los esfuerzos que hace actualmente para desembarazarse del caos, para dirigir la economía, están condenados al fracaso. Porque «dirigir» la economía es, para el capitalismo, mantener la ganancia y no reglamentar la producción según las necesidades del consumo; es, pues, aumentar más y más la explotación de las masas, sumirlas en la miseria y pretender reinar en las ruinas.

En nombre del socialismo, es decir, de un sistema de protección desprendido del imperio de las leyes económicas del mercado y sometido a la voluntad consciente

(1) *Introducción al conjunto del marxismo*, K. Kautsky.

(1) *Introducción*, etc.

de la sociedad organizada, realizando, en una palabra, verdaderamente «la economía dirigida», el proletariado pretende sustituir a la burguesía en la gestión de la producción. Porque dicho régimen es, en adelante, el único capaz de aprovechar el formidable aparato productor creado por el capitalismo y cada vez más inutilizado por él, hacerlo progresar aún y poner las riquezas creadas a la disposición de las masas consumidoras.

Pero el proletariado no puede pretender sustituir en una sola pieza el socialismo por el capitalismo. Al heredar los gigantescos medios de producción heredará igualmente la crisis, el barrizal económico, el paro forzoso, la espantosa miseria de los trabajadores; su primer deber, apremiante, imperioso, será utilizar lo que existe, poner en marcha las fábricas, asegurar la producción por todos los medios para resolver la crisis, liquidar el paro y asegurar las primeras necesidades de la población. Semejante objetivo no podrá ser realizado con la destrucción inmediata y completa de toda la organización actual de la producción y su reconstrucción en bloque bajo una forma socialista.

En la economía de un país coexisten la inmensa fábrica, superiormente equipada, y el modesto taller o el pequeño obrador del artesano; determinadas ramas industriales han alcanzado un grado de concentración y centralización notable, otras están siempre dispersas en una multitud de empresas; lo mismo ocurre en la agricultura, en el comercio, y habrá que acomodarse a esta diversidad, aún necesaria durante numerosos años, para la existencia de los países actuales, hasta los más desarrollados. En estas circunstancias, ¿puede pensarse en la posibilidad de gestionar una producción tan dispersa, tan heterogénea, con un sistema colectivista uniforme? Admitiendo que ello sea posible, el funcionamiento, la dirección, el control, la coordinación de todas esas empresas exigiría, por otra parte, un aparato administrativo ruinoso. Históricamente, el experimento ruso de 1917, llamado del «comunismo de guerra», ha demostrado que una socialización precipitada conduciría infaliblemente a la parálisis completa de la vida económica.

¿Con qué medios conseguirá, pues, el proletariado salvar la economía, primero,

y, enseguida, reedificarla y animarla con una vida nueva?

Estando el proletariado en el Poder, «organizado en clase dirigente», se verá en la obligación de instaurar una *economía transitoria* —estado más o menos largo, pero inevitable, entre el capitalismo y el socialismo—, es decir, que deberá erigir un sector socialista lo más amplio posible y oponerlo al sector privado.

La importancia de ese sector socialista dependerá evidentemente del nivel técnico de los países y de las circunstancias. Podrá comprender, en una forma centralizada, *estatal*, la gestión de los servicios públicos, industrias reunidas en Consorcios, Transportes, Bancos, una porción del comercio al por mayor, etc. Bajo una forma cooperativa (vivificada por el Poder) podrá infiltrarse y desarrollarse en la mayor parte de los dominios y competir con las empresas capitalistas. Sin embargo, debe preverse que la parte de aquéllas en la economía continuará siendo, al principio, considerable.

En el mercado que, por dicha causa, subsistirá en una amplia medida, se establecerá una lucha permanente cuyo resultado decidirá la marcha del socialismo.

Aquí es donde encontrará su aplicación la economía política en la práctica de una política económica, que tendrá la misión vital de reglamentar las relaciones de los dos sectores de la manera más favorable al impulso de la producción, en su conjunto.

No reprimir exageradamente una producción privada aún indispensable, saber favorecer resueltamente determinada cooperativa cuyo porvenir es prometedor, permitir, en fin, de una manera general, al socialismo, triunfar lo más rápidamente y, por lo tanto, con los menores peligros posible.

Sin pretender fabricar un programa detallado y completo por anticipado, presto a ser aplicado en caso de alcanzar el Poder el proletariado, es conveniente, desde ahora, esforzarse en prevenir y estudiar en sus grandes líneas los principales problemas que se presentarán en aquellos momentos, brutalmente y en horas trágicas.

E. Lienert

París.

Ervin Szabo o el sindicalismo doctrinario

SEGÚN nuestras noticias, aún no existe en Europa una historia completa y seria del anarcosindicalismo, desde su origen hasta nuestros días. Hasta la fecha nadie ha dicho en qué circunstancias de tiempo y de lugar se ha constituido lentamente la ideología sindicalista y cómo se ha enriquecido incesantemente con nuevas aportaciones; nadie, tampoco, ha dado a conocer el nombre y los esfuerzos originales de los teóricos y los militantes que han contribuido a la elaboración de esa ideología. No dudamos de que este hueco se llenará bien pronto y de que próximamente aparezca un trabajo de conjunto que haga comprender mejor los orígenes, la razón de ser del inmenso esfuerzo proletario que canaliza actualmente, para darle mayor intensidad aún, la Asociación Internacional de los Trabajadores, de Berlín. Entonces se darán cuenta de la importancia real, de la fecundidad de la misión asumida por aquellos hombres, cuyo nombre sigue siendo desconocido para los millares de seres que se proclaman partidarios de sus ideas y son sus continuadores, y en particular la personalidad del teórico sindicalista húngaro Ervin Szabo será colocada en primera fila entre la de los promotores del sindicalismo revolucionario.

Ervin Szabo, que había morir a finales de 1918, fué bibliotecario de la ciudad de Budapest y se le deben importantes trabajos de bibliotecnia, en particular un notable repertorio de obras de economía política y social, pero fué primero y sobre todo el animador, el inspirador de los Sindicatos húngaros. Todo lo puso en práctica para arrancarlos a la influencia de los socialdemócratas y para insuflarles un espíritu de audacia revolucionaria. Además fué apoyado en sus tentativas, que tuvo la suerte de ver coronadas por el éxito, por el conde Ervin Batthyany, el amigo de Kropotkin, que publicaba en Szombathely el periódico anarquista *Testveriség* (*Fraternidad*), con la colaboración de anarcosindicalistas como el doctor Gyula Meroe, y luego, más tarde, en Budapest, el semanario *Tarsadalmi Torradalom* (Re-

volución Social), en el cual los anarcosindicalistas atacaban con un vigor feroz a los socialistas parlamentarios y reformistas. He aquí cómo un hombre que lo había tratado con relativa intimidad describió a Szabo en aquella época: «En un cuerpo delgado y débil, agotado por treinta años de trabajo, pensamiento y meditación, oculta un espíritu claro, profundo y tan abierto a las cosas de la vida como a las ideas nuevas. La literatura francesa, como la alemana, le es familiar; ha traducido en tres volúmenes las obras escogidas de Marx y de Engels, las ha comentado; luego se emancipó. Excepción aún rara en este movimiento, este intelectual se muestra reservado con respecto a la política y a los políticos; ha pronunciado un discurso de tendencias antiparlamentarias y conclusiones «sindicalistas», como se dice actualmente entre nosotros; dedica toda su afección al movimiento sindical y a la organización económica; el oportunismo de los discípulos de Marx le disgusta mucho y cultiva con fervor el sentido revolucionario, el gusto de las realidades sindicales, la educación autónoma de los obreros. Es una de las grandes esperanzas del movimiento: todos hablan con respeto de este joven pensador, cuyo espíritu original dirige a los Sindicatos húngaros hacia un designio inspirado a la vez en la Confederación del Trabajo francesa y en las organizaciones prudentes de Alemania. A pesar de su juventud es escuchado y seguido, teniendo ya una especie de discípulos tanto más atentos cuanto que su débil cuerpo amenazaba no dejarlo durar mucho. Lo vimos en los baños de Buda, en uno de esos establecimientos adonde van los agotados a recuperar algunas fuerzas, luego, en una de aquellas modestas casas, ocultas tras el Palacio Real, de los flancos de la colina que domina a Pest. Su pensamiento se exhalaba y parecía pasar fatigosamente a través de un cuerpo sin vida, pero era siempre lleno, preciso y fuerte.» (L. G. Jarry: *La cuestión social y el socialismo en Hungría*, París, 1909.)

Ervin Szabo no fué un militante. No tenía la resistencia física necesaria para ello. Animador y doctrinario, expresó, supo coordinar en un conjunto cohesivo perfecto las aspiraciones y reivindicaciones a veces latentes del proletariado. A él mismo dejaremos el cuidado de exponer su teoría del sindicalismo y de la acción directa, y para ello no tendremos más que escoger algunas citas de sus numerosas obras (1) y en particular de su libro fundamental: *La lucha del Capital y el Trabajo*. Nuestro amigo y camarada Hubert Lagardelle, que fué el amigo de Szabo, al mismo tiempo que uno de los más ardientes propagandistas del sindicalismo en Francia, desde 1899 hasta la guerra, ha tenido a bien confiarnos también algunos trabajos inéditos en francés de Szabo, a los que nos referimos al mismo tiempo.

La influencia marxista era grande en Hungría al principio del siglo en los Centros socialistas, que habían fundado las primeras Agrupaciones del socialismo. Szabo no eludió al principio aquella empresa y especialmente tradujo y comentó los trabajos de Marx, siendo el primero que lo realizaba; pero bien pronto se rehizo y denunció, si no a Marx mismo, por lo menos a los marxistas; le molestó lo que tenía de seco, de estrecho y hasta de retrógrado en sus concepciones.

«Un marxismo dogmático, declaraba en su prefacio a *El Capital*, es la misma vaciedad que un evolucionismo conservador. Y me atrevo a afirmar que si soy marxista —naturalmente que a mi manera— no es porque me encierre en un dogmatismo, estrechamente elaborado contra las nociones científicas nuevas, sino porque las *tendencias fundamentales* de mi manera de pensar están trazadas por el marxismo, aunque me esfuerzo en seguir con paso igual la marcha de la ciencia moderna... No es por casualidad el que las organizaciones específicamente obre-

ras de Francia e Italia, los Sindicatos, el que sus militantes, los sindicalistas, sigan en la práctica, cada vez más conscientemente, un camino cuya concepción teórica es el vástago del marxismo en su más viril edad.» Pero un marxismo comprendido así no tenía nada de común con el de los partidos oficiales del socialismo, «esa vanguardia de la democracia burguesa o aun la potente retaguardia de una pequeña tropa de intelectuales y de pequeños burgueses». Entonces, como en nuestros días, los socialistas parlamentarios marxistas corrompían todo cuanto tocaban, falseando hasta las nociones más simples y más tangibles, tales como la noción de la lucha de clases. ¿No se leía, por ejemplo, en el preámbulo del acta del primer Congreso sindical húngaro organizado por los socialdemócratas «que el combate político conduce a la liberación final de la clase obrera de las cadenas de la explotación y la opresión capitalistas? ¿La lucha de clases encuentra su expresión más viva en el movimiento político del partido socialista, que debe sostener moral y materialmente a cada miembro de la clase obrera?» A costa de esfuerzos inauditos, Szabo fué el primero en conseguir expulsar del movimiento sindical el virus político y parlamentario; y lo consiguió tan bien, que entonces que, de 1902 a 1906, las huelgas generales eran ocasionadas únicamente por las preocupaciones políticas (luchas por la obtención del sufragio universal y secreto), de 1903 a la guerra, los Sindicatos no tuvieron ya otras miras que organizar potentes Federaciones nacionales, de oficios primero y luego de industrias; y durante la *Commune* de 1919, la hostilidad entre el partido socialista (luego bolchevista) y los Sindicatos, se manifestó hasta con luchas violentas en las calles.

Los partidos socialistas no son, pues, para Szabo, los depositarios del movimiento obrero. Son organizaciones de la democracia burguesa, a las que hay que combatir y destruir, porque se apoyan en otras clases que no son la clase proletaria. El único y verdadero órgano del movimiento obrero es el Sindicato. «Incumbe a la clase trabajadora explotar las tendencias de la evolución en su provecho y adaptarse a ellas. Lo consigue por medio de sus organizaciones económicas, que son a la vez los órganos de su pujanza

(1) Principales obras de E. Szabo. En latín: *Bibliographia economica universalis*, Bruselas y Budapest, Politzer esña, edit., 1903; en francés: *El Congreso del partido socialista húngaro, El IV Congreso sindical de Hungría, Política y Sindicatos*, París, Movimiento socialista, edic. 1908 y 1909; en húngaro: *Működés mozgalmak: Vívzappillantás az 1902. évre* (El movimiento obrero: Ojeada sobre el año 1902), Budapest, Politzer esña, edic. 1903; *A toke és a munka Larca* (La lucha del capital y el trabajo), Budapest, 1921; *Los comentarios de Karl Marx*.

pública, con las cuales se apodera de las ventajas económicas, de los métodos y de las condiciones mejoradas de la producción, y la gran escuela del porvenir, donde los obreros son habituados a la solidaridad en la acción, a la abnegación, a la subordinación, a la voluntad de todos; los órganos que, por una selección natural, emergen del ambiente mismo de su clase, los organismos de todas las funciones sociales. Las organizaciones del movimiento obrero contemporáneo son algo más que bandadas de rebeldes reunidos por la miseria; son y deben ser los modelos de las organizaciones socialistas.»

La acción directa es el arma del movimiento obrero. Pero es una equivocación el reducir la acción directa a la violencia; «la esencia de la acción directa no es la violencia ni cualquier otro medio guerrero, y se equivoca considerablemente el que imagine que los representantes más conscientes de la acción directa, los sindicalistas franceses, no comprenden por acción directa otra cosa más que la violencia». La acción directa se manifiesta bajo las formas más diversas: demandas directas de los obreros a los patronos para mejorar las condiciones de trabajo, contratos colectivos, huelgas, asambleas, manifestaciones en la vía pública, presión sobre los Poderes públicos. «La clase obrera no tiene ningún motivo para atenuar la lucha económica; al contrario, tiene el mayor interés en atizarla, en conducirla con la más grande energía y el mayor vigor, no solamente en su propio interés inmediato, sino que también en interés de aquella evolución económica cuyo ritmo acelerado lleve a la sociedad más rápidamente a una organización mejor. Y tratará, por todos los medios de que pueda disponer, de impedir a los capitalistas entorpecer y retardar aquella evolución por el proteccionismo estatal, en detrimento directo e indirecto de la clase obrera.»

En una conferencia pública sobre el socialismo, pronunciada en la Sociedad húngara de Sociología, en marzo de 1904, Ervin Szabo completó así su pensamiento: «La lucha económica es una excelente escuela preparatoria del socialismo...; el proletariado entra así en la organización de la economía moderna, con las Agrupaciones de producción y consumo independientes del capital privado. Esas creaciones económicas son las Cooperativas. Sin

cesar crece el número de la gente que está de acuerdo en creer que el proletariado organizado ha encontrado en las Cooperativas una forma económica que une el carácter social de la producción al de la apropiación y que resuelve el conflicto entre la producción y la distribución, el cual, existiendo en la producción moderna de la gran industria, engendra la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado. Si se consigue verdaderamente, tomando como base las Cooperativas de consumo, desplegar una red de Cooperativas de producción que penetre en todas las ramas de la producción industrial y agrícola, si se logra evitar que, bajo la influencia corruptora de los centros de producción capitalistas que trabajan por la ganancia, esas Cooperativas se conviertan en simples tiendas o en Sociedades por acciones a la busca de la ganancia, entonces, los medios de acción puestos en práctica en la lucha de clases serán potentemente acrecentados.» «Los intereses políticos actuales de la clase obrera son, en efecto, menos importantes que los intereses que afectan a la evolución económica.»

El sindicalismo, tal como lo ha concebido y definido Ervin Szabo —el sindicalismo positivo y constructor, con sus propios medios de acción política y económica, su ideología y concepciones tácticas particulares, poniendo en práctica todas las formaciones económicas específicamente proletarias, como las Cooperativas—, no debe contentarse con mantener o elevar el tipo de vida de la clase obrera. De ningún modo podría convertirse en un agente de conciliación o hasta de colaboración entre las clases burguesas dominantes y el proletariado, aunque fuera so capa de defender las libertades democráticas. Ervin Szabo, que denunció con tanta fuerza y pasión las culpables debilidades de los dirigentes socialistas y sindicalistas alemanes y húngaros con respecto a los Gobiernos, que aplicaban «la legislación social», Ervin Szabo no hubiera podido admitir actualmente la actitud de los directivos sindicales alemanes, españoles o franceses, convertidos en ministros del Trabajo, con título o de hecho, y colaborando abiertamente con los capitalistas. Contra el patronato y el Estado,

sin compromiso alguno, el proletariado debía, en su concepto, aislarse, organizarse, reforzarse en sus organizaciones específicas de clase, los Sindicatos.

Llega el día en que, dislocado por sus contradicciones internas, abocado a la quiebra por su incapacidad para dirigir convenientemente la economía y equilibrar la producción y el consumo, el capitalismo se verá obligado a desaparecer ante un sistema económico superior; entonces tendrá el sindicalismo que suplir su falta y organizar la administración de las cosas, respondiendo a las aspiraciones comunistas y libertarias del proletariado.

Pero, llegado también al término de sus estudios, después de haber analizado escrupulosamente los caracteres y las posibilidades actuales del movimiento obrero, Ervin Szabo se hacía una pregunta formidable, esa misma que suscita aún la inquietud de millares de trabajadores: ¿Cuál será el porvenir del sindicalismo revolucionario, qué nueva forma de sociedad se desprenderá de su acción victoriosa, en qué medida colmará las esperanzas que se han puesto en él? En suma, ¿conseguirá el sindicalismo aportar un bienestar mayor y una más amplia libertad a los hombres, en un ambiente más coherente y armonioso? Y Szabo se respondía a sí mismo con una profesión de fe vibrante y profunda, que sigue siendo la nuestra:

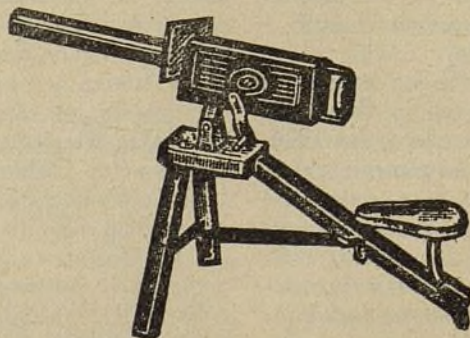
«En el estado actual de la evolución económica, social y política, no podemos aún saber qué forma definitiva tomará

este movimiento. El porvenir —y puede que un porvenir muy próximo— deberá enseñarnos si, de un medio sindical, surgirá algo más que una acción destructora de la sociedad burguesa; si se desarrollarán las ideas constructivas y una acción creadora. Los Sindicatos franceses nos han indicado nuevos medios de acción y caminos naturales para la lucha política de la clase obrera, la acción directa y el antimilitarismo. Pero todo eso no es más que una acción negativa; desde el punto de vista de la sociedad futura, no es más que una revelación de fuerzas destructivas. El estado económico atrasado de su país —que se nos demuestra principalmente por el desmenuzamiento de sus organizaciones sindicales, pues a una industria concentrada, a grandes fábricas, a consorcios y trusts, deberían corresponder las grandes Federaciones sindicales centralizadas y, en un grado superior, no ya las Federaciones sociales de oficios, sino las Federaciones de industrias o las Uniones de industrias (*Industrial Federations*), el estado económico atrasado, pues no les permite aún estar a aquel nivel en que podrían realizar una obra creativa. Pero no dudamos que la clase obrera encuentra su propio camino; la construcción de la nueva sociedad no depende únicamente de su voluntad; es también una vital necesidad social.

La vida o la muerte de la sociedad depende de ello.»

P. Ganivet

JUGUETES DE GUERRA



Ametralladora

Historia de las ideas y de las luchas sociales en España

XI

NO seguiremos paso a paso la labor que hace el Consejo de S. O. en torno a la convocatoria del Congreso. Sería prolijo en exceso para trabajos de esta naturaleza. Sin embargo, queremos dar a conocer los más importantes y destacados.

Poco tiempo después de publicado el comunicado ya transcrito, apareció la nota siguiente, firmada ya por el Consejo, oficialmente, en la que se señalan normas para concurrir al comicio que se preparaba.

Dice así esta nota :

«EL CONGRESO OBRERO DE CATALUÑA

»En el ánimo y en la convicción de todos los obreros que se preocupan de su estado actual y del porvenir de su clase, se afirma cada día más la conveniencia y la necesidad de la celebración del Congreso de Sociedades obreras de Cataluña.

»Después de reciente convocatoria, hemos podido ya apreciar el interés con que se espera este acto de verdadera trascendencia, que ha de ser, sin duda, el preludio de un nuevo movimiento vigoroso y meditado sobre las lecciones del pasado.

»En gran número de cartas y en conversaciones particulares, se nos recomienda tiento y voluntad para llevar a cabo esta obra que ha de ser el complemento de la labor unificadora y fecunda que va realizando la Solidaridad Obrera.

»Por esto, pues, este Consejo, respondiendo a los deseos de todos, que son los suyos propios, hoy viene a presentar a la aprobación de todas las Sociedades obreras de Cataluña, adheridas o no a nuestra Federación, las siguientes condiciones generales, dentro de las cuales creemos que puede realizarse el próximo Congreso, que debe tener lugar en los días 6, 7 y 8 del mes de septiembre.

»Estas son las siguientes :

»1.^a Teniendo en cuenta los mayores medios de publicidad y propaganda y para mayor facilidad de la mayoría de las Sociedades, el Congreso se celebrará en Barcelona, en el local que previamente fijará el Consejo Directivo.

»2.^a El Congreso se constituirá por medio de uno o de varios representantes directos o indirectos por cada Sociedad existente en cualquier localidad de Cataluña, entendiéndose por directos aquellos que residan en la localidad que representen, y por indirectos los que, residiendo en Barcelona, les sean conferidos poderes por escrito para representar a alguna entidad.

»3.^a Partiendo de lo prefijado en la condición anterior, podrá y deberá hallarse representada en el Congreso toda la clase obrera residente en Cataluña, pues aun en aquellas poblaciones donde no existen entidades constituídas, podrán nombrar delegados los respectivos grupos obreros.

»4.^a Para poder ser representante directo o indirecto, será condición indispensable ser obrero y pertenecer a la Sociedad de su oficio, salvo aquellos que representen directamente grupos existentes en localidades que no exista sindicalismo constituido.

»5.^a Todos los delegados, una vez aceptados como tales por el Congreso, tendrán derecho a voz, pero en las votaciones sólo tendrá un voto cada entidad representada.

»6.^a Las Sociedades o sus representantes, pero en ambos casos con carácter oficial, deberán remitir al Consejo Directivo y por lo menos con dos semanas de anticipación al Congreso, los temas que desean se discutan, los cuales, previamente examinados por una ponencia que nombrará el Consejo Directivo, formarán el Orden del día del Congreso, que se publicará en toda la Prensa con anticipación a la celebración de dicho acto.

»Desde este momento, todas las Sociedades obreras de la región pueden darse por invitadas al próximo Congreso y dirigirnos, si lo creen necesario, cuantas observaciones crean oportunas para el mejor éxito, eficacia y trascendencia de este acto que a todos pertenece y cada uno tenemos el propio derecho de contribuir. —*El Consejo de Solidaridad Obrera.*»

Imposible detallar la actividad desplegada por el Consejo de S. O. en la organización del Congreso. Baste decir que fué intensa y con arreglo a las circunstancias que atravesaban.

Cartas, circulares, notas en la Prensa, propaganda oral y escrita; todo lo pusieron a contribución en su propósito.

Por fin, celébrase el Congreso en la fecha anunciada, cuyo Orden del día es el siguiente:

»1.º Táctica de lucha que ha de seguirse en caso de huelga.

»2.º Conveniencia de practicar unidos el sindicalismo todos los similares a un ramo de trabajo.

»3.º Necesidad de tener un órgano en la Prensa; medios de sostenerlo.

»4.º Forma de practicar la solidaridad con las víctimas de las persecuciones por cuestiones sociales. (Ponente: el Consejo Directivo.)

»5.º ¿Es conveniente excluir los días festivos no domingos? (Ponentes: Ramo de Ebanistería y Marmolistas.)

»6.º Manera de evitar que los obreros que sean asociados cuando residen fuera de Barcelona, se nieguen a sindicarse cuando residan en ésta. (Ponente: Albañiles, de Sans.)

»7.º La cooperación (de consumo y producción agrícolas, etc.), ¿es el camino más directo para llegar a la emancipación del obrero?

»a) Medio de conseguir la jornada de ocho horas todos los obreros en general lo más pronto posible.

»b) Manera de llevar a cabo la construcción de un edificio de propiedad para local social de las Sociedades obreras de Barcelona. (Ponente: Sociedad de Encuadernadores y Rayadores.)

»8.º Suprimir el principio voluntario que informa la línea de conducta de Solidaridad Obrera y que sea sustituido por el deber y obligación. (Ponente: Sociedad de Zapateros.)

»9.º Fórmulas para fundar Centros obreros.

»a) ¿Es conveniente rija el mismo salario mínimo para todos los obreros?

»b) Dada la precaria situación de la clase obrera y el alza que se observa en el alquiler de las viviendas, ¿es conveniente poner un límite o rebajarlos? Medios para ello. (Ponente: Sociedad de Marmolistas.)

»10. Estudio de la forma en que la Solidaridad Obrera pueda llevar a la práctica el que se sindiquen en sus respectivas Sociedades todos los obreros de todas las artes y oficios. (Ponente: Sociedad de Pintores.)

»11. ¿Qué medios deberían emplearse para poder asociar todo el ramo textil de Cataluña? (Ponente: Ramo del Agua y Arte Fabril.)

»12. ¿Es de necesidad la organización de la Confederación General del Trabajo?

»a) Medios y forma de organización.

»b) En caso de constituirse, ¿qué orientación debe seguirse dentro su radio de acción y propaganda?

»c) Discusión de unos Estatutos para su régimen. (Ponentes: Federaciones locales de Tarrasa y Sabadell, y Ramo del Agua y Arte Fabril, de ésta.)

»13. Necesidad de reducción de horas de jornada y medios para conseguirlo. (Ponentes: Federaciones de Tarrasa y Sabadell y Tres Clases de Vapor, de Badalona.)

»14. Conveniencia de que esta Federación entre en relaciones con las demás de España.

»a) Que la Sociedad que por no cumplir los acuerdos del Congreso se diera de baja en la Federación y pretendiera volver a entrar, venga obligada a satisfacer las cuotas que adeude. (Ponente: Cerrajeros de Obras.)

»15. Condiciones que deben reunir las Sociedades de resistencia para poder afiliarse a la Solidaridad Obrera.

»a) Organización de los Congresos.

»b) El sindicalismo a base múltiple. (Ponentes: Fogoneros, Marineros y Obreros Similares; en el inciso b) coinciden los Cerrajeros mecánicos.)

»16. ¿Es conveniente que en una localidad haya más de una Sociedad de resistencia perteneciente a un mismo oficio? (Ponente: Arte de Imprimir.)

»17. Cooperación y colectivismo.

- »a) Modo de efectuarlo.
 - »b) Casas para obreros.
 - »c) Igualar el valor del trabajo de la mujer y del hombre.
 - »d) Medios de obtener subvención del Ayuntamiento.
 - »e) Creación de establecimientos a cuenta de Solidaridad Obrera.
 - »f) Forma de su marcha. Sus beneficios.
 - »g) Separar del trabajo a los menores de quince años. (Ponente: Constructores de Cajas de Cartón. También coincide esta Sociedad en lo de fundar un edificio propiedad para las Sociedades obreras. En igual sentido o de arriendo se declara la Sociedad de Albañiles, de Barcelona.)
- »Como en el número anterior, hacemos la observación de que no hemos incluido entre los temas todos los escritos que daban soluciones, pues éstas deben sustanciarse en el Congreso.
- »Lo mismo indicamos respecto a todas las Sociedades que daban criterio sobre los temas presentados por el Consejo Directivo.
- »Como advertencia final, recordamos a todas las entidades que quieran hallarse representadas en el Congreso, que sus delegados deben presentarse provistos de credencial para ser reconocidos como tales.
- »Por fin, hay también otro tema que lleva el número 18 y dice: «Parasitismo social y modo de combatirlo». (Ponente: Grupo Escolar Vida.)»

Otros temas se discutieron en el Congreso de S. O., como verá el lector por el resumen que daremos; pero los principales temas discutidos, los que sirvieron de base para la formación del Orden del día, son los transcritos. Por ellos se colige perfectamente cuáles eran las tendencias dominantes en la época y cuál era el criterio que tenían los trabajadores de lo que había de ser la lucha social. Lo interesante, sin embargo, es constatar cómo temas de los que entonces se pusieron a discusión son hoy tan de actualidad como sin duda lo fueron en aquel período, del que nos separan la friolera de veinticuatro años. Y parece, no obstante, que fué ayer.

Al Congreso constitutivo de Solidaridad Obrera Regional concurren ciento treinta delegados representando a ciento nueve Sociedades y a varias Federaciones loca-

les. El resultado de las representaciones que concurrieron no pudo ser más brillante. La clase trabajadora catalana dió pruebas de vitalidad y de organización, concurriendo numerosa al Congreso. Y aunque en la convocatoria se autoriza a que envíen representación los Grupos obreros allí donde no haya Sociedad obrera organizada, nadie usa de esta facultad, exceptuando un Grupo de Barcelona. Lo que demuestra que lo que ya entonces existía en Cataluña, eran organizaciones, Sociedades obreras perfectamente organizadas, y no Grupos más o menos numerosos.

La labor del Congreso fué interesante. Más como promesa que como realidad; pues incluso se da el caso que hay temas cuyo dictamen discrepa de lo que el tema trataba, es decir, que dictaminan distintamente al enunciado del tema que sirve de base al dictamen. Pero no debemos ser exigentes, cuando hoy, después de llevar años de organización, se cae en los mismos defectos.

Las deliberaciones se desarrollan en un ambiente de comprensión y de cordialidad. Y es más de apreciar que así fuese, tenido en cuenta que a dicho Congreso concurrieron organizaciones de tendencia socialista; organizaciones que, por su ideología, estaban más cerca de los socialistas que de los anarquistas.

Debemos reconocer, sin embargo, que la influencia contraria a la Unión General de Trabajadores fué tan poderosa, que los delegados que defendían a este organismo, así como los que propugnaban por la unidad sindical en un sólo organismo central, fueron arrollados por los que no querían en modo alguno unirse a la central madrileña.

Por otra parte, las adhesiones y felicitaciones al Congreso llegaron copiosas de todo el país. La España proletaria, en desacuerdo con el socialismo, volcó su simpatía por el Congreso que comenzaba.

Para facilitar la labor de los delegados al Congreso, los dieciocho temas de que se componía el Orden del día fueron reunidos en cuatro grupos, formados éstos por la similitud de los temas. Además, se nombraron cuatro ponencias encargadas de dictaminar sobre los temas de que se componía cada grupo. Las ponencias se componían de siete individuos cada una. Y siempre con el deseo y buen sentido

de facilitar la discusión de los temas, recogiendo el espíritu de las entidades. De cada una de estas ponencias formó parte un delegado de la entidad proponente de los temas a discutir.

También fué objeto de debate la forma de votación. Es la Federación obrera de Sabadell la que lo plantea. Lo hace ya en la sesión de la mañana del primer día; pero dado ya lo avanzado de la hora en que la cuestión fué sometida a la consideración de los delegados, se aplazó la discusión para la sesión de la tarde.

Sabadell rechazaba la base quinta de las normas que el Consejo de S. O. había establecido para las votaciones en el Congreso. Según esta base, cada entidad tendrá un voto, mientras que las entidades de Sabadell entienden que la votación debe hacerse por número de representantes. Estimaba que esto era más lógico que no lo que el Consejo proponía. La mayoría, no obstante, se inclinó por lo que el Consejo había propuesto.

El nombramiento de las ponencias fué,

a pesar de todo, laborioso, pues las necesidades del momento exigían la máxima ponderación y acierto, y los delegados, dándose cuenta de ello, pusieron todo su empeño y su saber para que los camaradas designados respondiesen a lo que de ellos se esperaba.

Se leyeron cartas de camaradas de otras localidades que enviaban saludos al Congreso. De organizaciones que no podían concurrir por falta de medios económicos o por falta de tiempo para designar delegados. Y también por otras causas de menos importancia.

Pero la que produjo más sensación en el Congreso fué una carta dirigida al mismo por el camarada Anselmo Lorenzo.

La lectura de dicha carta fué escuchada con máximo silencio, acordando por unanimidad contestarla seguidamente y recomendar que dicho trabajo fuese publicado en la Prensa.

Angel Pestaña



El charlatán

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid



¡LLEGAN los barbaros

El 24 de marzo, la Alemania «espiritualmente renovada» con ayuda del revólver, del puñal y del aceite de ricino, ha sido favorecida con una serie de fiestas embriagadoras: servicios divinos y conciertos públicos, paradas de banderas, discursos radiofundidos...



He aquí a Hitler, el «salvador de Alemania», luego de su triunfo, con la sonrisa en la cara y un ramillete en la mano, que disfrazan el presagio de un horizonte negro de terror y rojo de sangre proletaria...





UN ATENTADO OPORTUNO

Un incendio debido a la falta de vigilancia, ha destruido una parte importante del Reichstag: la cúpula, la sala de sesiones, la biblioteca y restaurant han sido destruidos por el fuego. El incendio parece haber estallado simultáneamente por varias partes. La relación de la policía señala, en efecto, que veinte o treinta hogueras fueron encendidas sin que los guardianes del Reichstag se apercibiesen, ya que fueron los transeúntes quienes señalaron el siniestro. Un joven, portador de un pasaporte holandés al nombre de Van du Lubbe, ha sido detenido en el lugar mismo. Su detención fué tanto más fácil por cuanto su extraño aspecto llamaba poderosamente la atención. En efecto, no llevaba más que un pantalón por toda ropa. Pero lo «extraño del caso» era que llevaba consigo su carta de miembro del partido comunista holandés del cual había sido excluido hacía ya algunos años. Se sabía seguro, y toda la Prensa liberal y democrática lo proclamó: que el partido comunista alemán no tenía relación alguna con este asunto. En víspera de elecciones, los «nazis», que han sido los primeros en oponerse al esclarecimiento judicial de este suceso, trataron de sacar el máximo partido de este atentado criminal.

Ayuntamiento de Mad





La vuelta a la Edad Media.—Un intelectual israelita de Munich, detenido y torturado por los «nazis», es paseado luego, las manos atadas a la espalda, el pantalón cortado por la rodilla y los pies descalzos, por las calles, con un letrero colgado al cuello, que dice: «Aunque yo soy judío, no protestaré nunca contra los «nazis».



Los «nazis» han procedido a numerosas detenciones de comunistas en Alemania. Después de someterlos a un inicuo régimen carcelario, después de los escarnios y torturas, alineados contra los muros y con la amenaza de inmediatas ejecuciones, son obligados a dar vivas a Hitler y a entonar el himno nacionalsocialista.

El marxismo y el movimiento obrero

EL mayor mérito histórico de Carlos Marx, el rasgo más saliente de su doctrina no es el materialismo histórico, ni la teoría de la plusvalía, ni tampoco su análisis de conjunto de la economía capitalista. *La característica fundamental de la doctrina marxista es la íntima relación por ella establecida entre el Socialismo y el movimiento obrero.*

Con anterioridad a Marx, existían, de una parte, algunas sectas socialistas, y de otra, un movimiento obrero elemental y exclusivamente reformista. Es decir: Por un lado, un ideal, cuyos paladines buscaban, en vano, la fuerza material capaz de convertirlo en realidad; por otro lado, un movimiento vigoroso y espontáneo, una fuerza material de proporciones capaces de trastornar al universo, pero cuyas aspiraciones emancipadoras hallábase encerradas entre los límites del sistema existente, corriendo el riesgo de agotarse a fuerza de luchas estériles.

Así las cosas, es Marx quien asigna al movimiento obrero su *objetivo socialista* y quien revela al Socialismo, utópico hasta este momento, que la fuerza social a que corresponde su realización es la *clase trabajadora*. ¿Cabe añadir que este relacionar ambos elementos —movimiento y finalidad— de ningún modo pudo obedecer a una pura especulación del espíritu? Ciertamente que no: la unión del movimiento obrero al objetivo socialista es una consecuencia que Marx deduce del análisis de la economía capitalista y de sus tendencias. Marx demuestra, en efecto, que el capitalismo, a medida que se desarrolla, va produciendo y multiplicando «a sus mismos enterradores», los modernos proletarios. Marx demuestra también que la centralización, la concentración y la organización capitalista, en su avanzar continuo, crean la base técnica del orden socialista, en tanto que la situación cada día más insostenible a que el capital condena a las masas trabajadoras, no dejará a éstas más que una salida: la transformación socialista de la economía y de la sociedad.

Y he aquí cómo el Socialismo deja de

ser una utopía; he aquí cómo llega al cerebro, ya que su germen está evidente en los hechos reales. La fuerza activa que le hará salir de los flancos de la sociedad burguesa es la lucha de clases del proletariado; y esta lucha de clases se inspirará cada vez más en la finalidad socialista, porque las mismas circunstancias, cerrando todas las otras puertas, obligarán al proletariado a orientarse hacia ese fin.

Los Sindicatos, organismos de la lucha diaria de la clase obrera, son, según Marx, «las escuelas del Socialismo». En la acción sindical, «los obreros se hacen socialistas, porque, por ella, ven cada día, con los propios ojos, la lucha contra el capital» (1). Y la lucha contra el capital, «la lucha de clase a clase es una lucha política» (2).

La introducción del marxismo en el proletariado

El marxismo es una ciencia. Como toda ciencia, el marxismo sólo es asequible para una minoría. La mayoría de los obreros desconocen las obras de Marx, así como la mayoría de los patronos desconocen las obras de los filósofos, historiadores y economistas burgueses.

Pero la doctrina marxista es algo más que una ciencia; es, tomando la definición de Federico Engels, «la enseñanza de las condiciones de la liberación del proletariado» (3). Y estas condiciones, las clases trabajadoras pueden entenderlas sin haber leído *El Capital*.

Los elementos más activos, los más conscientes, los más inteligentes del proletariado, estudian —y ello es evidente— los escritos de Marx y de Engels, y se documentan directamente en la doctrina marxista y, por su mediación, los postu-

(1) Entrevi concedida por Marx a Hamann, en 30 de septiembre de 1869.

(2) Karl Marx. *Misère de la Philosophie*, página 217.

(3) F. Engels. *Principes du Communisme*, página 11.— Este escrito de Engels, primer bosquejo del *Manifiesto*, data de 1847.

lados esenciales de esta doctrina se introducen en la clase proletaria.

Sin embargo, tales postulados no pueden convencer a la gran masa, más que si responden, y en la medida conveniente, a las necesidades reales de su lucha de clase; o, dicho de otro modo: *más que si se basan, y en la medida en que se basen, en las previsiones exactas relativas al desarrollo efectivo del capitalismo.*

La revolución proletaria y la transformación socialista del mundo no se impondrán a la conciencia y a la voluntad de la gran masa trabajadora, sino *después de haber madurado en la misma realidad capitalista*, o sea, como una emancipación, como una consecuencia ineludible del hundimiento del capitalismo.

La mayoría de los proletarios no se producirán en marxistas, es decir, en socialistas conscientes, hasta tanto que su situación efectiva no les impulse a ello. Si en determinados países el marxismo penetra con tanta dificultad en la masa obrera, es porque la evolución económica y social de esos países no ha seguido exactamente el curso previsto por Marx.

El desarrollo concreto del capitalismo ha creado en el movimiento obrero ideologías profundamente diversas. Y así, mientras hay proletarios que luchan por el Socialismo, sin saberlo, a veces bajo banderas de misticismo; otros, en busca de un pedazo de pan, no han faltado —afortunadamente su número disminuye de día en día— quienes, enarbolando la bandera roja y tras el emblema socialista, han combatido por situarse cómodamente dentro del régimen imperante.

El movimiento obrero americano, y el inglés, hasta hace algunos años, demuestran que el capitalismo no engendra en todos los casos una evolución y una ideología socialistas. En determinadas circunstancias, desde luego pasajeras, el mecanicismo de la producción capitalista no actúa (puede actualmente decirse «no ha actuado») con la fuerza depauperadora que Marx previó en *El Capital*. La expansión imperialista ha permitido, durante una larga etapa, que la burguesía de los países capitalistas más avanzados haya proporcionado a la clase asalariada una natural atenuación de los antagonismos sociales y de la lucha de clases.

La emancipación del proletariado parecía resultar posible en el mismo seno del

régimen capitalista, y la colaboración de las clases, el *fair play* de los ingleses, iba sustituyendo, bajo los más diversos aspectos, a su lucha intransigente y a los conflictos insolubles.

Estos aspectos diversos, naturalmente, tenían puntos de contacto con las tradiciones, las luchas y las experiencias pasadas del movimiento obrero. En América, por ejemplo, este movimiento, que no había tendido jamás al Socialismo autóctono, se reflejaba directamente en una situación en que los trabajadores tenían para manumitirse otras posibilidades que el Socialismo. En la Europa continental, donde el movimiento obrero había pasado, durante todo el siglo XIX, por luchas encarnizadas, engendrando así una fuerte ideología socialista, la atenuación temporal de los antagonismos sociales condujo a una colaboración de clases como la de los Estados Unidos, pero bajo los antiguos emblemas socialistas que sobrevivieron al cambio de método. Asimismo, el decoro socialista, marxista, no impidió a la socialdemocracia alemana (para no mencionar otras) la práctica de una política absolutamente idéntica a la de la American Federation of Labor.

Oportunismo y sectarismo

El marxismo es la unión del objetivo socialista y del movimiento obrero. La atenuación de los antagonismos sociales consiguiente a la expansión imperialista de los países capitalistas más avanzados, produjo un divorcio entre el objetivo y el movimiento: el abandono del marxismo por parte de los principales partidos obreros fué la consecuencia.

El reformismo constituye una ruptura con el marxismo, toda vez que renuncia al objetivo final. La famosa frase de Bernstein: «El fin no es nada; el movimiento lo es todo», significó la consagración oficial de esta ruptura.

Pero si la mayoría de la clase obrera, a favor de una fase excepcional del capitalismo, puede renunciar temporalmente al objetivo socialista, sucede, en cambio, que otros grupos, permaneciendo fieles al objetivo, comienzan a no interesarse por el movimiento de la masa. E invirtiendo la fórmula de Bernstein, nos encontramos con la profesión de fe del

sectarismo: «El movimiento no es nada; el fin lo es todo.»

Unos olvidan que el movimiento no es nada sin el objetivo; otros, que el objetivo tampoco es nada sin el movimiento. Unos y otros hállanse igualmente alejados del marxismo.

«El movimiento no es nada; el fin lo es todo.» De esto no hay más que un paso a menospreciar en alto grado al movimiento obrero; a querer reformar su fisonomía con intervenciones de cirugía estética; a considerar que la emancipación de los trabajadores es labor exclusiva de una falange de «revolucionarios profesionales», en vez de ser labor de los mismos trabajadores todos.

Pese a la irreductible oposición entre ambos existentes, el oportunismo bernsteiniano y el sectarismo de los «revolucionarios profesionales» tienen más de un rasgo común. Unos y otros convienen, al contrario que Marx, en que la clase obrera no podrá ser liberada más que por «jefes», parlamentarios filántropos o «técnicos en revoluciones» (según la frase de Max Eastman). A sus ojos, el proletariado es y seguirá siendo menor de edad, una especie de barro moldeable en las manos de los «geniales» arquitectos de la sociedad.

Por otra parte, estos criterios son fácilmente explicables. Porque, si un desarrollo excepcional del capitalismo permite a un buen número de trabajadores elevarse y mejorar aún dentro de la sociedad capitalista, la clase obrera —dicen ellos— no tiene ninguna necesidad de actuar por sí misma para redimirse; basta con que se encomiende a los políticos burgueses o pequeñoburgueses y que éstos obren en nombre de ella y por su cuenta. Pero en este caso, la minoría, los que permanecen fieles al objetivo socialista, desespe-

ran, desconfían de la masa, a la que creen incapaz de moverse si no es a garrotazos... Y he aquí el abandono, por ambos lados, de la doctrina marxista; abandono que, por otra parte, nada tiene de asombroso, ya que, en realidad, el marxismo sólo puede ser ideología dominante de la masa obrera en el caso de que el mismo capitalismo, por una tensión siempre creciente de los antagonismos sociales, empuje al movimiento obrero hacia la meta socialista.

Y esto es lo que actualmente se está produciendo. Resultando la expansión imperialista cada día más imposible, el capitalismo ha acabado por entrar en un período de decadencia. En medio del caos mundial, los antagonismos sociales se exageran, como Marx previera. El movimiento obrero no encuentra más salida que el Socialismo.

El divorcio entre el fin y el movimiento comienza a desaparecer. Y si la masa se dirige hacia la meta socialista, el sectarismo pierde la última apariencia de su razón de ser.

Al provocar, por su expansión imperialista, el divorcio entre el movimiento y el objetivo, el capitalismo suscitó, en otro tiempo, una de las principales causas de la división de la clase trabajadora. Actualmente, en la fase de su decadencia, el capitalismo tiende a enlazar de nuevo a ambos factores —movimiento y fin—; y, por ende, es él mismo quien cimenta las bases de una nueva unión del proletariado; unión que se irá afianzando más y más a medida que la evolución inevitable y fatal del capitalismo decadente vaya liquidando en el movimiento obrero el oportunismo y a su corolario, el sectarismo.

A. Minard

Viena, la Comuna socialista

ENTRE los carteles de reclamo de un jabón de calidad y de medias de seda «ingastables», vese un gran cartel amarillo: un llamamiento alarmante que lleva la firma de la Central del partido socialdemócrata de Austria. Es el paro forzoso que se extiende sin cesar. Sólo Viena cuenta más de 300.000 personas inscritas para la asistencia social. Entre ellas, setenta mil se hallan en riesgo de verse privadas de toda asistencia durante el invierno que sigue. Los fondos, reunidos por medio de contribuciones y de impuestos encubiertos, son absorbidos rápidamente por las innumerables ventosas de la miseria.

La filantropía hipócrita se ha mostrado impotente. Los gestos generosos ya no engañan a nadie: algunas migajas arrojadas a los hambrientos para salvar los banquetes de los privilegiados. La asistencia social se organiza, en estos tiempos «de transición», en el sentido categórico del derecho a la vida y del deber de trabajar. («La falta de trabajo» es una aberración, crisis de la forma de superproducción capitalista y de la distribución arbitraria de lo que es necesario para la existencia.) La compasión hacia el prójimo, la fraternidad, el amor y la moral altruista pueden ser para algunos idealistas el substrato de la acción humanitaria. Para los realistas, que observan en la vida social solamente el fenómeno económico, la asistencia social es una obra de previsión. Debe de realizarse como cualquier operación quirúrgica para evitar la infección del organismo social. Los partidarios del antiguo régimen hacen obra de asistencia social en el estricto límite que les permita mantener su poder político, y los socialistas que participan en el Gobierno y en los asuntos de la Comuna, consideran esta asistencia como provisional, etapa penosa hacia las realizaciones integrales del marxismo.

Tuve la ocasión de ver en Viena algunos comienzos fundamentales del colectivismo. Se critica a los socialistas por sus errores políticos: éstos se derivan tanto de la rigidez dogmática como de aquellos compro-

misos que son inherentes a toda política de partido. Pero los años terribles de después de la guerra han puesto a los socialistas austríacos en presencia de algunos problemas prácticos e inmediatos. Antes de poder aplicar el programa de la socialización tenían que mitigar la miseria popular. El que compara a Viena con otras capitales, queda verdaderamente sorprendido por las nuevas realizaciones en lo que atañe a la cooperación, a la habitación, a la higiene, a la educación física y a la cultura práctica. Es muy significativo que en el jardín que se halla frente al Rathaus (esa montaña de piedra, cincelada al estilo gótico) se haya situado recientemente, muy cerca de las estatuas oficiales, un modesto busto: el de Popper-Lynkeus, cuya concepción sobre el «Allgemeine Nährpflicht» completa y corrige *El Capital*, de Marx. El «mínimum de existencia», que es el *leit-motif* de la obra social y ética de Popper-Lynkeus halla en las realizaciones de la Comuna socialista de Viena una confirmación que se da como ejemplo a los demás Municipios.

Cuando estaba yo, en 1928, con los congresistas de Sonntagsberg, en la recepción dada por la alcaldía vienesa, en aquellas habitaciones que conservan aún el fausto de otros días, me di cuenta de que la victoria socialista se ha establecido en el corazón de una capital, precisamente donde es menester. Es cierto: las ventanas del Rathaus no están todavía completamente abiertas. En los rincones, hay también aquellas telas de araña de la tradición... La rutina, de largos discursos y de gran cantidad de papelotes, se halla aún a sus anchas delante de los despachos. La alocución que un consejero pronunció en aquella ocasión, reemplazando al doctor Seitz, era un homenaje diplomático hacia el pacifismo general. Y el té que se nos sirvió estaba tan sobrecargado de un verdadero lunch aristocrático, que un delegado inglés hizo la observación de que las porciones de caviar fresco, de jamón, de crema a la vainilla y de helados ofrecidas a una sola persona —cubiertos de plata, cama-

meros de frac impecable— equivalían al alimento para tres días de una familia de obreros sin trabajo de cinco personas, por lo menos.

Pero teníamos prisa por atravesar en autobús los barrios obreros. Las nuevas construcciones edilicias nos satisfacían más que las pruebas de cortesía del Rathaus. En el cuadro heteróclito de la antigua ciudad, el problema de la habitación moderna ha encontrado expresiones sorprendentes e inéditas. He visto, incluso en los barrios centrales, entre las casas de alquiler grises y abigarradas, esas fachadas claras, color naranja, amarillas o bronceadas, que llevan esta inscripción: «Edificado por la Comuna de Viena.» Las sumas prestadas para la construcción de edificios son amortizadas holgadamente mediante los pequeños impuestos percibidos sobre las rentas de los propietarios de los inmuebles. Algunos inquilinos me han asegurado que pagan por unas cuantas habitaciones higiénicas y confortables un alquiler de dos o tres schillings por semana. No podían creer que yo tuviese que pagar en la capital de Rumanía un alquiler que representa el 70 % de la renta normal por un piso más modesto que el que ellos ocupaban.

La solución arquitectónica de esas habitaciones es intermedia: entre la casa de alquiler y la casa individual. No se parecen a esos horribles *buildings* o *Blockhaus* con piezas estrechas, como las celdas de colmenas, sino que representan una armónica conjunción de los volúmenes monumentales y de los espacios aireados. Una geometría amplia e ingeniosa, subrayada con balcones y cornisas, redondeada en los ángulos, con huecos o relieves para hacer penetrar al día en cada pieza y para proporcionar el confort necesario a cada una de estas decenas e incluso centenares de hogares reunidos.

La prolijidad del ornamento queda sustituida por el esfuerzo de obtener el máximo de confort y de higiene, lo que implica también una rigurosa administración del inmueble. De todas maneras, el efecto estético no falta; acentúase por su rareza: una eflorescencia sobre la portada, una efigie debajo de un balcón, molduras en la ventana. La estatua, obra de un escultor verdadero y no de modeladores que trabajan en serie, da al patio común (que siempre es un jardín) esa expresión íntima habitual en las villas de vacaciones. Añadid a esto

la agitación de la infancia y de la juventud, a las cuales se presta al fin la atención que parecía reservarse en otro tiempo para los retoños de los burgueses. Así como he visto en Lindenhof: en el jardín, una figura de bronce, en medio de un surtidor, estrecha a un pez contra su pecho desnudo; o en Bebelhof (con las fachadas resaltadas horizontalmente por esos balcones continuados y prolongados como paseos) donde, a través de las alamedas, rubias adolescentes leen, hacen media y se pasean por junto a los cuadriláteros floridos; o, así como lo he visto en el patio central del inmenso Fuchsenfeldhof, el estanque en el cual jugaban los niños, montados sobre focas de piedra o se cocían al sol debajo de las pérgolas revestidas de hiedra...

Se concede la prioridad a los hijos de los proletarios, de los funcionarios y de los antiguos burgueses. La enseñanza está precedida y completada por la higiene y por la educación física. Renuncio a citar cifras y a resumir informes (1). Quien ha visto las oficinas municipales para los niños, los hospitales, los dispensarios (en una sala, un aspirante médico enseña a un grupo de los chicuelos reunidos en las calles, cómo hay que limpiarse los dientes), el internado de Waldmüllerpark, las piezas lujosas del palacio Wilhelminenberg transformadas en salas de estudios, después los laboratorios de química, los talleres de trabajo manual, las bibliotecas comunales (Sandleiten), y esos abrigos para los hijos de los obreros, esas *nursery*, con tableros decorativos y con juguetes, como la Quarinplatz, para los pequeños que estaban antes de la guerra al cuidado de las vecinas caritativas o abandonados solos con los perros y los gatos; quien ha visto los sanatorios para obreros accidentados o extenuados, los asilos para los ancianos, todos en extensos jardines cuidados (incluso algunos cementerios se han convertido en pintorescos parques de reposo *para los vivos*); todo el que se haya alejado también por los barrios limítrofes donde, entre las viejas casas sórdidas, se alinean las colonias para obreros de fábrica, que encuentran allí un refugio casi rural, con huertas y vergeles, alrededor de las pequeñas casas de un piso, pero tan confortables como los edificios

(1) Estos datos se encuentran, por ejemplo, en un folleto: *Vienna under socialist Rule*, por Robert Danneberg, edición «The Labour Party», Londres.

colectivos; el que ha visto todo esto queda convencido de que se ha dado un gran paso hacia adelante para humanizar la vida de los que hacen acrecentarse, mediante su humilde trabajo, las riquezas de la sociedad o, con más exactitud, las riquezas de las Sociedades Anónimas.

Al lado de la existencia miserable de la mayoría de los obreros de todos los países, las familias amparadas en las casas de la Alcaldía de Viena parecen verdaderamente privilegiadas. El triunfo de la ayuda mutua es tan sorprendente para el que llega de una capital donde seis, ocho e incluso diez personas habitan una pieza innoble, húmeda y pestilente o (como los campesinos expulsados por la miseria de las aldeas hacia los trabajos de las construcciones o al asfaltado de las calles) durmiendo sobre la acera o en derredor de calderas de alquitrán, bajo las miradas indiferentes o cobardes de los semejantes más felices...

«Bienestar para todos y para cada cual», divisa elemental y realizable en todas partes, solamente con ayuda de la igualdad económica. No mañana, para una felicidad problemática y, además, con el sacrificio de las generaciones actuales, sino hoy, para todos los que sufren a causa de las cargas del mundo antiguo; para los que han heredado tantas dolencias corporales, tantos vicios y tantas supersticiones; para los que eran los rebaños de esclavos de aquellos señores de «derecho divino», y para los que no quieren sentirse ya simples ane-

xos de las máquinas y cifras de contabilidad para los reyes del Dinero y del Tráfico...

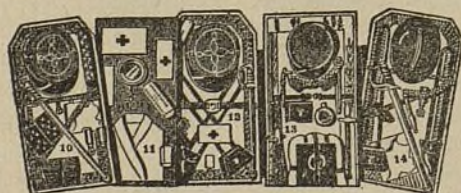
El hombre vuelve a hallar la dignidad de su antepasado que vivía, sin embargo, sano y salvo, en su choza, en un rincón del campo; vuelve a hallar la pureza que tenían los primitivos en las márgenes del río y en medio del bosque libre. Los horrores de la promiscuidad de las grandes aglomeraciones modernas que, por otra parte, no tienen siquiera el orden riguroso y solidario de un hormiguero, son eliminados poco a poco por el nuevo urbanismo que los socialistas vieneses me han señalado con un justificado orgullo.

Urbanismo que no significa tan sólo una habitación higiénica para cada familia, sino también una buena alimentación para cada uno, una educación integral que proporciona a cada cual la posibilidad de desarrollar sus aptitudes. El nuevo urbanismo es esa administración colectiva que no desconoce al individuo y que vela contra el hambre, contra las enfermedades y contra la ignorancia, proporcionando a todo ser humano ese «mínimum de existencia», a cambio de su trabajo. El trabajo será así una contribución consciente y agradable y no un esfuerzo abyecto en un mundo de dolor, de odio y de destrucción recíproca...

Eugen Relgis

(Tradujo E. MUNIZ.)

JUGUETES DE GUERRA



Distintas panoplias juguete. de mariscal de Francia, enfermera, médico mayor, soldado de infantería y oficial

Cartas de Georges Sorel a Benedetto Croce

CRÍTICA», revista italiana de Filosofía, dirigida por Benedetto Croce, publicó en sus números XXV y siguientes, correspondientes al año de 1927, una serie de cartas de Georges Sorel a su director, las cuales, por ser desconocidas del gran público, nos ha parecido interesante reproducir aquí, siquiera extractadas.

No era Sorel partidario de que su correspondencia se hiciese pública después de su muerte; en consecuencia, tuvo buen cuidado de destruir él mismo tanto las copias que poseía de sus cartas como los originales de las que recibía. Había manifestado siempre su voluntad en tal sentido, en especial, ante sus amigos. P. Delesalle y M. Rivière respetaron estrictamente los deseos de Sorel. En cuanto a Croce, ¿se olvidó aquél de exponerle su voluntad? Nada sabemos de ello.

Lo cierto es que una serie de cartas se ha hecho pública y, en estas circunstancias, nada hay que pueda privar a los lectores del mundo, del privilegio de leerlas, que han sido los italianos los primeros en disfrutar. Ahora bien: Benedetto Croce, ¿ha publicado íntegras tales cartas? Es de creer que no; que le pareciera preferible no dar a conocer los fragmentos más exaltados, por causa del régimen imperante en Italia. Así, pues, creemos que permanece inédito mucho de lo referente a la guerra, al bolchevismo y, naturalmente, al fascismo.

Georges Sorel no llegó a crear, propiamente, una escuela en Francia. Pero nunca le faltaron adeptos, procedentes de la juventud política, quienes, por razón de esa su misma juventud tal vez, sentíanse arrastrados por la inquietud espiritual del maestro, por su insaciable curiosidad intelectual, hasta por sus evoluciones paradójicas.

En Italia, los fascistas teorizantes, abusando, interpretando a su manera deficiente y arbitraria las normas de Sorel, se las apropian para basar su sistema. En los pueblos latinos, los sindicalistas le tratan como a un teórico, cosa muy discutible.

En realidad, los principales méritos del autor de estas correspondencias, consistieron en servir con un total desinterés a la causa del proletariado, y en ser un infatigable removedor de ideas.

Sorel fué sucesivamente socialdemócrata con Jaurés; marxista, a su modo, a propósito del «affaire Dreyfus»; sindicalista, bajo la influencia de Pelloutier; nacionalista y casi realista, en vísperas de la guerra; bolchevista, después de ella; técnico y moralista, siempre.

Como autor, fue esencialmente comentador y glosista; acumuló un sinnúmero de notas críticas y acotaciones marginales; se distinguió por sus análisis polémicos, plagados de ideas genialmente contradictorias, con frecuencia confusas, a veces brillantes. Fué incapaz de confeccionar un sistema o una doctrina.

Aun en nuestros días, hay periodistas, indocumentados o ignorantes, que insisten —como el incompetente Paul Seippel, que fué quien puso tal absurdo en circulación (véase Journal de Genève, del 4 de febrero de 1918), y Paul Bourget, que lo confirmó— en atribuir a Sorel una influencia directa sobre Le-

nín y el bolchevismo, cuando, en realidad, Lenin había leído muy poco de él y, por añadidura, lo desdénaba. La única vez en que se decide a tomarle en consideración es para aludirle en estos términos: «Ciertas personas no pueden pensar más que contrasentidos. Georges Sorel, conocido paradojista, es una de ellas.» (Materialisme et empiriocriticisme, edición francesa, pág. 254).

Así se le juzga —una vez más— por no prescindir de su afán de divagación en torno a cuestiones que debían quedar desnudas, en toda su simplicidad. Sin duda, Lenin ante Sorel, experimentaba la misma sensación que a Charles Maurras le hacía confesarse horrorizado ante su inclinación transitoria al «nacionalismo integral».

Las cartas a Croce reflejan fielmente la evolución y las inclinaciones sucesivas de Sorel. Como en sus escritos públicos, en ellas se nos aparece el investigador apasionado; el crítico, a veces injusto, siempre agudo; el filósofo erudito y oscuro; el economista de buena voluntad, pero siempre equivocado; el iconoclasta emérito; el lanzador infatigable de hipótesis, con gran frecuencia aventuradas. Errores enormes, alternan en Sorel, con magníficos destellos de intuición. Su consideración y su simpatía se manifiestan aquí hacia Renan, Vico, Cournot, Bergzen, Barrés, Bourdeau, Andler, Claudel, Halévy...

Estas correspondencias tienen, entre otros, el gran interés de traernos a la memoria las controversias del fin del último siglo en torno del marxismo.

20 de diciembre de 1895.—Sorel escribe a Croce, solicitando su colaboración para la revista *Devenir Social* (1895-98), que sucedió a *L'Ere Nouvelle* (1893-94) y a *Jeunesse socialiste* (Tolosa, 1895), de la que Sorel fué colaborador, en unión de Guesde, Lafargue y Deville.

«Mr. Labriola no me dice sobre qué temas se propone usted escribir; y, aunque, como ya se habrá supuesto, tiene usted amplitud de acción, a mí me complacería sobremanera poder contar, especialmente, con estudios precisos de usted, sobre los hechos históricos o sobre fenómenos económicos concretos. He aquí lo que falta, casi siempre, a los libros socialistas franceses. Y es que en Francia tenemos el defecto de querer ver las cosas en conjunto, desde un plano excesivamente elevado; miramos a lo Napoleón. Y, hoy por hoy, resulta perjudicial obrar de esta manera, aunque las gentes de letras no quieran convencerse de que es así.

«Lo cierto es que los trabajos eruditos son ya muy numerosos en Europa y hasta comienzan a vulgarizarse.»

14 enero 1846.—En esta carta afirma ya la incompatibilidad entre el marxismo —un poco simplista, de documentación a veces somera— de los socialistas como Lafargue, y el espíritu, atormentado de afanes investigadores, de Sorel.

«Gracias por el envío de sus dos folletos (I), que ya he leído con el mayor interés. He dudado un tanto,

al leer aquello que dice de Lafargue, sobre los Padres de la Iglesia, a propósito de la filosofía judaica: «Que su memoria era la obra de un hombre incompetente.» No crea yo, ciertamente, que fuera tan incompetente que usted lo reafirmase de modo tan irrefutable. Porque *la nota de usted es tan irrefutable que nos crea un no pequeño obstáculo a la hora de pedirle una colaboración.*

«Así lo entiende el señor Labriola también. Lafargue y usted no pueden escribir en una misma revista, sobre todo en una revista de la que él es uno de los fundadores.»

Más adelante expresa su gran estimación por Antonio Labriola, y manifiesta su menosprecio hacia los sabihondos.

«El señor Labriola me ha escrito anunciándome el envío de un artículo suyo; comprenderá que es muy de estimar, ya que padecemos penuria de buenos artículos; los que nos los prometen, no siempre nos los dan, mientras los que no escriben más que vaciedades se apresuran a inundarnos de cuartillas. Labriola hace la guerra al mundillo de la pedancia...; mas, ¡ay, que este mundillo se hace oír más que el otro!»

9 octubre 1896.—Perfílese cada vez más su aversión instintiva hacia los marxistas, a los que acusa de observancia demasiado estricta, aunque por ignorar el alemán no le es dado a Sorel conocer exactamente los textos de aquéllos.

«Bennet me ha dicho que las ideas emitidas por Plékhánov acerca del monismo, a las que usted ha criticado (2), no han gustado tampoco en Alemania. C. Schmit ha contestado que están en íntima relación con el pensamiento de Marx. Si se traduce el libro de Plékhánov (3), será cosa de examinarlo detenidamente, si bien el marxismo es poco conocido en Francia.

«Le agradezco el folleto (4) que ha tenido a bien enviarme. Es notable la escasa originalidad de estos revolucionarios; toda su cultura la han adquirido en Plutarco. A mí me extraña mucho que a Babeuf le quepa el honor de haber inventado nada: la lucha de los «flacos» contra los «bien comidos» era la base de todas las revoluciones en las repúblicas de la antigüedad y de la Edad Media, y me parece que Babeuf no se ha elevado mucho sobre esta concepción que mantenía a aquellos pueblos en un estado de semibarbarie.

«El proletariado moderno ha de tener otras concepciones: él es el productor organizado y tiene en su seno los elementos del progreso científico industrial; no puede parecerse a la gleba del medioevo italiano. Los resultados de las guerras civiles en las repúblicas de antaño han sido desastrosos casi siempre. Si el Socialismo no rompe los lazos que le atan a la demagogia radical, podría desembocar en resultantes imprevistas hasta por el propio Marx.»

1.º de marzo de 1897.—Sus preocupaciones moralistas de siempre, que tanto le acercaron a Proudhon, no le parecían incompatibles con el materialismo histórico.

«Yo tenía el proyecto de publicar en *Devenir* la Memoria leída por usted en la Academia pontaniense, sobre el libro de Labriola (5); pero hay en ella un pasaje tan duro, referente a Plékhánov, que la publicación resulta imposible. Si quiere

usted publicar el artículo donde yo le diga, allí tendrá ocasión de reproducir sus ideas personales sobre el materialismo histórico y sobre la moral. Al mismo tiempo creo que al público francés no le desagradará conocer su teoría sobre la Historia y, al hacer la crítica de Chiapelli y Ferraris, le resultará a usted fácil hallar oportunidad. Usted conoce la Historia y, en su artículo sobre Loira, no ha hecho más que bocetar sus ideas someramente.

«Ignoro si habrá satisfecho a Nitti mi artículo del número de febrero, publicado en *Devenir*, sobre «La ciencia de la población» (6). Este libro es, realmente, endeble, hecho «al buen tuntún» y sin sentido crítico. Creía yo que se trataba de un autor más sólido; pero decididamente hay a quienes no se puede mirar demasiado de cerca.»

2 de junio de 1897.—La muerte de su mujer le da ocasión para una de sus raras confidencias íntimas, la cual vamos a reproducir, porque indudablemente el matrimonio ejerció una influencia decisiva en las ideas de Sorel sobre la mujer, la moral y las costumbres.

«En la última carta que usted me escribió (ya hace mucho tiempo) me decía que se encontraba enfermo. Desde entonces, yo he perdido a mi adorada esposa, que había sido mi compañera de veintidós años de trabajos y a la que me ligaba la fuerza del «primer amor». Me parece que su recuerdo se llevará la mejor parte de mí mismo y la verdadera alma de mi vida.»

Pero, reaccionando pronto, vuelve a las discusiones de actualidad, sobre el marxismo. Entonces, para Sorel, Marx y Engels eran uno y lo mismo.

«Yo creo, como usted, que existen afinidades considerables entre los puntos de vista de Pareto y los de Marx; sin embargo, el primero no conocía la obra de Marx, mientras que sí habían llegado a él las cartas de Engels, publicadas por *Devenir*, en marzo (7).

«Estoy, hace mucho tiempo, sin noticias de Labriola, que, según creo, trabaja en unas explicaciones complementarias sobre la concepción materialista de la Historia (8).

«Sería esencial la publicación de algún libro, sobre esta teoría, en el que se hicieran resaltar las luces especiales que ella arroja, porque para muchas personas se reduce a poca cosa; no creen ver en ella nada de particular.

«Yo propuse a Bonnet la publicación de una traducción de los libros de Engels sobre los hechos contemporáneos; folletos lo bastante grandes para formar un buen volumen, que habría demostrado la utilidad práctica de esta concepción materialista. Bonnet no opina como yo; cree que estos folletos no tendrán éxito en Francia. ¿A usted qué le parece?»

Frecuentemente, Sorel alude a la superficialidad de espíritu de sus compatriotas, como en el pasaje siguiente, que, además, revela cuánto deberá su próxima evolución a Carlos Andler.

«Dudo que pueda aparecer en *Devenir* (9) una crítica del libro de Stammler, a no ser que usted mismo se encargue de ello, pues no veo, entre los colaboradores, quién pueda encargarse de tal trabajo, que requiere profundos conocimientos de la literatura sociológica alemana contemporánea. En

Francia, las cosas trascendentales se conocen más bien por los diccionarios que por otras fuentes. Pocas son las personas que leen con seriedad, a pesar de las muchas citas con que enriquecen sus críticas, artículos de revista y aun de diario. Los socialistas, sobre todo, no parecen haber leído mucho.

»El profesor de alemán de la Escuela Normal (10) va a publicar este año un pequeño libro sobre lo que él llama «la descomposición del marxismo en Alemania», es decir, sobre las transformaciones y las censuras, reconocidas como justificadas, del marxismo durante un cierto número de años. Según lo que él me ha dicho, *las tesis principales de la escuela marxista están ya abandonadas hoy en día*. Yo supongo que en esto habrá que hacer salvedades; porque el marxismo, lo que se llama marxismo, está muy lejos de ser el método y la doctrina de Marx. Entre las manos de discípulos, desprovistos de conocimientos históricos y de crítica filosófica suficiente, el marxismo se ha convertido en una caricatura. «Volvamos a Marx», he aquí mi divisa, que creo la más acertada. Es también este el punto de vista de Labriola; pero yo creo que los socialistas no están dispuestos a hacerlo suyo sin hacerse rogar.»

7 de agosto de 1897.—*Su opinión sobre el patriotismo y la Prensa francesa.*

«He visto que la Academia pontaniense ha sacado a concurso una Memoria sobre el III volumen de *El Capital*, y me figuro que ha sido a instancia de usted (11). Espero que de este concurso saldrá «cualquier cosa», porque en Francia estamos condenados a no conocer jamás este volumen, cuya traducción se ha aplazado *ad calendas grecas*. Paretto me ha escrito diciendo que ello ofrece grandes dificultades y que encuentra el original un tanto oscuro.

»Hace tiempo que carezco de noticias de Labriola. Y sería muy útil que él publicase un volumen destinado a completar, explicar y aplicar las teorías de sus primeros ensayos: la opinión de los críticos franceses es que el *materialismo histórico* es una hipótesis en el vacío. Y hay que darle cuerpo, demostrando que sirve para resolver cuestiones, sin su base, insolubles.

»Ello será muy oportuno, tanto más cuanto que, para fin de año, aparecerá el libro del profesor de la Escuela Normal, Andler, sobre *La descomposición del marxismo*, que hará sensación y fijará la opinión de los universitarios sobre estos temas, a no ser que pudiera oponerse a la crítica de Andler algunos trabajos sólidos, que demuestren que el marxismo tiene aún vida próspera y vigorosa.»

30 de noviembre de 1897.—*Sus informaciones en la revista de los socialdemócratas reformistas de Alemania; su interés por los universitarios socialistas reformistas franceses; sus primeras impresiones sobre Arturo Labriola, futuro sindicalista y futuro ministro, actualmente desterrado por el fascismo.*

«En el número de octubre de *Sozialistische Monatshefte*, he publicado un artículo sobre el «Desenvolvimiento del capitalismo».

»He expuesto algunas ideas que creía nuevas. Especialmente, he dicho que el capitalismo más desarrollado (a juicio de Marx) es aquel que más se aleja del tipo comercial, o sea, aquel en el que el

capital ha quedado absorbido por la producción; de donde resulta que el capitalismo más desarrollado está en contacto más íntimo que el capitalismo antiguo con las fuerzas productivas.

»Supongo que usted habrá leído en la *Revue de Métaphysique et Morale*, de septiembre, el artículo de Andler sobre el libro de Labriola, *La Revue de Philosophie*, de diciembre, contendrá una crítica, sobre el mismo, original de Durkheim.

»He leído la tesis de doctorado de Arturo Labriola sobre Quesnay (12). Claro que se trata de un joven, y el trabajo está bien; pero no ha profundizado nada, ni visto más que la superficie de las cosas. Se ha entusiasmado con Quesnay a causa de sus cuadros de circulación; pero creo que no ha sabido ver todo lo que hay en Quesnay; si bien es cierto que no hay mucho en él ni lo que hay es muy utilizable.

»Tampoco sé por qué ha sentido, en esta tesis, la necesidad de erigirse en representante autorizado del marxismo y de dar una definición, por lo menos deficiente, del materialismo histórico. ¿Será que ha querido corregir a su homónimo?

»Me parece que *Crítica* abusa un tanto de la prosa de Arturo, quien acabará por hacerse pasar por jefe del marxismo italiano. El informe de Pantaleoni, que se ha editado como prólogo de la tesis, me parece que está lejos de favorecer a las ideas del autor. No comprendo cómo Pantaleoni no ha puesto de relieve el enorme error histórico cometido por Arturo al trasladar a Francia las descripciones dadas por Marx para Inglaterra.

27 de diciembre de 1897.—*Comienza a establecer su conocida distinción entre Marx y Engels, de lo que los sorelianos de Italia han querido sacar un partido absurdo durante años enteros (error que se explica por su deficiente conocimiento de la obra respectiva y común de los dos amigos, de su colaboración íntima y de sus transacciones), de lo que la correspondencia de Marx y de Engels no ha dejado subsistir nada.*

El prestigio que Marx ejerce sobre Sorel es tan poderoso que éste siente la necesidad de fundamentar sus dudas en pretendidas debilidades de Engels. Y no se le ocurre sospechar que Marx haya podido escribir todo un capítulo del Anti-Dühring, ni que los dos colaboradores hayan firmado, con frecuencia, indistintamente sus escritos.

«¿No le parece que sería muy interesante presentar un análisis crítico de los primeros ensayos de Marx, relativos a la Historia, tales como los que aparecieron en la *Sainte Famille*, los *Annales Franco-allemandes*, la *Misère* y el *Manifiesto*? Todas estas obras forman una unidad (1844-1847). Podrían enfrentarse con las ideas de L. de Stein (14), que, después de Andler, ha ejercido una gran influencia. Una Memoria sobre esto completaría felizmente sus anteriores estudios sobre el materialismo histórico.

»Paréceme cierto que Engels más de una vez ha hecho desviar la interpretación verdaderamente científica del pensamiento de Marx, y creo que esto se debe a que Engels no tenía más que una preparación filosófica general: la de la segunda enseñanza. Me parece asimismo que en el *Anti-Dühring* (al menos en su traducción) expone de una manera un poco libre las teorías de los filósofos y que no tiene ideas bastante claras sobre el hegelianismo, sobre todo. Ha contribuido, con ello, a lanzar al materialismo histórico por el camino del evolucionismo,

sentando plaza de *dogmático absolutista*, fundado en constataciones empíricas poco críticas.

»Es así como ha podido traducir la noción del *factor decisivo*; cómo ha negado la acción de la fuerza inmediata, con argumentos de abogado; cómo ha expuesto la Historia como una *evolución fatal*; cómo ha mixtificado las ideas de los socialistas con hipótesis copiadas de Murgan (15), hipótesis que carecen de interés para los socialistas y que están en contradicción con lo que se sabe más de cierto sobre las instituciones primitivas. (Esto es lo que M. Flach nos enseña en su curso del Colegio Francés.)

»En general, creo que en la polémica Engels ha sucumbido al deseo de tener razón a los ojos de las gentes sin sentido crítico y sin conocimientos filosóficos; y veo, con agrado, que está usted lejos de aprobar cuanto él dice en el *Anti-Dühring*. Más de una vez incurre Engels en grandes paradojas; lo malo es que nuestros marxistas las transforman en dogmas indiscutibles.

»Cuando más se estudia a Marx, más se comprenden los verdaderos puntos de referencia que existen entre él y Hegel y Fenesbach. Usted habrá observado también que estas referencias no son tan simples como parece: las fórmulas con que Marx ha marcado su posición son muy oscuras; pero lo que más oscuro me parece es el *método dialéctico*: se habla de él como de una cosa facilísima, y yo cuanto más lo leo menos lo comprendo. Supongo que estudiado después de *La Sainte Famille*, se llegará a comprender lo que Marx entendía por ello; pero desespero de entenderlo a través de Engels, que emplea la palabra «dialéctica» en múltiples sentidos. Creo que para éste, esto era un ritmo análogo a los que muchos filósofos anteriores a él habían señalado; pero, en tal caso, ya no es una *ley*, sino un *punto de vista* subjetivo (de una utilidad muy discutible). No pienso así en cuanto a Marx. Lo que creo es que éste no ha precisado nunca su pensamiento sobre estos temas.

»¿No sería conveniente suprimir esta expresión —«dialéctica»— y todo lo que se refiere a la *negación de la negación*?

»Esto sería un gran adelanto, porque, ante nuestros coetáneos, este aparatoso hegelianismo no ofrece ningún sentido. Veo que usted participa de mi espíritu de renovación.

»Es preciso traducir a Marx a la lengua moderna; si no, se corre el riesgo de que su obra se convierta en el origen de una mitología, fundada sobre los *vicios del lenguaje* (16). Y esto no es un temor vano: se encontrará con facilidad multitud de contrasentidos en los folletos marxistas.

»Lafargue casi me ha excomulgado por haber emitido dudas sobre la división de clases. Y me pregunto qué dirán de usted los ortodoxos puros. Sería interesante oír lo que diga Kautsky.»

(1) *Concetto della Storia nelle sue relazioni col concetto dell'arte* (Roma, 1896) y *Memori Intorno al comunismo di Tommaso Campanella* (Nápoles, 1895). Esta última crítica, entre otros, el estudio de Lafargue sobre la misma materia (aparecido en el *Devenir Social*). En *Matérialisme historique et économie marxiste* (París, Giard et Brière, 1901), se encontrarán, reunidos, los estudios de Croce aludidos aquí por Sorel.

(2) Plékhánov. *Beiträge zur Geschichte des Materialismus* (Stuttgart, 1896).

(3) Sorel ignoraba el alemán, lo que explica las dificultades que encontraba en el estudio del marxismo. (Nota de B. Croce.)

(4) Estudio sobre *Vincenzo Russo* (Turín, *Riforma Sociale*).

(5) Memoria sobre la *Conception materialiste de l'histoire*.

(6) *Devenir Social*, III, 115-35.

(7) *Devenir Social*, III, 228-61. Traducción de las cartas publicadas en el *Sozialistische Akademie*, 1895.

(8) Reunidos, más tarde, en un volumen: *Socialisme et Philosophie*. (Giard et Brière, París.)

(9) Stammer. *Wirtschaft und Recht nach der materialistischen Gerchichtsauffassung* (Leipzig, 1896). Artículo de B. Croce. *Devenir Social*, IV, 804-16.

(10) Charles Andler.

(11) Efectivamente, fué por iniciativa de B. Croce, que hizo una recopilación de estas Memorias: B. Croce. *Pagine Sparse*, serie I, páginas 39-44.

(12) *Le dottrine economiche di F. Quesnay*. (Nápoles, 1897.)

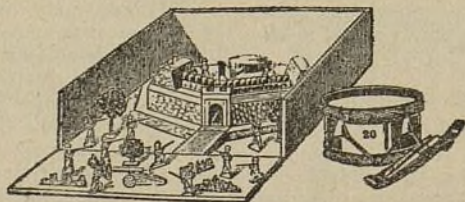
(13) *Critica Sociale*, revista teórica del socialismo italiano.

(14) *Der Sozialismus und Kommunismus des heutigen Frankreichs*. (Leipzig, 1843.) *Die Sozialistischen und Kommunistischen Bewegungen seit der dritten französischen Revolution*. (Stuttgart, 1848.)

(15) Morgan. *Ancient Society* (New York, 1877), cuyas ideas fueron difundidas por Engels en *Origines de la famille*.

(16) Es probable que este juicio de Sorel se refiera al famoso artículo de W. James: «On some Hegelisms». (Mind, 1882.)

JUGUETES DE GUERRA



Un fuerte moderno y tambor

Las minas de azufre

Un infierno fascista para los niños pobres,
en Sicilia

En ningún orden de cosas se manifiesta con evidencia mayor la angustia actual del proletariado italiano que en la industria azufrera de Sicilia. Acaso sea en ella donde las condiciones de la economía industrial, bajo el fascismo imperante, aparezcan revestidas de más siniestros caracteres.

La industria siciliana del azufre tenía, desde los tiempos más remotos, fama de utilizar en sus servicios a multitud de niños. La explotación industrial de la infancia había sido con frecuencia objeto de ruidosas campañas, patrocinadas por Asociaciones y Ligas humanitarias. Incluso los Gobiernos del antiguo régimen habíanse visto constreñidos a la implantación de reformas orientadas contra la contratación de menores. Ahora bien: ¿Cuál ha sido, a este respecto, la conducta de la dictadura fascista?

Formando Sicilia parte de mi itinerario, me propuse estudiar detalladamente esta cuestión. Suponía yo, desde luego, que el fascismo no habría continuado las reformas emprendidas por los Gobiernos anteriores a su advenimiento; lo que yo no podía suponer era que aquél se las hubiera arreglado de manera de abolir completamente los efectos de cuantos ensayos de mejoramiento social se habían llevado a efecto y restablecer, más aún, empeorar las condiciones del empleo de menores en las minas.

La industria azufrera fué, durante mucho tiempo, la más importante, si no la única, de Sicilia.

Antes del descubrimiento del azufre americano, Italia venía detentando el monopolio mundial de la producción de azufre. En la actualidad, las canteras de la Italia meridional y de Sicilia no contribuyen sino en una parte mínima a la oferta mundial. En tanto América concurre con cerca de dos millones de toneladas, el azufre de procedencia siciliana apenas alcanza la cifra de 215.000.

El número de minas ha disminuído considerablemente: De 390 en 1922 ha descendido a 240 en 1930. Los efectivos de la mano de obra utilizada han decrecido en la relación correspondiente: hoy no se emplean en la industria del azufre más que unos quince mil trabajadores.

Un gran número de pequeñas explotaciones han desaparecido como tales, y las grandes minas están sometidas a una racionalización inexorable.

El rendimiento medio del trabajo individual ha aumentado en proporciones extraordinarias.

De 1922 a 1927 su incremento fué de más del doble. Pero el abusivo trato a la mano de obra humana, lejos de atenuarse, ha empeorado, preci-

samente por ser hombres y no máquinas quienes trabajan. Tanto en la extracción del mineral de azufre, como en su transporte hasta las fábricas, los sistemas usuales de trabajo son idénticos, son los mismos que los más primitivos e inhumanos.

Los grandes yacimientos de azufre, en Sicilia, hállanse en la parte del Sur, siguiendo el curso de los dos ríos —el Platani y el Ialzo— que desembocan en el mar, al Oeste y al Este, respectivamente, de Agrigento.

Partiendo de Agrigento, he tenido ocasión de visitar muchas minas: las de Ravanusa, de Racalmuto y de Comitini. Y he podido conocer diversos tipos de explotación: desde la cantera primitiva hasta la gran mina dotada de abundante material. Sin embargo, he comprobado que las condiciones de trabajo y existencia de los mineros —ancianos, adultos y niños— son idénticas en todas las empresas.

Por tanto, voy a limitarme a describir el estado de cosas de una sola mina, en la cual permanecí un día entero.

La hoguera perpetua

La mina a que me refiero está situada en el centro del triángulo que forman las villas de Canicatti, Aragona y Racalmuto.

Se trata de una explotación de mediana importancia, en la que no trabajan más que un centenar de obreros.

Así son la mayoría de las minas de esta región, donde muy raramente se pueden ver explotaciones fuertes, como esa cuya torre metálica se alcanza a contemplar desde la en que yo me encuentro. Pertenece al «podestà» Mandrazzi, del pueblo de Comitini.

Comenzaremos el examen de la que me propongo visitar hoy.

La mina tiene dos hornos; cada uno de éstos, cuatro hogares. Los hornos están adosados al monte, de manera que su techo forma una especie de terraza, por la que se puede pasear cómodamente. El aprovisionamiento de los hornos se verifica desde arriba; se les alimenta con piritas, traídas desde la mina en vagonetas. Uno de los cuatro hogares de cada horno está apagado, mientras los otros tres funcionan. El primero, entretanto, se va llenando de mineral. De los otros tres, en plena actividad, se escapa una humareda amarillenta y acre que resbala con lentitud por las pendientes, saturando la atmósfera de vapores irresistibles. Me acometen accesos de tos que no puedo contener. Y esto me recuerda

aquella tos y aquellas lágrimas que, de niños, nos hacían apartarnos rápidamente de las cepas recién azufradas, en los días de vendimia. Los obreros, que se ocupan de descargar el mineral y alimentar los hornos, rien de buena gana viéndome saltar de cuando en cuando fuera de la nube de humo para aspirar una bocanada de aire puro y recobrar alientos.

En los hornos refule una llamarada perpetua. Estos no se encienden por procedimientos especiales, sino que se prende fuego al mismo azufre: una parte del mineral se quema; el resto, a medida que se funde, va pasando por las hendeduras de la «gauza» y cae en el suelo del hogar. A las dos horas justas, uno de los hogares «está a punto», y la preciada masa ígnea, espesa, viscosa, se traslada por un delgado embudo al cuerpo del horno. Tan pronto como se abre el orificio correspondiente, la llama pasa al hogar vecino, previamente acondicionado; el fuego se apodera del azufre colocado en la superficie del nuevo hogar y lo devora, lentamente, de arriba a abajo, hasta que todo el mineral llega a su grado de fusión.

Dos vigilantes están al cuidado de los ocho hogares, turnándose a razón de veinticuatro horas de servicio.

Hay, sin duda, en este momento, algo que «no marcha bien», toda vez que el guardián, asomándose al orificio e inclinándose sobre los densos vapores, atiza con un largo listón la bullente masa, en cuya superficie flotan unas llamitas azuladas.

Se me ocurre preguntarle:

—¿No le hace daño el humo?

Pero él no tiene tiempo de atenderme y se limita a decir, con acento renegado:

—¡Más de uno se ha quedado aquí, haciendo esta misma operación!

El reino del cielo en el fondo de la tierra

Siguiendo nuestra inspección, nos dirigimos hacia la boca de los pozos. Pasamos al lado de los cargadores, tras cuyos andrajosos indumentos asoman sus cuerpos, horriblemente descarnados, como interiormente carcomidos por los gases deletéreos.

Sobre la entrada a los pozos hay un rótulo. Mi guía me detiene para decirme:

—¡Ea usted.

Y leo:

«El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido.—JESÚS.»

«El que trabaja goza del cielo aun desde las entrañas de la tierra.—UN AMIGO DE LOS OBREROS.»

—También Jesús —comenta el guía—. ¿No fué el amigo de los trabajadores?

Yo prosigo, en silencio, la lectura.

«Quien tenga sed, venga a mí y se refrigerará.—JESÚS.»

«Yo soy el pan de vida.—JESÚS.»

No pude sentir, en aquellos momentos, toda la melancolía de tales citas bíblicas. Hallábame aturdido, pues apenas diéramos dos o tres pasos por el corredor, comencé a sentir que mi cabeza se golpeaba contra algo.

—Mi guía, con risa irónica, me dijo entonces:

—Encórvese más; por aquí el techo es cada vez más bajo.

Aún anduvimos quinientos metros en el interior

de la montaña, escasamente alumbrados con las lámparas de acetileno que llevábamos.

De cuando en cuando veía yo unos subterráneos oscuros, a derecha e izquierda, perdiéndose en sentido descendente: eran galerías, ahora abandonadas, construidas en su mayor parte en mampostería. Después, el fin del corredor que veníamos siguiendo. Aquí nos detenemos.

—Es necesario que se quite usted ropa —me advierten—; ahí abajo hace un calor materialmente insoportable.

Me despojo de casi toda mi indumentaria, no conservando sino el pantalón y los zapatos. A derecha e izquierda del nuevo camino observo grandes boquetes, que descienden, casi verticalmente, al centro de la tierra; son como gigantescas madrigueras de topo.

La parte de arriba, que forma cielorraso, no se halla protegida por nada; en cuanto al suelo, lo constituye la misma roca, sobre la que han tallado algo que parecen peldaños.

Vamos descendiendo a tientas, resbalando de vez en vez.

—Avance usted de lado —grita el guía a mis espaldas.

Yo me arrimo cuanto puedo al muro. Ante mí, allá abajo, de uno de los boquetes surge un gran bloque de piedra. Luego, al resplandor de mi lámpara, distingo algo así como un torso humano; después, dos brazos que se agarran a la muralla, tanteándola; por fin, una cabeza y un cuerpo. Es un hombre completamente desnudo, sobre cuya piel, las gotas del sudor que lo baña, brillan como perlas. Sin levantar siquiera sus ojos, el fantasma se cruza jadeante con nosotros, buscando en la oscuridad, con sus pies desnudos, los peldaños de esta rudimentaria escalera.

Observo que es un anciano; descarnado como un esqueleto. Además del bloque de piedra, que pesa sobre su cuello, lleva, colgando a la espalda, un saco aún más voluminoso.

La siniestra aparición se desvanece, tras nosotros, hacia allá arriba, mientras que nosotros seguimos descendiendo.

Los niños fantasmas

Una segunda visión de pesadilla se cruza, arrastrándose, con nosotros. Ahora es un muchacho. Esquelético también e inundado igualmente de sudor. No lleva ninguna luz; ¿cómo podría llevarla si necesita de las manos para trepar rampa arriba?

Volviéndose hacia el guía, le pregunto:

—¿Es un «Caruso», no?

(«Caruso». Esta palabra tiene varias acepciones, sobre ser el nombre del famoso cantante. «Caruso», en dialecto siciliano, significa algo así como «petit-mâitre» («petimetre» o «pollo bien»). Recuerdo haber oído dar este nombre a Catane, cierto jovenzuelo, muy emperifollado y empolvado, perteneciente a la organización de las «juventudes fascistas». Pero, además, «Caruso» tiene la significación de «hombre de tiro», «de carga». No hay, pues, mejor palabra que designe a estos niños y ancianos, encargados durante todo el día del arrastre de mineral de azufre, desde el lugar de su extracción al de cargamento.)

Entonces me di cuenta de que a mí también me corría el sudor, en gruesas gotas, por las espaldas y por la frente. Hacía allí un calor de pleno estío. Y

a medida que íbamos descendiendo el calor aumentaba más y más.

Bajo nosotros, a algunos metros de profundidad, ha aparecido una luz; nos detenemos.

—Ya llegamos —dice el guía.

Hasta nosotros, a través del silencio mortal que nos rodea, comienza a llegar un confuso rumor. Es el *loc, toc, toc*, regularizado de los picos que se hunden en la roca. Pero, además, yo escucho alguna otra cosa: percibo, a intervalos, un son ronco, como sofocado; algo así como un sordo gemir. ¿Qué será?

Recuerdo haber oído otra vez, pero una sola vez en mi vida, un lamentarse parecido a éste. Fué durante la guerra, en Lorette, cuando ocho de mis camaradas, expirando bajo el peso de las tierras que se derrumbaron sobre nosotros, hicieron llegar a mis oídos un brusco lamento parecido a este que oigo ahora.

Y procuro acelerar el paso, llegando casi a echarme a rodar por la pendiente.

Hemos llegado, por fin. Tres lámparas de acetileno iluminan débilmente el hoyo en que tres hombres, medio arrodillados, medio tendidos, tallan la roca. El trabajo se interrumpe un momento. Mi guía —que es el propietario— me presenta. Los hombres sonríen; pero es una sonrisa sospechosa, maligna. ¿Qué se le habrá perdido por aquí a este gandul? —pensarán—. Y el trabajo se reanuda. Los picos rasgan, silbando, el aire. Cada minuto es precioso. ¡Se trabaja en buena armonía!

Mas... ahora lo comprendo: Cada golpe de pico arranca un grito mal reprimido al pecho de estos hombres. ¡Debe de ser tan penoso trabajar con este calor, dentro de esta atmósfera! Los pulmones se resisten a aspirar esta mezcolanza de polvo, de azufre, de vapores de acetileno y de sudor volatilizado. El obrero, extenuado, gime. Así gemirán también, me digo a mí mismo, todas estas montañas de azufre, y... ¡nadie escucha su clamor de angustia!

Estos tres hombres están también desnudos y sus cuerpos igualmente empapados de sudor. Solamente no les brilla éste en las espaldas, en los maxilares, en los párpados y en la arista de la nariz; pero es porque estas partes aparecen recubiertas por una costra de azufre, de polvo y de sudor.

Yo mismo que, en pie ante ellos, no hago más que contemplarlos, siento que el sudor baña todo mi cuerpo; sus gruesas gotas van cayendo sobre mi máquina fotográfica...

Mientras me preparo a tomar algunas vistas, a la luz de nuestras lámparas de acetileno, un movimiento de vaivén ininterrumpido se verifica en nuestro derredor. Una tras otra, y sin desplegar sus labios, unas siluetas humanas salen encorvadas de la fosa negruzca y se cargan a la espalda pesados sacos de arena; reciben, además, sobre la marcha, enormes bloques de piedra y se desvanecen ante nosotros en las tinieblas del camino en cuesta.

Estas siluetas son, en su inmensa mayoría, niños; ¡niños de once, doce y trece años! Día por día, centenares, millares de veces, estos niños recorren con su carga el trayecto que media desde el lugar donde trabajan los picapedreros hasta el muelle de carga, y viceversa. Estos esqueléticos cuerpos infantiles, cuya piel va totalmente impregnada en sudor, han de subir y bajar de 100 a 150 largos escalones y pasar rápidamente del frío al calor y del calor al frío. Su carga pesa de 30 a 35 kilos.

Y no tienen derecho a un solo día de seguro obrero. Ni aun gozan de un salario contractual legítimo.

«Entonces, salimos y volvimos a ver las estrellas»

A estos «carusos» no los paga el empresario de la mina, por cuya cuenta solamente corren los jornales de los que arrancan la piedra mineral. Estos trabajan por contrato. Por cada vagón de mineral perciben la suma de diez liras. Su rendimiento medio diario es de cuatro vagones, si la piedra no es demasiado dura. Cada uno de estos obreros tiene dos o tres transportadores, a quienes paga por cuenta propia.

Pero no es solamente en el sentido económico como los niños se encuentran aquí a merced de los montañeses adultos. Porque, dadas las condiciones en que aquéllos trabajan, bajo un calor insoportable, desnudos y rodeados de hombres desnudos también, privados de toda relación con el mundo exterior, evidentemente se hallan expuestos a servir para satisfacción de los instintos sexuales de los mayores, sujetos todos a quienes este género de vida ha depravado.

Aún visitamos otros fosos. Por todas partes, el mismo cuadro, los mismos gemidos de angustia, las mismas apariciones espectrales de viejos y niños.

En nuestro recorrido, llegamos a un lugar de la mina en que se está preparando una perforación. Hay que tener en cuenta que estos trabajos se hacen sin ninguna inspección previa. Se taladra en la piedra al azar, a prueba, debido a que los filones de azufre son innumerables y pueden encontrarse en cualquier parte, al decir de las gentes.

Al lado del viejo taladrador, veo a un muchacho que le sirve de aprendiz. Tiene quince años; edad excesiva para trabajar como «caruso», por eso trabaja como ayudante del taladrador. Yo trato de fotografiar al chico; pero a mi guía, el propietario, no le parece bien que le dé esta muestra de preferencia sobre los demás; inclusive está dispuesto a «posar» él mismo; visto lo cual desisto de obtener la foto.

Por fin, nos encontramos de regreso a la cuerda de tracción. Ahora el aire resulta glacial. Los escalofríos culebrean por mi cuerpo desnudo, y me visto rápidamente. Cerca de mí, un anciano, que acaba de volcar su saco en una espuerta, se arroja sobre una cubeta de agua y aplica ávidamente sus labios a la espita.

«Quien tenga sed, venga a mí y se refrigerará.» Vienen a mi memoria estas palabras, contemplando al viejo sediento.

Regresamos en silencio por el gran túnel que conduce a la salida. A lo lejos brilla un punto blanco: es la luz del día a la boca del subterráneo. Mi acompañante se vuelve a mí y, señalando el punto blanco, exclama:

«*Equindi uscimmo a rivedere le stelle.*»

Son las palabras que pronuncia Dante cuando sale del infierno:

«Entonces, salimos y volvimos a ver las estrellas.»

Verdaderamente es de un infierno de donde acabamos de salir.

El régimen responsable

Ahora bien: ¿Tiene algo que ver el fascismo con este infierno?

Veamos: El fascismo tiene, en primer término,

la responsabilidad de no haberlo transformado, tolerando que rijan en Sicilia las mismas condiciones de trabajo que hace muchos siglos estaban en vigor. En segundo lugar, si hoy de nuevo se arroja a los niños por millares en este infierno, la culpa es del fascismo también.

En Sicilia, el Gobierno distribuye millones, ora a título de subvención, ora de créditos que se conceden a los grandes hacendados. Mientras tanto, la industria azufrera, que atraviesa una situación difícilísima, a causa de la depreciación de la materia prima en el mercado mundial (de 499 liras por tonelada, en 1926, a 411, en 1929), permanece privada de toda protección oficial. Y vive luchando materialmente por la existencia.

Solamente en una racionalización general combinada con una integral mecanización, podría hallarse la salvación de las minas. El Gobierno no mueve un solo dedo a este respecto. Pero esta lucha mortal de la industria del azufre se traduce por un buen negocio para la gran Banca.

El empresario de esta pequeña mina me describe minuciosamente la serie de obstáculos contra los que ha de luchar su explotación. La libre concurrencia está anulada; las minas se hallan reunidas en un Consorcio al cual han quedado obligatoriamente sometidas. Los propietarios de las canteras tienen que enviar, por su cuenta y riesgo, el azufre bruto a la Agencia que el Consorcio tiene establecida en Porto Empedocle. Por cada remesa de azufre se les entrega un «warrant», un resguardo. En el antiguo régimen, la Agencia pagaba, a la recepción de la mercancía, el valor del azufre recibido, cotizando de acuerdo con el tipo mundial. Desde que el Gobierno fascista detenta el Poder, está abolido este procedimiento. El productor no cobra el importe del azufre que entrega, mientras éste no está vendido en firme, y el Consorcio paga al tipo de cotización del día de la venta.

Las ventas duran unos seis u ocho meses. El Consorcio no paga ningún interés por este retraso. Pero los propietarios pueden descontar sus «warrants» en el Banco de Sicilia.

Ahora bien, la sucursal de este Banco, que está contigua a las oficinas del Consorcio, cobra un interés del 8 % a los que quieran *disfrutar de las facilidades* que ofrece.

Tal es la historia:

«Entre el Consorcio y el Banco nos extraen un interés doble. Y los obreros son quienes tienen que compensar estos quebrantos, al precio de su propia vida.»

Quien tal me dice no es un trabajador; es el propietario de la mina en cuestión. Así, pues, está perfectamente claro que las empresas declinan todo género de responsabilidad e intervención en la gravedad de la situación creada a los trabajadores mineros por la política usuraria del Banco de Sicilia.

Mas lo probable es que las condiciones de trabajo en las minas no habrían empeorado hasta el grado a que llegan, si el fascismo, con sus decretos sobre salarios y su política corporativa no hubiera dado motivo a que el estado de cosas haya ido de mal en peor. La reducción general de salarios implantada durante el último trimestre del año pasado ha comprendido también a los obreros de las minas de azufre, cuyos jornales, por ello, se han reducido en

un 20 ó 30 %. Además, se les ha impuesto un descuento de 8 % sobre la miseria a que ya quedaba reducido su salario.

He aquí lo que ha empujado a los niños a volver a contratarse en las minas de azufre. Porque, después de la guerra, los empleos disponibles para la infancia habían disminuido considerablemente, por no decir que habían desaparecido, sobre todo en ciertas ramas de esta industria. Y ahora, bajo la dictadura fascista, la explotación en serie de menores en las pequeñas minas azufreras llega a su máximo desarrollo.

Los niños que siempre tienen quince años

He preguntado a varios trabajadores adultos por qué permiten a sus niños ir a trabajar en las minas.

—¿Qué quiere usted que hagamos? —me han dicho—. ¿Nos vamos a morir de hambre? Con los jornales que ganamos los mayores no podemos ni siquiera garantizar la existencia de nuestras familias. ¡Gracias que con ellos podamos pagar la casa en que vivimos! Si nuestros pequeños no trabajaran como nosotros, tendríamos que emigrar. No podemos, por otra parte, ni soñar en obtener mejoras mediante la lucha social: el menor movimiento en tal sentido es bárbaramente reprimido en el acto. Nos encontramos, atados de pies y manos, entregados a nuestros opresores.

Los inspectores fascistas del trabajo, que están obligados por la legislación actual a impedir la explotación industrial de menores, «hacen la vista gorda».

Oficialmente no hay menores que trabajen: todos tienen más de quince años. Interrogad al más pequeño de estos chiquillos y os dirá, riéndose, que tiene más de quince años. Un muchacho de unos catorce, al cual pregunté la edad, me respondió con bravura:

—¡Diecinueve años!

El mismo propietario me reveló su secreto, de esta forma:

—Entró a trabajar en la mina hace cuatro años. Entonces, naturalmente, *tenía* quince; naturalmente también, ahora *tiene* diecinueve.

Los padres envían a sus hijos a la mina con documentación falsificada. Todo el mundo lo sabe (menos los inspectores fascistas, claro está, que no quieren saberlo). A este propósito, el empresario, encogiéndose de hombros, me dice:

—¿Voy a entretenerme yo en comprobar todos los documentos?

La última inspección se verificó en esta mina hace dos años. El inspector del trabajo quedó convencido, hojeando los certificados en el despacho de la Dirección, de que no había un solo menor trabajando en esta empresa. Es decir, que a los efectos del estado civil, estos documentos afirman que lo blanco es negro. Pero, ¿es posible que un certificado, revestido del celeste símbolo fascista, mienta y constituya un principio de autoridad?

Aun cuando el fascismo sólo tuviera la responsabilidad del estado de cosas en que se desenvuelve actualmente la industria azufrera de Sicilia, ya sería bastante para quedar bien definido ante la civilización contemporánea.

A. Kurella

TIERRA (Cuento ecuatoriano)

El tumulto de un grupo de hombres a caballo y el intercambio de un persistente y alborotado ladrar de perros, agitó el achatamiento del chocerío indígena..

Mitayo es un chocerío —o, mejor, era— que se apegaba sobre un recodo andino, seis leguas al oriente de Tixán. Veinte chozas que, avergonzadas de sí mismas, crecían del color de la tierra para pasar desapercibidas, y que, asustadas de su crecimiento, se quedaron casi a ras del suelo.

A lo lejos se distinguían tan sólo por el hilo del humo que, a la madrugada y al atardecer, brotaba con ímpetu, pero que pronto se avergonzaba escondiéndose entre la niebla.

Todo estaba en armonía. Si la choza se aplastaba contra el suelo y si el indio era bajo de estatura, baja, hirsuta y rala era la vegetación, la que, a lo más, brotaba hasta el mismo nivel de los pedruscos. Bajo, raquítrico era el sembrío de cebada, de donde el indio saca la máchica, base de su sustento.

Este ambiente de achatamiento daba mayor sensación de misterio a la grandiosidad de la lejanía tragada por las fauces de la cordillera, y como paradójico contraste, pequeños, lapas arrastrándose parecían los hombres que se divisaban allá abajo en el valle, junto al serpenteo de una quebrada, que, a falta de agua, mostraba la aridez blanca de sus cascajos.

Y aquella soledad inhóspita, sin emoción humana, fué sacudida por la algarabía atropellada de un grupo de jinetes, a quienes el alcohol, el clásico canelazo, daban locuacidad y movimiento.

El viento agitaba los ponchos; los brutos mascaban el freno dilatando y encogiendo los ijares. La indiada, arrebujada bajo los ponchos, permanecía estática rumiando quinchúa, mientras los canes olfateaban maliciosos los flancos de las cabalgaduras.

Sin mayores preámbulos, el teniente Político, un abogado, y el gamonal Ramón Salema, desmontaron, y después de unas cuantas palabras soltadas a compás del índice que recorría un plano, llegaron a la conclusión de que el chocerío estaba dentro de la propiedad del gamonal. Después de esto, el teniente Político le soltó a la indiada a boca de jarro:

—¡Ya saben! Tienen que desalojar las chozas, por cuanto este terreno es del señor Ramón Salema. Así, que, hasta mañana, tienen de plazo.

Y montando de nuevo, picaron espuelas y salieron a todo galope al resoplar de las bestias, perdiéndose pronto entre los recodos de la cordillera.

Los indios bisbisearon aflautadamente un vendaval de insultos, mostraron su faz de odio y se des-

parramaron luego por entre las parcelas de sombríos a reanudar su labor cotidiana.

Parecía que olvidaran el proyecto de su despojo, y continuaron apegados a su tierra, madre ingrata que les atraía hacia sí, en una secular fecundación de miserias.

Pasaron los días. Y lo que en un principio fué aviso, se convirtió en amenaza, y esta amenaza fué admonición y la admonición tuvo fatal desenlace.

Ante la persistencia del indio, cada vez más y más apegado a la ingratitud de su suelo, estúpido cariño que no pudo romper ni el hambre, el dueño, según los requisitos del código, blandió su derecho, y como el indio no entiende de papel sellado, como siempre, se impuso la fuerza, que, por boca del mayordomo, habló terminante:

—¡Patrón!, lo mejor será quemar las chozas, de lo contrario, pues, estos verdugos no se irán nunca.

Y fué como idea luminosa. El pelotón de rurales y peones al servicio del gamonal, se apresuró a recoger manojos de paja seca que aplicaron encendidos a las chozas. Los techos, de paja, iniciaron su cantar de chisporroteos, y cual nuevo Espíritu Santo, veinte lenguas de fuego ascendieron tomando posesión del azul.

El estruendo del fuego y el gemir de los despojados formó un fantástico coro. Y brotó el intento de una rebeldía ahogada a latigazos. Y el clamor sollozante de la industria junto al grito insultante del esbirro, modelaban en el aire la caricatura en relieve de un abrazo.

La columna de humo mostraba la tristeza de un sacrificio incruento, cubriendo al sol tanta vergüenza. Mientras, la indiada, arrodillada alrededor de su soledad, hipaba un coro de lágrimas.

Cenizas, nada. El fuego de su desventura vino a enfriar más aún la soledad del indígena. Del antes rincón de vida, aunque misérrima, quedó una soledad cenicienta sobre la páramera, ofrendando a los ojos de la noche, como fruto de sus despojos, la columna de humo.

Y en la misma noche se inició el desfilar de los desvalidos en busca de una nueva guarida, huyendo de su dolor y del recuerdo de su angustia. A la zaga de un nuevo dolor que calmara su agonía.

Desfilaban en silencio, deslizándose por entre las rocas, medrosos, viendo en cualquier sombra la presencia de un enemigo, temiendo a sus propias sombras.

...

Sobre la planicie, con manchas negras, que marcaban el lugar del chocerío, se vió, al día siguiente,

sentado sobre una piedra, al indio Pacho, mirando al suelo, contemplando su soledad.

En su enigmática figura de melancolía, que hacía más triste la lisa mancha del poncho, el indio Pacho había pasado inmóvil toda la noche, rumiando no sé qué.

Permaneció insensible durante el incendio del chocerío y ni siquiera se preocupó por la marcha de todos los suyos.

Había quedado como clavado en el suelo, y cuando el frío de la medianoche le obligó a encogerse, quedó sentado en el mismo sitio.

Sus ojos no miraban hacia ninguna parte. Inmóviles también, reflejaban la soledad cenicienta de aquel pedazo de serranía.

Y cuando el teniente Político, junto con la correspondiente escolta, se presentó nuevamente en el extinto chocerío, y dirigiéndose a Pacho, le dijo:

—¡Ele, vean! ¿Qué esperas vos? ¡Ale, ale; ligerito! Que no te vea más por aquí.

Pacho no hizo más que entreabrir la boca, mostrar sus finos dientes blanquísimos, iniciar un proyecto de sonrisa y quedó inmóvil como una momia.

Al siguiente día, la resistencia del indio fué conmemorada con otra amonestación del teniente Político, algo más dura, más subida de tono; pues el aguardiente acentuaba su fervor:

—¡Indio ladrón! —éste dijo—. ¡Tal que bestia es! ¿Pero qué no entiendes vos? ¿O quieres que te achicharre junto con tus piojos? No seas bruto. Procura que mañana no te vea por acá, pues de lo contrario te voy a gastar una mala broma.

Y el indio Pacho volvió a entreabrir la boca, mostró sus dientes marfileños, inició su proyecto de sonrisa y quedó inmóvil como una momia.

Y así pasó de nuevo otra noche, insensible al hambre, a la sed y al frío. Fiel imagen de aquella soledad inhospitalaria, mudo y sordo ante su propio dolor, rumiando... no sé qué.

Nuevamente llegó el día y con él la diaria inspección, y como un rito de burocracia, el jefe Político llegó también con un poco de alcohol y una catarata de improperios que brotaban de su boca, a los que el indio Pacho contestó con el proyecto de una sonrisa surcada por la inmaculada blancura de sus dientes, sonrisa que fué truncada por...

—¡Indio verdugo; hijo de la gran...!

¡Saaas...!

El silbido de un lazo cruzó el aire y fué a caer sobre la cabeza del indio Pacho, sujetándolo por el cuello, mientras la espuela se hincaba sobre el flanco del bruto que empezó una desbocada carrera. El cuerpo del indio fué de tumbo en tumbo, dejando a cada batacazo la marca sangrante de sus desolladuras. Una carrera loca, como atraída por el abismo. Jinete y caballo corrían sin control arrastrando la cauda monstruosa y sangrienta del indio, hasta que en el choque violento contra una roca que hizo de cuña, la cabeza fué arrancada de cuajo del tronco, que quedó incrustado contra las peñas.

Cuando el montón informe de carnes del indio Pacho fué descubierto, apareció con los puños apretados sobre el pecho, y entre ellos, fuertemente asidos, el presente de dos puñados de tierra.

F. Ferrándiz Alborz

Algunas palabras quichuas y ecuatorianismos

Mitayo, indio.

Canelazo, mezcla de aguardiente de caña y canela que se toma caliente.

Quichua, idioma de los incas.

Rurales, policía rural.

Gamonal, latifundista.



La noche profunda

SIEMPRE el problema, siempre la negrura impenetrable, siempre el terror de la tumba, siempre la noche profunda y el arcano donde se refunden y retuercen el pensamiento, las tinieblas y la muerte!

A ti, monstruo que abrazas los eternos polos, yo te conmino para que vengas en tu carro de nubes y de rayos: ¡preséntate y responde!

Aún no te sacia el sacrificio de toda la vida, martirizada en el planeta durante 2.000.000.000 de años; ni el hedor de los cadáveres que se corrompen en la costra de la Tierra, acibillada por millones de sepulcros; ni las muchedumbres de seres humanos que lloran de hambre, de frío y de rabia en la inmensidad del tiempo; de la caverna al Kremlin, de la Finlandia al cabo de Magallanes, de Zoroastro a Lord Byron; ni las guerras, la lucha de todos por todos; ni el sudor de los pueblos aniquilados por el trabajo, la esclavitud y la miseria; ni las agonías por el cáncer o por el naufragio; ni el sufrir de las bestias; ni el suplicio de los genios; ni el hundimiento de los imperios y los continentes, desde el Gondwana, de Suess, que conectó el África y Sur América en época remota; ni la destrucción por el agua, el volcán, el terremoto, los ciclones, los tiranos y la desesperación; ni la inutilidad absoluta de lo relativo y lo absoluto, la existencia y el deseo; ni la profanación del ideal por el fango, del amor por el asco, de la libertad por la farsa, de la ciencia por el lucro y la carnicería de 1913 a 1918; ni las pleurias y el sacrificio de las vírgenes y las naciones, que te imploran en vano desde hace 140.000 siglos; ni el desastre de los mundos, soles y nebulosas despedazadas; ni la expansión horrenda del Universo, que se difunde en la nada como humareda luminosa a la velocidad de 528 a 24.000 kilómetros por segundo en las nebulosas más lejanas (1); ni la agonía del niño, ni el llanto de la madre que lo arrulla en vano; ni las catedrales y la ortodoxia, con un ejército de:

Católicos romanos	33.500.000
Ortodoxos	144.000.000
Protestantes	206.900.000
Otras religiones, no cristia- nos	1.167.100.000

sin contar a todos.

Sólo China tiene 330.130.000 habitantes.

Total, 1.551.500.000, mordiendo el polvo del fanatismo; ni la resignación de los mártires, ni los juramentos y los furores de lo que se revela sobre la pira y el suplicio: ¡Preséntate y responde!

... Sólo se presenta la Noche profunda.

Sigamos, hermanos, en el tormento de la vida; que la tempestad siga mugiendo dentro de la horrible calavera en que vive nuestro pensamiento y que siempre ha sido y será el nido de una sombra que lo llena todo con su manto inconmensurable.

Vivís en ella, venís de ella; nos envuelve, nos ahoga, cárcel y cueva, fin y principio, fondo de todos los panoramas astronómicos, mar sin orillas, ni faros, ni esperanza.

La Noche profunda contiene la vía Láctea, de 300.000 años-luz; 100.000 a dos billones de nebulosas que podría fotografiar el telescopio gigantesco del Monte Wilson; millones de universos esparcidos en el espacio, las masas globulares, el conjunto de Omega-Centauro, hormiguero de 6.000 puntos luminosos; estrellas a mil años de luz; el círculo globular de Hércules, con 60.000 estrellas, a 37.000 años-luz; la colosal nebulosa de Andrómeda, a 870.000; el humilde sistema planetario de nuestro decadente Sol; nuestra Tierra, nuestra carne y nuestra ceniza. Y toda esa inconcebible masa de luces y llamas, polvos y astros, está manando de las tinieblas y vuelve a ellas, a la Noche profunda.

Su silencio se cambia a intervalos en rumores, su inercia en movimiento; su frío en lumbre, su homogeneidad en heterogeneidad; se exprime y arroja un chorro de soles; se contrae y los absorbe, espiración e inspiración gigantesca, que engendra el tiempo, anonadado por la eternidad; generación de vida que será devorada por la gran tumba del espacio;

(1) *Ibérica*, 17 de septiembre de 1932, p. 133.

pululación de fulgores que ocultará el telón de la infinita sombra.

Dentro de la Noche eterna, si es eterna, están todas las posibilidades, buenas y malas, y el hombre es solamente UNO DE LOS PRODUCTOS POSIBLES, error materializado, como millones de errores de la Naturaleza, que descansan en el panteón paleontológico y sideral. Deberá el error-hombre irse a su punto de partida, si no lo sustituye el superhombre artificial, que ya se anuncia podrá producirse por la Plasmogenia futura o por los excitantes de las glándulas renales.

Nadie ha llegado a saber el itinerario de la Naturaleza, que no llega, por fin, a ninguna parte, a ninguna estrella fija. Es un

vaivén incomprensible y enloquecido, y todas las filosofías y fanatismos se han engañado al pretender que, entre las posibilidades potenciales, multiplicadas por el infinito, nuestra especie puede ser la única perfecta y preferida por una absurda divinidad, la única especie animal dotada del alma y la inmortalidad, dentro del globo cósmico que se tambalea, con sus billones de estrellas, sobre la nada.

A. L. Herrera

Méjico, 30 noviembre 1932.

NOTA.—Recomendamos al lector el magnífico trabajo publicado en *Cuadernos de Cultura*, del profesor Alfonso L. Herrera, titulado «La Plasmogenia, nueva ciencia del origen de la vida», profusamente ilustrado.

JUGUETES DE GUERRA



Las grandes maniobras

Nuestra tarea

La revolución en marcha

LOS hombres instruídos, sensatos y razonables, saben todos en la actualidad que estamos en uno de los grandes períodos revolucionarios de la Humanidad.

Y se regocijan.

Porque saben que, en el curso de este período, la Humanidad se hará verdaderamente humana, arrancándose definitivamente a la bestialidad, de la que aún lleva las indudables marcas.

Saben que, hasta aquí, desde los tiempos más lejanos, y sin interrupción, todas las civilizaciones humanas han cimentado lo que llamaban la grandeza del hombre, en la aptitud de cada cual para el asesinato de su prójimo.

Y que la base de nuestra cultura es, aún, la escala de valores a la cabeza de la cual está inscrita, con el nombre de heroísmo, la aptitud individual para el crimen y la predisposición colectiva para la matanza.

Pero saben que, en los tiempos que vivimos, se produce el gran derrumbamiento de los valores, que cambiará el sentido del heroísmo y colocará en la primera fila de las virtudes humanas, no en las palabras, sino en los hechos, a la aptitud de aumentar la potencia del hombre sobre la naturaleza inanimada, con la ciencia y el trabajo.

Sabiendo esto, y con motivo de su instrucción, conocimientos e inteligencia, son revolucionarios, con los mismos sentimientos que sus antepasados del 89, del 48 y del 71, pero con nuevas perspectivas.

Para ellos, la revolución es otra cosa que unos días de barricadas: es un gran trabajo de organización. Por ejemplo, el Plan quinquenal.

Saben que la Humanidad no saldrá de la crisis total en que se encuentra, más que cuando comience este gran trabajo de organización, que será propiamente la realización revolucionaria.

El frenazo

Pero lo que causa la extrañeza de estos hombres instruídos, sensatos y razonables,

que son nuestros revolucionarios contemporáneos, es que, siendo revolucionaria la situación, las masas son poco revolucionarias.

Ellos acusan la malicia de los fabricantes de cañones, que pagan a la prensa para embotar los cráneos de los ciudadanos, para anestesiar las inteligencias, a fin de hacer sudar dividendos a las fábricas de guerra.

Esto no dice gran cosa. M. de Wendel y sus semejantes podrían ganar tanto dinero haciendo viguetas de acero como fabricando máquinas de asesinar a los pueblos.

La verdad es que hay, en innumerables cabezas, una masa de prejuicios, de ideas falsas, de mentiras incrustadas a la idea general de la cultura, que frena fuertemente el movimiento.

Los cuerpos están ya en la revolución, los espíritus viven aún en el antiguo régimen. Sobre esta base está cimentada la potencia de los fabricantes de cañones, y de la enorme masa de parásitos que vive de ellos para mantener en la nación esta vieja cultura, ligada a la suerte del militarismo.

La masa que frena

Los fabricantes de cañones son actualmente los esclavos de su sistema. Si hay que creer en el rumor secreto, consideran el porvenir con angustia, temiendo justamente que los cañones se vuelvan contra ellos, el día en que estén en manos del pueblo movilizado, que ya tiene la experiencia de la Gran Guerra. Ellos preferirían no correr este riesgo y cambiar el destino de sus fábricas.

Pero si se pusieran a fabricar exclusivamente viguetas, arados, tractores y todos los útiles de la paz, ¿qué sería de su inmensa clientela, constituida en una gran jerarquía política, intelectual, social, mundana, para mantener entre los pueblos el respeto al asesinato con todas las máquinas del ejército?

Imagínese el enorme esfuerzo necesario para mantener, en todo un pueblo, la idea de que es grande y noble batirse y morir

por los que no se baten y se enriquecen con la muerte de sus contemporáneos.

En otros tiempos, cuando los guerreros se aprovechaban de la guerra, se necesitaban sólo algunos sargentos reclutadores para formar una tropa, con malandrines y holgazanes.

Hoy, para hacer agarrarse al cañón a millones de hombres, que tienen trabajo, mujeres, hijos, todo a perder —inclusive la vida— y nada a ganar, hace falta todo un mundo organizado; decenas, centenares de millones de hombres, cuya única función social es convencer a los ciudadanos de que deben morir por la salvación de la civilización, es decir, por las clases cultas que mantienen la mencionada civilización.

Si las fábricas de guerra cambiaran de destino, todas aquellas gentes quedarían sin empleo, sin poder ganarse el pan. ¿E imaginamos bien que dicha gente es un mundo? Hasta es lo que se llama el mundo, con toda su cohorte de aprovisionadores, histriones, proxenetas y prostituidos de ambos sexos, de lacayos y pequeños parásitos.

El personal de la antigua cultura

Un mundo que vive de una cultura, la antigua, la cultura que titula heroísmo a la aptitud para el crimen y que hace de este heroísmo la principal virtud humana.

A partir del momento en que una sociedad funda su derecho en sus cañones, necesita los cuadros para su ejército y familias especializadas para proporcionar los cuadros.

Ventajas sociales para estas familias.

Escuelas especiales para estos cuadros y sus familias.

Escritores y profesores, para esta primera categoría;

Escritores y profesores, para preparar la tropa en todos los grados y mantener, en la tropa, el prestigio de los cuadros de la primera zona;

Académicos, para legitimar, en nombre de la cultura humana, los principios de educación, de los personajes anteriormente designados;

Clérigos de todas las religiones, encargados de santificar el crimen, aunque esté condenado por todas las religiones;

Artistas de todo género, para glorificar las virtudes militares;

Industriales y comerciantes, que inviertan sus capitales en las fábricas de guerra;

Toda una clase de medianas y pequeñas gentes, que viven a la sombra de los anteriores y, admirándolos, dan, así, una dirección a la admiración pública;

Todo un ejército de propagandistas, conferenciantes, periodistas, profesores y funcionarios, encargados de mantener el fuego sagrado en el pueblo, con el diario, el libro, el disco, la película, la T. S. H., etcétera;

Y todo un ejército de proxenetas y de prostituidos de mil clases, encargados de mantener en la nación la idea de que el eterno femenino es para el guerrero triunfante.

El aparato cultural del viejo mundo

Nuestra enumeración es muy incompleta: habría que añadir aún los profesores de Derecho, que justifican las conquistas, y los agentes de policía, que mantienen al pueblo en la línea general.

Es un mundo, es todo un mundo que se ve actuar en las ciudades mientras que trabajamos y que todos nos preguntamos cómo puede comer, pues nada hace. Es un mundo que vive de nuestra sustancia y que será condenado de un golpe a la mendicidad, el día en que matememos la industria de los fabricantes de cañones.

Cuando nos ocupamos de los estragos causados por la guerra, en tiempos de paz, nos referimos sobre todo a los presupuestos de guerra. Pero éste no es más que un fragmento del conjunto. Todos los ministerios proporcionan su tributo a la guerra. Podría decirse que, directa o indirectamente, los gastos de guerra consumen los dos tercios de los presupuestos del Estado.

Pero obsérvese bien que esto no tiende más que a la antigua cultura. Este enorme aparato que, junto con el ejército propiamente dicho, aplasta a nuestras sociedades europeas, es el aparato construido para transformar la aptitud para el crimen en heroísmo, por todos los medios de la arquitectura, la poesía, la literatura, la música y el baile, la filosofía y el derecho, la vida mundana y la vida de placeres.

Esto es lo que está entre nosotros y la bestia a matar.

La doble revolución

No podemos hacer nuestra revolución constructiva, si no hacemos nuestra revolución cultural.

Nuestros hermanos mayores creían que teníamos que hacer la revolución social, para apoderarnos de la cultura burguesa y entregarla al pueblo.

Al contrario: debemos hacer la revolución cultural, para desembotar nuestros cerebros y renovar las ciudades y los campos, y esto antes de construir nuestro mundo nuevo.

Revolución cultural y revolución económica son inseparables, una de otra.

No hemos de hacer la revolución económica para que el pueblo admire los viejos valores de la cultura aristocrática o burguesa, o para que viva en las habitaciones de la burguesía, o para que adopte las bellas maneras burguesas, o para que baile según los ritmos burgueses, o para que se

pasme ante los monumentos que han sido la admiración de los burgueses.

Por la cultura aristocrática, derecho y filosofía, música y baile, literatura, poesía, pintura y escultura, artes decorativas y arquitectura, estaban enfocadas a conseguir la glorificación del asesinato y la matanza, en nombre de la civilización.

Para nosotros, todos estos medios de la cultura deben conducir a la glorificación de la ciencia, que penetra los secretos de la naturaleza del trabajo que crea.

Es una variación total.

Porque una ciudad concebida por la nueva cultura no se parece en nada a una ciudad de la cultura burguesa o aristocrática. Ni la casa. Ni la fábrica. Ni la literatura. Ni la vida social.

Pero no ordenaremos la nueva vida social, la nueva literatura; no construiremos la nueva fábrica, la nueva casa, la nueva ciudad, si no realizamos la revolución cultural.

Aquí estamos al servicio de esa revolución.

G. V.



Ametralladoras para niños buenos

En las paredes de París se fija un cartel de los Antiguos Combatientes Pacifistas:

¡PADRES!
¡NO COMPREIS JUGUETES MILITARES!

Apenas se advierte, entre los grandes carteles multicolores, que el comercio y la industria oponen a la depresión de los negocios. En aquel cartel, un soldado de veinte años muere en los brazos de una madre. Por todo alrededor, con grandes manchas rojas, amarillas, azules y blancas, está el torbellino de la producción y de la venta a la conquista del mercado, los aullidos frenéticos de la Bolsa transpuestos en un gigantesco calidoscopio. El cartel se pierde, ahogado como la voz de un niño, sobre las gradas de la Bolsa. El soldadito muere abandonado, como en la soledad de los campos de batalla.

¡Padres! ¡No compréis juguetes militares!

He aquí la muestra de un comerciante de juguetes. Hay dos escaparates, uno a cada lado de la puerta. A la izquierda, las muñecas, a la derecha, los soldados. La vida que nace, la juventud que se matará. Para las muchachitas, el aprendizaje de la maternidad. Para los chiquillos, el aprendizaje de la muerte.

Son encantadoras las muñecas. Las hay desde el recién nacido que se envuelve en pañales, hasta la señorita que se tiene de pie con zapatitos de cuero. Y luego, hay todo lo que se necesita para aprender a criar un bebé: el biberón, la cuna, vestidos para todas las edades, cochecitos de todos modelos, máquinas de coser, cajas para toda especie de objetos. Con aquéllo, todo lo necesario para convertirse en una buena ama de casa: hornillos y baterías de cocina, planchas eléctricas, útiles de lavandera, etc.

¡Ah, cómo ama nuestra época al hogar y los niños! La mañana de Noel es una inmensa natividad de millones y millones de bebés para todas las niñas del mundo. Hay que hacer buenas madres de familia, que amen a los niños, que tengan muchos hijos. Victoria de la civilización: la mortalidad infantil disminuida. Exito de las actualidades de la pantalla: los magníficos bebés, las maternidades científicas, todos los sacrificios que se han hecho para arrancar el niño a los bacilos devorantes.

¡Ah, cómo ama nuestra época a los niños!

Escaparate para los muchachos: la mecánica triunfa, y sobre todo, la mecánica de la muerte. De

los antiguos juegos de nuestra infancia, lo único que ha resistido al progreso ha sido el soldado de plomo, el arma de fuego y la panoplia militar. Todos los antiguos juegos pacíficos han desaparecido o casi no se ven por ningún sitio. El extraordinario caballo tordo de espesa y alborotada crin, hace una triste figura en medio de los autos, aviones y dirigibles. El camino de hierro mismo está en marcado retroceso: el conflicto de la carretera y el raíl hace sentir hasta aquí sus repercusiones. A pesar de la electrificación de las locomotoras y señales, la vía férrea cede su sitio al automóvil hasta en los juegos de los niños. El juguete militar es el único que la mecanización no ha muerto.

Los pequeños regimientos de plomo no han cambiado, desde hace treinta años. A las series del pasado, yendo desde los cruzados al pantalón rojo, se han contentado con añadir los nuevos uniformes: azul horizonte, kaki. Su apostura, banderas desplegadas, bayonetas por delante, continúa siendo la que simboliza el heroísmo en los tiempos de Deroude y en las teorías de la ofensiva. El aire es puro, el camino es ancho. Después del libro de lectura que glorifica la Gran Guerra, el juguete da ya a los niños aquella embriaguez que produjo las jornadas de agosto de 1914.

Esos regimientos de plomo, sin embargo, tienen un aire anticuado y retrospectivo que pelagra no apasionar a la infancia aventurera. Los fuertes a lo Vauban, los cañones sin frenos hidráulicos, hacen el efecto de cosas de museo. No temáis nada: el progreso no se deja sorprender. Motorizar el ejército-juguete como motoriza el verdadero ejército. He aquí los tractores remolcando a los 220, color natura. He aquí los tanques aplastadores de obstáculos. He aquí la ametralladora.

Sí, la verdadera ametralladora. Está en el centro de la instalación, bien a la vista. Tiene un asiento de madera, puño, punto de mira. Gira y barre el terreno: tac, tac, tac, tac, tac. Escupe chispas.

Una verdadera ametralladora, sólida y nada cara: 50 francos.

El más bello artículo del año.

En aquel gran bazar de la orilla derecha, las vendedoras no saben dónde acudir. Una multitud ruidosa se aplasta entre los mostradores, donde funcionan toda clase de juguetes mecánicos.

En el departamento de las panoplias, la multitud

es menos densa. En la pared, formadas unas junto a otras sin respeto al orden jerárquico, todas las ambiciones militares están allí. El bombero está al lado del mariscal de Francia y su bastón estrellado. La coraza y el casco cabelludo del coracero se apoyan en el kepis rojo y la Legión de honor del general. Esta profusión de grana, oro y metal brillante, nos atrae ya a la juventud. Este es el tipo de artículo que no se vende. En el departamento de las panoplias, el jefe de estación del Metro, con su gorra blanca y su componedor sobre el vientre, tiene más pedidos que los mariscales de Francia.

Una vendedora se me aproxima:

—¿Busca alguna cosa el señor? ¿Panoplia? ¿Carabina?

—Mire, yo busco las caretas protectoras contra los gases.

La vendedora tuvo un movimiento de asombro rápidamente reprimido; luego:

—No fabricamos ese artículo, señor. Pero las ametralladoras están al fondo, a la derecha.

En el fondo, a la derecha, la vendedora de armas automáticas da explicaciones a una pareja de clientes:

—Cincuenta francos, un precio verdaderamente ventajoso. Y es sólida, bien apoyada sobre el piso. El niño se sienta ahí, sin molestia. La mano derecha sobre la empuñadura. Da vueltas y tira, un disparo a cada vuelta de la manivela. Apunta hacia arriba, hacia abajo, a la izquierda, a la derecha; vea qué amplio campo de tiro.

El papá no duda un instante. Un hombre robusto, de rostro bondadoso, vestido con elegante corrección, un galoncito rojo en el reverso de la americana.

—No está mal, no está mal. ¿Se la compramos? La mamá no se decide. La inquieta aquella máquina. Alguna cosa, en el fondo de su alma, se resiste.

—¿Y eso no lanza ningún proyectil?

—Nada. Una pequeña chispa y eso es todo. Mire, las piedras de encendedor para renovar la carga.

—¿Y está usted segura de que él no se quemará? ¡Tengo tanto miedo de que el pequeño se lastime... usted comprende!

—Imposible, señora. La ametralladora es absolutamente inofensiva.

—Entonces, si no hay ningún peligro...

Y los ojos de la mamá se vuelven, inquietos a pensar de todo, hacia el marido, que concluye:

—Que hagan la factura, pago enseguida.

Cuando la vendedora vuelve de la caja, le pregunto:

—Oiga, ¿se vende mucho la ametralladora?

—No mucho, caballero. Un artículo nuevo y nada caro, sin embargo. Los niños la querrían, la piden, pero lo que resulta más curioso es que, en general, los padres no quieren.

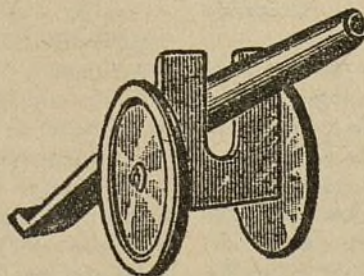
En general, los padres no quieren...

Recuerdo el pequeño cartel perdido en las paredes de París: «Padres, no compréis juguetes militares.»

Pienso en los millares de padres alemanes que han leído la *Gaceta de Colonia ilustrada* y que ignoran que los padres franceses no quieren...

A. H.

JUGUETES DE GUERRA



Cañón

Estudio social sobre la novela alemana de la guerra

Después del armisticio, Europa se sintió sedienta de impresiones de la guerra. Se multiplicaron los reportajes, las memorias y las novelas. Esta apetencia de literatura del frente culminó con Nada nuevo en el Oeste, de José María Remarque.

Publicar este libro fué como romper el fuego. Inmediatamente cayeron sobre los lectores europeos nuevas docenas de libros. En uno, se relataba la sistemática destrucción de los frentes y la agonía de las trincheras; en otro, el estado miserable de los países beligerantes; en el de más allá, las tragedias internas, los problemas de conciencia de combatientes; y, así, un día y otro, escritores distintos, con criterios diferentes, abordaban los aspectos de la guerra desde todos los puntos de vista.

Sobre España cayó también esta marea de nueva literatura. Remarque, Glaeser, Renn, Johansenn, Zweig: libros con portadas impresionantes y títulos breves y enérgicos, como voces de mando, ocuparon militarmente las librerías.

Y el lector español se saturó de novelas alemanas sobre la guerra.

Pero renacieron aquí los mismos errores que en Europa. El hecho de intensificarse, después de Versalles, el afán de escribir novelas de la guerra, causó un error de denominación. Aquí, como en el resto de Europa, se llamó novela de la guerra a lo que era en realidad novela de la posguerra.

Un abismo separa las producciones anteriores y las posteriores al 18. Las anteriores al 18 son las verdaderas novelas de la guerra. Las que fueron escritas al calor de la contienda, y que querían ser la llamada dolorida a la paz o aliento animoso a la guerra. Las posteriores al 18, son la posguerra. Las de un pacifismo obligado, lo que pudiéramos decir, con terminología católica, pacifismo de atrición.

Este trabajo se limita a Alemania, que por sus condiciones especiales, es el país cuya novela de guerra ha impresionado más entre los españoles, tratando de la novela de la guerra antes y después del 18, y cuyo tema comienza en 1914.

I

Preparación moral de la guerra antes y después de 1914

ANTES de lanzar a los hombres a que se devorasen, se les hizo previamente que devorasen frases. El patriotismo de los literatos y los profesores al servicio del capital financiero envenenaba y caldeaba demagógicamente los ánimos. La burguesía imperialista de los dos países iba lentamente enardecándose y enardecendo las capas sociales más próximas.

Tópicos, discursos y frases caían como una lluvia sobre el espíritu de los pueblos. Se fanatizaba desde la escuela y desde la cátedra hasta el Sindicato y la calle.

Antes y después de 1914 reinaba la literatura oficial mentirosa, de los patriotas y los Gobiernos. En Francia se enseñaban cursillos de germanofobia. Bujarín habla de una revista francesa que para despertar

el odio contra la raza germánica intentaba probar que la orina alemana contenía más sustancias venenosas que la francesa.

No ocurrían las cosas de otra manera en Inglaterra. El concepto que allí se tenía de la guerra por el alto mando y la gran burguesía está reflejado en esta anécdota que relata Haldane: «En 1915, un químico inglés propuso a un general, que estaba interesado en estas cuestiones, que los ingleses usasen el sulfuro dicloretilo.»

«—¿Mata?— preguntó el general.

»—No —se le dijo—, pero incapacita temporalmente a un número enorme de enemigos.

»—Eso no es bueno para nosotros— dijo el hombre de alcurnia.»

La burguesía de todos los países azuzaba a los jaurías literarios. Poetastros y escritores de todas las tendencias, levantaban montañas de papel, con himnos a la patria y las glorias nacionales. Los otros lacayos de la burguesía, por ejemplo, los jefes sin-

dicales y políticos de la socialdemocracia, traicionaban sus postulados internacionales y proclamaban la patria sobre el internacionalismo de los trabajadores.

En aquella marejada cenagosa de literatos comprados a peso de oro, financieros que manejaban los altos intereses de la guerra, generales y políticos al servicio del imperialismo económico, líderes obreros entregando a las masas, fueron igualmente culpables las clases poderosas de todos los países. No cupo a Francia menor responsabilidad que a Inglaterra, o a ésta que a Alemania.

Aquí prescindiremos de lo inglés y lo francés, ocupándonos solamente de la preparación del espíritu guerrero en Alemania.

Un literato militar, el general Bernhardt, fué el teórico y alentador más eminente de la guerra en Alemania. En 1912 publicaba su *Alemania y la próxima guerra* (*Deutschland und die nächste Krieg*), donde asentaba los más firmes postulados de literatura patriotergermana.

El propósito imperialista está rotundamente expresado al decir: «El territorio de la Alemania actual, si se considera su geografía, no es más que un torso truncado del antiguo imperio germánico; no abraza más que un pedazo del pueblo alemán.»

Este escritor, de quien decía Mauricio de Wulf que estaba más hecho «para alinear hombres que para jerarquizar ideas», representaba la posición intelectual de un inmenso sector de la pequeña burguesía alemana anterior a la guerra.

Los patriotergermanes, por su parte, llevaron muy lejos sus conclusiones y quisieron aprovechar tendencias como las de von Bernhardt para simbolizar en ellas toda la filosofía alemana tradicional y toda la historia del pensamiento germánico.

El reaccionario Alfonso Daudet, por ejemplo, dice comentando los discursos de Fichte a la nación alemana:

«Kant, derivado de Lutero y de Rousseau, ha definido el individualismo alemán y ha fijado su principio esencial... Fichte ha aplicado este individualismo a la nación alemana, considerada desde el punto de vista del lenguaje como el pueblo digno de dirigir hoy el mundo civilizado... Sus sucesores no han hecho sino ampliar y afirmar esas tendencias, reivindicando para Alemania, en lo externo, la colonización del universo; en lo interno, el descubri-

miento del inconsciente... La unidad filosófica, étnica, lingüística, así definida, ha sido realizada por Bismarck... El ejército alemán es el medio de esta unidad perpetuada y de su dominación sobre el globo...»

De toda esta exposición deducía el chovinista francés: «Así no solamente no hay dos Alemanias, la de los filósofos, la de los sabios, de los letrados y del pueblo, y la del emperador, los pangermanistas y los militares, como sostiene obstinadamente en Francia un romanticismo retrasado e ignorante, sino que se conocen pocos ejemplos en la historia de una tan completa compenetración por semejante aberración colectiva.»

Había entonces, a pesar de las palabras de Daudet, la Alemania revolucionaria del proletariado y la Alemania imperialista de los financieros. Esa compenetración no existía, aunque la Alemania proletaria, traicionada en 1914 por la socialdemocracia, no pudiera dar muestras resonantes de vida.

Lo que sí existía, en cambio, era una activísima campaña imperialista y pangermanista de los literatos de la burguesía. Se pretendía identificar con las ambiciones kaiserianas y financieras lo mejor del espíritu histórico alemán, derivando a von Treitsch, de Fichte, a Bernhardt, de Hegel.

Los escritores aliadófilos sacaban buen partido de esta tendencia. En su panfleto *Guerra y Filosofía*, Mauricio de Wulf afirmaba: «La metafísica de Fichte, de Schelling, de Schleiermacher, de Hegel, Franz von Baader, de Feuerbach, da vértigo. Se nutre de nociones de absoluto inaccesibles y, a veces, contradictorias.» «La guerra por la guerra —añade— es un crimen. Es monstruoso, con Hegel y Bernhardt, hacer de ella una ley de la Naturaleza.»

Si bien era exacto que los intelectuales franceses, tomando pie en la posición patriotergermana de los alemanes, identificaban inexactamente los valores tradicionales del pensamiento alemán con la guerra, cayendo en el absurdo de afirmar, por ejemplo, que Kant (el autor de *La Paz Perpetua*) era un imperialista a lo von Bernhardt; también era verdad, por el contrario, que un núcleo aplastante de intelectuales burgueses alemanes durante la guerra se identificaron con los más lamentables errores oficiales y con los atropellos más monstruosos del imperialismo.

Así vemos a Wundt, en la revista *Scientia*, el mes de enero de 1915, intentando justificar el paso por Bélgica.

Ostwald, por su parte, uno de los grandes químicos alemanes, llevaba su *patriotismo* hasta el punto de publicar una historia de la química, sin incluir el nombre de Lavoisier.

Los más ponderados valores de la filosofía alemana seguían caminos parecidos. Max Scheler publicaba en 1915 su *Genio de la guerra y guerra alemana*, en un sentido nacionalista.

Sería necesario que transcurriesen catorce años para que se pudiese desglosar lo que había de pasión y fervor de momento, y lo que había, en los valores clásicos, de antiimperialista.

Así, en 1928, escribía Bach: «Separando ciertas partes del conjunto del pensamiento hegeliano, se puede, sin duda, interpretar como preludios de los puntos de vista de Treitschke, de Bernhardi y de sus adeptos. Pero es el conjunto lo que nos importa. Y el conjunto del pensamiento hegeliano repugna radicalmente a todo lo que es pangermanismo, imperialismo, o aun nacionalismo, a ultranza. Una filosofía que hace del Estado, la realización; de la idea moral, el espíritu moral, hecho manifiesto, la encarnación de la libertad, es, aunque algunas reservas se puedan hacer sobre la concepción hegeliana de la libertad y la moralidad, absolutamente incompatible con las ideas a las cuales se ha querido adscribir.»

Pero esta serenidad de criterio pudo venir más tarde. Durante la guerra y en los años inmediatamente anteriores, la tensión del ambiente no permitía ver las cosas sino al través del cristal que interesaba a la burguesía.

Solamente se encontraba algo de comprensión y pacifismo auténtico en algunos sectores de la juventud. Romain Rolland decía, en *Por encima del caos*: «Mientras las revistas consagradas y antiguas (las que corresponden a nuestra *Revue de deux mondes* o a nuestra *Revue de Paris*) están todas más o menos afectadas del ardor guerrero (como la *Neue Rundschau*, que publicaba las famosas divagaciones de Tomás Mann sobre *Kultur* y civilización), entre las jóvenes se intentan otros puntos de vista de los acontecimientos actuales.»

En los demás sectores intelectuales, la

literatura belicista imperaba por sus respetos.

Ernesto Lissauer, símbolo del modo de pensar y escribir de entonces, lanzaba su *Canto de odio a Inglaterra*. Dice así:

«Te odiamos con un odio grande y no renunciaremos jamás a nuestro odio. Odio sobre las aguas, odio sobre la tierra, odio del cerebro, odio de nuestras manos, odio de los martillos y de las coronas, odio mortal de sesenta y dos millones de hombres: ellos aman en común, odian en común; todos ellos no tienen más que un enemigo: Inglaterra.»

Salvo lo que pudiera pasar en el cerebro de aquel poeta tocado de histerismo, la única razón de aquel odio, que producía literatura semejante, era la competencia entre las manufacturas de las grandes casas alemanas con las inglesas.

Pero el furor literario llegaba hasta muy lejos. El patriotismo al servicio de la alta industria alemana se extendía hasta donde existiese un pequeño burgués alemán. Max Dauthendey, en Sumatra, comentaba en versos la guerra, y decía, poetizando sobre la lluvia: «Llueven lágrimas; los muertos de mi patria se juntan para llorar en torno mío.» Este germano nostálgico murió en Oceanía. Los patriotas aseguraron que Inglaterra lo había asesinado.

Los más inofensivos escritores iban entrando en la línea de fuego de la literatura nacionalista exaltada. Un poeta, puro, imitador de Mallarmé, consagrado a sus tareas editoriales artísticas, se alistaba en filas de los poetas convencionales del patriotismo, componiendo *Guerra* (1917), exaltación épica de la tradición alemana frente a Inglaterra y Francia.

En este aluvión de poetas, filósofos y escritores al servicio del capitalismo imperialista, destacaban los confeccionadores de frases. Las frases verificaban un efecto urgente sobre la conciencia. Evitaban el tener que pensar demasiado y daban estereotipada una idea fija, que se convertía en bomba arrojada.

«El hombre se embrutece en la paz», decía Th. Mann a sus jóvenes. «Se tiene derecho a destruir cuando se tiene la fuerza de crear», profería Gundolf.

Esta campaña de fanatización se venía realizando desde antes de 1914, mientras la guerra se preparaba, y se siguió reali-

zando después de 1914, para mantener en pie el espíritu guerrero.

Antes de la guerra se realizaban a un tiempo las dos labores: ir preparando los proyectos y las futuras campañas, según confiesa, por ejemplo, Luddendorf en sus *Recuerdos de la guerra* sobre la toma de Lieja, e ir fanatizando a las multitudes alemanas con el veneno patriótico, la exaltación religiosa y las consignas demagógicas de su bienestar inmediato.

Después de la guerra, esta campaña imperialista persistió en la literatura oficial. Como influencia de ella surgió la novela alemana de la guerra, la escrita entre 1914 y 1918, prólogo imprescindible de la de postguerra, escrita del 18 en adelante. Veamos cuál es el sentido de la novela de guerra alemana, forjada mientras se combatía en el frente, al conjuro de los tópicos patriotas, o nacida como reacción ante el hecho incalculable que ceñía el talle de Alemania como un cinturón de fuego.

II

La novela de guerra entre 1914-18

Vamos a ver cuáles fueron dentro de la novelística alemana los efectos de aquel ambiente literario favorable al imperialismo nacionalista.

Destaquemos, pues, en primer término las producciones inspiradas en un criterio bélico, al servicio de los afanes de conquista y dominio.

Un escritor de una fulminante influencia sobre los jóvenes de su tiempo, aparece en primer término: Thomas Mann. Su lema es «Guerra al *Zivilisationsliterat*.» La trayectoria literaria de Mann era tortuosa. Algo sajón en sus comienzos, había reminiscencias de Wilde en su *Muerte en Venecia*, y de Thackeray, en *Los Buddensbrooks*. La guerra rompe la unidad de su obra. Surgen entonces sus *Betrachtungen eines Unpolitischen*. Obra atormentada, con influencias de Schopenhauer y Nietzsche. Allí se derrocha una gran erudición y una habilidad dialéctica máxima para probar la superioridad alemana. Oigámosle:

«Somos profundamente diferentes de nuestros enemigos, es verdad; somos militaristas, conformes; no somos demócratas, tenemos horror del liberalismo francés e

inglés, pero tenemos derecho a ser así, y estimamos que siéndolo, somos superiores a nuestros adversarios.»

El sentimiento de la derrota provoca en Mann un fenómeno de desorientación y reacción pesimista:

«No creo en una fórmula para el hormiguero humano; no creo en la república democrática, social y universal; no creo que la Humanidad sea hecha para la dicha; no creo ni siquiera que anhele la felicidad: no creo en la fe, solamente creo en la desesperación.»

Esta posición negativista de ultrapesimismo es el resultado lógico de una mentalidad pequeñoburguesa, orientada hacia finalidades de hegemonía y dominación. Es el fenómeno del filósofo pequeñoburgués Spengler escribiendo su *Decadencia de Occidente*, por el hecho de la decadencia del imperialismo germánico. Es el sentido de toda la novela de la guerra derrotista.

La burguesía alta y pequeña de Alemania creyó llegado el momento de la desaparición de la historia. Y rebrota la literatura antivital del pesimismo. Por el contrario, el proletariado alemán no comparte este sentido derrotista, y da pruebas de una vitalidad más formidable que nunca, enroscándose en partidos de violencia, en sendas nuevas de la historia.

Unos, minoría, con las consignas demagógicas de Hitler; otros, mayoría, con el cauce redentor del partido comunista.

Pero no adelantemos las reflexiones sobre períodos que no nos interesan en este instante. Regresemos al período de la guerra.

Son muchos los escritores que se enrolan en esta dirección imperialista de la novela.

Aparece en primer plano Frenssen, con sus dos novelas: *Jorn Uhl*, sobre la guerra del 70, y *Die brüder*, sobre la del 14. Esta versa sobre cuatro hermanos de la familia Ott, de Holstein: Klaus, Eggert, Reimer, Harm. Va dirigida contra el poderío británico. Eleva la necesidad de la guerra a la categoría religiosa.

En la misma dirección marcha Walter von Molo, autor de *Friedrich* y de *Louise*. Para von Molo, la Humanidad es Alemania. Dios vela sobre Alemania. Alemania tiene que imponer al mundo el alto sentido de sus fines. Krupp es el brazo del Eterno.

Frente a este sentido del destino de Ale-

mania como pueblo, se levanta el otro camino: el destino de los alemanes como hombres. Hay novelas que glorifican a la supernación Alemania. Hay también novelas que glorifican a los superhombres o a las superhembras.

Otto Soyka, austriaco —como Hitler— y mesianista —como Hitler— representa esta tendencia con su *Der entfesselte Mensch*, publicado a fines de la guerra. Es el concepto nietzscheano del superhombre, hecho literatura imperialista. La energía de Alemania vitalizará al mundo decadente. La aurora de un nuevo derecho purificará todos los destinos de la tierra. Ese nuevo derecho lo crea la fuerza. Y no hay otra fuerza como la alemana.

La misma intención palpita en las producciones de Gabriela Reuter, autora de *Die Herrin*. El postulado niezscheano —voluntad de poderío— encarna en la baronesa de Dottum-Elend. Es la superhembra. La mujer alemana, reflejo de la nación alemana. Una novela feudal.

Iguales ambiciones palpitan en la obra de Fedor V. Zobeltitz, historiador novelado del Junkertum prusiano de principios del siglo XX. Zobeltitz aspira a la militarización de la juventud, creando en ella un espíritu imperial.

Frente a este bloque de novela imperialista se yergue la literatura pacifista durante la guerra. Eran aquellos momentos los más duros e inoportunos para hacer pacifismo. Una tolvenera de rencores y odios se imponía sobre todos los hombres. Había que echar los cimientos de una literatura antimilitar. Y se echaron. Con fatiga, en un ambiente oficial erizado de hostilidades. Pero había entonces, como después, muchos géneros de pacifismo. El pacifismo de los derrotistas, el pacifismo del que no ha podido vencer. Y el de los sentimentales insustanciales. Y el de los advenedizos, los agregados a la paz. Y el de los que sentían la tragedia popular, de hombres que iban a batirse por causas que no les interesaban, por empresas cuyos intereses estaban contrapuestos a los intereses mismos del proletariado. Este era el verdadero pacifismo. El más vitalizador: el único.

De este género de pacifismo hay tres autores principales.

El primero es Leonardo Frank. En *Der*

Mensch ist gut, Leonardo Frank veía claro. Su novela se construye sobre los principios cordiales innatos al hombre. Pretende excitar la convicción, pero también el horror y la piedad. Habla a la inteligencia, al instinto y al sentimiento. A los tres focos vitales del espíritu.

Parte del postulado rousseauniano de la bondad innata. «El hombre es bueno», dice desde el título hasta el final de su obra. Y agrega: «Todos somos hermanos.» Para Frank, el amor es el sentido profundo de la vida. Su obra se construye sobre estos postulados, de lejana silueta tolstoiana. Son sencillos y elementales, y eficaces por lo mismo. Hay temas tópicos y eternos en su libro. La madre que pierde a su hijo, y encuentra para sus gritos un eco en los lectores de Frank. Robert, el hombre ínfimo, el camarero de un café, a quien un día los principios arrastran como un vendaval, y se hace máquina humana, movida y motriz de ideas. Se lanzan también acusaciones concretas. Tras una niebla suave y grata de sencillas afirmaciones —fraternidad, amor, bondad innata— se alzan las siluetas de los culpables, de los tremendos culpables, de los culpables que traicionaron. Nos dice: «Yo no puedo gritar viva el Káiser o viva Hindenburg, porque yo no soy socialdemócrata.»

Al lado de Leonard Frank, la alta figura de Heinrich Mann, Heinrich es el antípoda de éste. En cierto modo, un Romain Rolland. No ha sabido despojarse de todos los lastres de su época, pero se esfuerza en comprender. Nutre sus libros de un sentido social que los hace eficaces.

Sus obras van marcando línea ascendente: *La duquesa de Assy*, *El profesor Unrat*, *Madame de Legros*, hasta llegar a *Los pobres*, requisitoria contra los ricos en la guerra. Y, sobre todo, *Der Untertan*, concluida en julio de 1914 y publicada después del armisticio.

En *Der Untertan* hay influencias complejísticas, de toda la variada formación intelectual del autor. Hay especialmente viva reminiscencia de Strindberg, y su *Confesión de un loco*.

S. Montero-Díaz

(Continuará.)

Consultorio sociológico de ORTO

PREGUNTAS: ¿Qué dice la Biblia sobre el infierno eterno y la pena de fuego que eternamente quema, sin consumir a las almas, y después de la resurrección, a los cuerpos y a las almas unidos a ellas? ¿Es necesario creer en esta horrible cosa para ser cristiano y para ser católico?

RESUESTA: Sí; es doctrina de fe, dogma infalible de la llamada Iglesia católica, la creencia de que, después de la muerte, los condenados irán al infierno, donde serán eternamente castigados con penas de fuego real, tan espantoso en opinión de los teólogos, que el fuego de este mundo es, en relación con aquél, como pintado.

También es doctrina infalible, que debe creerse, bajo pena de dejar de ser católico, que después de la resurrección serán atormentados con este fuego, además de la privación perpetua de la presencia de la divinidad, los cuerpos y las almas resucitadas.

Las llamadas grandes Iglesias evangélicas, anglicanos, luteranos, calvinistas, Iglesia griega, ortodoxa rusa... también tienen esta creencia absurda y blasfema como cosa de fe dogmática y cierta; sólo algunas Iglesias evangélicas de tipo liberal, como los unitarios, Iglesia católica liberal, Iglesias cristianas espiritistas... han abandonado esta creencia, interpretando, racionalmente y rectamente la Biblia, donde creen poder fundarla los cristianos y los católicos.

Es muy interesante y muy... sencillo, probar de dónde partió el engaño de interpretación bíblica. He lo aquí:

El Antiguo y el Nuevo Testamento, la Biblia completa, fué escrita en hebreo, el primero, y en griego el segundo, menos el llamado Evangelio de San Mateo, que, escrito primero en hebreo, fué traducido después al infracaldeo; sólo tres palabras existen en la Biblia, que pueden traducirse por infierno, en la Vulgata, traducción latina de la Biblia, llena de errores e interpolaciones; son éstas: *Sheol*, *Hades* y *Gehenna*. La palabra *Sheol*, en el Viejo Testamento, existe sesenta y cinco veces; ella tiene siempre, como la palabra griega *Hades*, la significación de lugar escondido, sepultura, cueva, abismo, muerte; ni aun forzando el sentido y el genio de las lenguas hebrea y griega, se puede ver en esta palabra nada que haga referencia a algo ocurrido fuera de este mundo, y, desde luego, ningún sentido real de fuego, demonios, penas eternas, tormentos eternos.

Se refieren exclusivamente a la condición de los muertos en su tumba terrestre; todas las veces que Jesús habla de infierno en el texto primitivo griego se encuentra la palabra que en este idioma tiene la significación de *Hades*, rigurosamente tomada con arreglo a todas las reglas filológicas, significando nada más que muerte, error, pecado, que arrastra a la muerte. Y la superchería es tan clara, que algunos traductores de la Biblia traducen, en unos lugares, la palabra hebrea *Sheol* y la palabra griega *Hades* por *infierno*, y en otros, por *muerte*. Todas las veces que el Nuevo Testamento, escrito en griego, emplea la palabra *Hades*, completamente equivalente al *Sheol* hebreo, se traduce en la Vulgata, arbitrariamente y falsamente, por *infierno*

eterno, cuando esta palabra, aun en sentido tropológico o figurado, no podría traducirse más que por estado de insensibilidad de los espíritus en la tumba o en la muerte; nunca por algo que haga relación a una vida después de la muerte.

En la Biblia, *Sheol*, traducido por *infierno*, en la Vulgata latina, texto oficial del catolicismo y en muchas versiones protestantes, significa siempre *morada de los espíritus buenos o malos*, sin distinción, abismo, cueva, túmulo, lugar oculto; y los traductores dejaron prueba plena de su incompetencia o mala fe. Veámosla: Los traductores, inspirados de esta Vulgata, traducen en Job, c. 14, v. 13, la palabra *Sheol* por sepulcro, y ESTA MISMA PALABRA, *Sheol*, en *Psalmos*, XV, 10, por *infierno*, siendo cierto que, en ambos lugares, la misma palabra no tiene otro significado que *sepultura*.

La Biblia es un libro hermético, que habla en sentido figurado frecuentemente, y el genio de las lenguas en que fué originalmente escrita, aun forzando el sentido verdadero, no permite interpretaciones como la aprovechada por los teólogos para enseñar al mundo, aterrando a los hombres, para mejor apoderarse de sus conciencias y de sus... dineros. Es lástima no poder desarrollar este timo bíblico delatando los lugares de la Biblia, donde se confirman las afirmaciones indicadas.

PREGUNTA: ¿Todos los sacerdotes de las Iglesias católicas están ahora obligados al celibato?

RESPUESTAS: No. Esa doctrina, contraria al espíritu de libertad evangélica, ya que Pedro y la mayor parte de los apóstoles eran casados, y aun los obispos, como consta en las Epístolas de Pablo a Timoteo, I, III v. 2412: «Es necesario que el obispo sea irreprochable, esposo de una sola mujer, que tenga hijos en sujeción con toda honestidad.» «Los diáconos sean esposos de una sola mujer que... gobierne bien sus hijos», y añade, condenando proféticamente la doctrina obligatoria de la Iglesia de... Pablo, en el capítulo IV v. 3: «En los postreros tiempos apostatarán algunos de la fe dando oído a espíritus de error y a doctrinas de demonios... QUE PROHIBIRAN CASARSE.» Es curioso que San Pablo condenase llamándole demonio a uno de sus sucesores. (Yo creo que Pablo fué más el primer papa que Pedro.) Calixto II, que en 1119 excomulgó en el Concilio de Reims a todos los eclesiásticos casados, declarando bastardos a sus hijos.

La gran Iglesia católica apostólica griega, que obedece al papa romano, sigue la tradición apostólica y autoriza a sus presbíteros el matrimonio, siguiendo en el pleno uso de sus funciones ministeriales. Casi todos son casados, y el papa romano, que sigue siendo el jefe de esta Iglesia, lo permite. También en las Iglesias católicas ortodoxas rusa y oriental, son casados sus sacerdotes, si así lo desean. Las Iglesias católicoliberales y todas las Iglesias evangélicas del mundo aceptan la libertad de casarse o no casarse sus sacerdotes. En la práctica, la Iglesia romana sabe que la mayor parte de sus sacerdotes tienen mujer o mujeres, además de las que comparten con sus fieles. En regiones como

América, Oriente, Africa y otras, alejadas de Roma, es cosa tolerada por los obispos que hacen la vista gorda, para que la hagan con ellos, la conservación de una *compañera* en las casas rectorales y, en algunos lugares, los propios fieles no están tranquilos con sus pastores si no siguen esta *costumbre inmemorial* por miedo a sus *propias mujeres*.

En algunas leyes y fueros españoles se regulaba la cantidad, calidad, vestidos y condiciones de las mujeres, amas o barraganas de los curas, y es interesante que, en el fuero de Vizcaya, donde tanta superstición reina ahora, se concediesen hasta dos *barraganas* a cada cura para tranquilidad de las mujeres honradas del lugar. El celibato eclesiástico fué una medida *política* de dominación de los papas. Pablo IV, hablando con su legado al Concilio de Trento, decía: «Sin el celibato, el papa no sería más que el obispo de Roma.» Y en este Concilio, el legado del papa, decía: «Si se permitiese el matrimonio a los sacerdotes, sus mujeres y sus hijos serían otros tantos rehenes que responderían de su obediencia a los príncipes y les harían renunciar, a la larga, de la Iglesia.»

Hasta fines del siglo III, los santos padres y los cristianos combatieron el celibato y se casaban los sacerdotes y obispos; pero ya en el siglo IV, San Ambrosio, San Agustín y San Jerónimo, tres viejos cansados, predicaron el celibato; ellos, que en su juventud, según sus propias declaraciones, fueron muy poco castos... en el 314, el Concilio de Ancyra prohibió, por primera vez, el matrimonio a los eclesiásticos, en su canon 10, no absolutamente, sino bajo ciertas condiciones; el de Nyceya, 325, puso a discusión esta cuestión, pero el venerable obispo Papnucio, casto y célibe, lo combatió con tales y tantas razones, que arrastró a la mayoría del Concilio y quedó a la espontánea decisión de los sacerdotes *casarse o no*, según su voluntad; el Concilio de Granges, 377, depuso al obispo Fustato, que quería obligar al celibato a sus clérigos, y en su canon IV condenó a todo el que se atreviese a sostener que no se debían recibir sacramentos de manos de sacerdotes casados. El patriarca Siricio, en 385, fué el primero que se atrevió a prohibir el matrimonio a sus clérigos. El papa Inocencio I confirmó esta prohibición, pero no fueron obedecidos. El historiador eclesiástico Fleury y otros aseguran que en cada diócesis hacían los obispos libremente lo que les parecía mejor.

Desde el siglo IV hasta el siglo VII, los Concilios se contradecían unos a otros sobre este punto; unos negaban lo que otros concedían, pero los sacerdotes católicos seguían viviendo con sus mujeres y sus hijos más o menos libremente, según la tolerancia mayor o menor de los obispos. En el siglo III vivían en íntima sociedad con el clero CELIBES, llamadas agapetas o subintroductas. Eusebio, historiador eclesiástico bien ortodoxo, afirma que los obispos no tenían más remedio que tolerar esta costumbre, siendo muy tolerantes con estas mujeres que, afirma el historiador eclesiástico, se sustituían en lugar de las esposas. San Cipriano y otros santos hablan de estas subintroductas piadosas... «para el alivio del celibato».

Debían ser algo así como las amas de cura de todos los tiempos, que van a parir fuera de la parroquia y crían sus hijos habidos del... Espíritu Santo lejos del hogar común.

Esta espantosa prostitución de que hablo en mi libro próximo a publicarse —*Las religiones desamascaradas y la ciencia religión triunfante*— continuó hasta bien entrado el siglo V. Entonces se ideó

un remedio, peor que el mal (?) que se trataba de evitar. Los obispos obligaron a vivir, día y noche, con todo sacerdote, aunque fuese prelado, a otro sacerdote que lo vigilase, respondiendo de la conducta de su compañero. Estos acompañantes tenían un nombre *jeo*, que no quiero escribir. Seguramente restos de esto son los llamados familiares o fámulos de los obispos, obligados a vestirlos, desnudarlos y atender a sus más íntimas necesidades, que aún duran y ejercen su cargo en los palacios episcopales, aunque muy disminuidas sus facultades, ya que ahora son un criado privilegiado del obispo, su espía y confidente, el correvedile de las curias y un candidato a la ordenación y a un buen destino por los servicios prestados; siempre es un pobre de beca, uno que, por sus propios medios no hubiera podido seguir la carrera de sacerdote, el fámulo del obispo.

Desde el siglo III hasta el siglo VII se estuvo debatiendo con suceso vario la cuestión del celibato. El Concilio de Ancyra había prohibido el matrimonio a los sacerdotes bajo ciertas condiciones, pero esto sirvió para que, según afirma Cornelio Agripa y otros historiadores veraces, muchos abandonasen sus mujeres y sus hijos, uniéndose a las subintroductas... de marras: «Ciertó obispo —añade este autor— citado por La Chatré, se alababa en público de tener en su diócesis once mil sacerdotes concubenarios que le daban un escudo de oro todos los años por tolerar sus... queridas o subintroductas. He aquí —concluye— por qué se oponía a su matrimonio.»

Abolida la vida en común de los clérigos por ser el remedio peor que la enfermedad, las costumbres eclesiásticas fueron de mal en peor, culminando la inmoralidad de los clérigos en los siglos XI y XII, y los sacerdotes y obispos vivían públicamente en concubinato, poligamia con subintroductas o se casaban sin obedecer a los cánones; por fin, Gregorio VII estableció, en el Concilio de Roma, el año 1074 los cánones, imponiendo la pena de excomunión a los clérigos que contrajesen vínculo matrimonial, pero... nada decía a aquellos que vivían en concubinato con subintroductas o amas.

El Concilio de Trento, en su sesión 24, canon 3, confirmó esta doctrina declarando nulos los matrimonios de clérigos, sacrílegos sus hijos, excomulgados y... sospechosos de herejía y privados de sus beneficios. Nada dijo de los clérigos que vivían con subintroductas o... amas de cura, costumbre pintoresca y natural que, atravesando los siglos, llegó a nuestros días en toda la cristiandad, como pueden comprobarlo los lectores, observando la vida y costumbres de nuestros clérigos, obispos y demás comparsa. Y menos mal que no vuelva a establecerse la piadosa costumbre de vivir los sacerdotes por parejas para vigilarse y responder de la castidad...

Ya está complacido mi comunicante sobre este escabroso tema que tanto puede dar de sí, aun a través de las leyes y de las costumbres de la cristiandad. No se asusten, pues, los fieles al ver la piadosa costumbre de curas con ama; es antigua en la santa Iglesia de Dios; y mejor es esto que la participación de la misma cristiana en varios lechos a la vez santos y no santos, costumbre bastante extendida también en la cristiandad entre beatas fervorosas y clérigos truchimanes, que se ríen de Concilios y papas.

Yo, personalmente, que tuve algunas subintroductas, amas.

MATIAS USERO

Notas de libros

Biografías

1.º La figura pálida, sin trenzas, de la última reina de Francia, aparece hoy en un libro de Hilaire Belloc (*María Antonieta*. Hilaire Belloc. Espasa-Calpe) lleno de interés y belleza literaria.

El signo fatalista, hermosamente trágico, de esta reina cuyo cuello había sido torcido por el destino para que la guillotina, en una caricia suave, cortante y definitiva, lo poseyese, se ve latir, mandar y guiarla a través de este libro.

Un oculto ritmo de tragedia tiene su vida, un manantial escondido de sangre. Todos sus movimientos tienen sombras de pecado y de muerte.

María Antonieta, más bella que su destino, nació al sonar la primera descarga en la Guerra de los Siete Años, y hasta que murió, cada día de su vida fué un aniversario de sangre, pólvora y errores.

Sus amistades —variadas y peligrosas— cuando se acababan aceleraban su caída. Sus errores —deformados y agrandados muchas veces— no eran un simple tropezón, sino una línea en el pliego de cargos. Sus acciones —impredictadas y alegres— maduraban lentamente en una larga primavera para surgir enormes en la cárcel cuando la sombra de los barrotes de la reja, como agujas de un reloj de sol, le iban marcando en el suelo de la celda las horas de su encierro.

Su vida la dominó, porque ella no quiso —ni supo— dominar su vida. No se preocupó casi de este pequeño detalle de quién guiaba a quién. Desde niña le gustó sentirse mecida por el balanceo de lo imprevisto, ese balanceo que al final iba a sentir cuando la carreta, balanceándola también, la conducía hacia el patíbulo que se alzaba delante de los jardines de su antiguo palacio.

No sintió ni interés ni pasión por nada; sólo sus hijos la preocuparon.

Y cuando el destino bordaba su silueta sobre un bastidor, copiando para un tapiz el cuadro dinámico de la Revolución, cada pasada de la aguja la sentía indiferentemente, y de haberse fijado en algo, habría sido en los colores de los hilos: el rojo, el blanco y el azul...

2.º En la mitad del siglo XIX se destaca, montado a caballo, la espada en la mano y el gorro militar gallardo sobre la cara, teniendo por fondo las tierras floridas y frescas de América, los campos cansados y grises de España y las montañas áridas y sin sangre de África, la figura del general Prim.

Prim, en su época despoblada de hombres eminentes, fué un Robinsón inteligente, que supo atender a todos los puestos que la falta de hombres dejaban vacíos. Por eso fué, por imperativo de las circunstancias, por escalafón del destino, diplomático, político y militar.

Pudo —todo hay que decirlo—, en estas condiciones, haber salvado definitivamente a España, pero a él, hombre de balas y campos de batalla, le faltó valor para realizar esta obra de reconstrucción, de volver a empezar. Y entonces, al soplo fácil y sereno del viento dinástico, varió su veleta, traicionó

sus principios y sirvió a una causa que le costó la vida.

Su muerte, misteriosa y folletinesca, fué la primera señal que indicó a los traidores, a los que empiezan un camino y luego lo dejan, el destino tan justo que les esperaba. Porque los fogonazos de pólvora y nieve en la calle del Turco no mataron al general que había caracoleado triunfante en la batalla de los Castillejos, sino al hombre indeciso y tal vez premeditado que no seguía con rectitud sus antiguas promesas.

La vida densa, fuerte y desorientada del político, diplomático y militar, está contada, siguiendo un guión auténticamente histórico, en un libro que acabo de leer (Emeterio S. Santovenia. *Prim, el caudillo estadista*. Espasa-Calpe).

3.º La colección de vidas españolas e hispano-americanas del siglo XIX, que publica Espasa-Calpe, acaba de lanzar un nuevo volumen que viene —a tiempo— a recordarnos, a sacar a la luz otra vez, la figura del padre Castañeda, aquel fraile medio loco, caminante y piadoso que tan jugoso gusto de boca deja su historia.

Un escritor fino y ágil, como es Arturo Capdevila, ha dado a la biografía todo el aspecto gracioso y poético necesario para que podamos leerla con más amenidad, si es que su tema no fuera de por sí lo bastante interesante y entretenido.

Este libro (*La santa furia del padre Castañeda*. Arturo Capdevila. Espasa-Calpe) recoge, al detalle, toda la línea que la gracia y la santidad del fraile franciscano ha trazado sobre la piel del nuevo Continente. Una crónica que se lee con gusto.

Cuentos soviéticos

Acaba de aparecer en los escaparates una antología (*Cuentos soviéticos*. Editorial Zeus) de cuentistas rusos de la joven generación.

Con esta serie —dieciocho cuentos— tenemos la suficiente base para empinarnos y poder dominar todo el panorama literario de la Rusia actual.

El libro tiene un gran interés por las firmas que reúne: Fedin, Babel, Ogniev, Pilniak, Glandkov, Ehrenburj, etc.

Nueva educación

Uno de los problemas más interesantes y más difícil de resolver es el que se le presenta a todo padre, a todo maestro, cuando un niño empieza a sentir la necesidad de una orientación en su naciente sexualidad.

Para dar una idea sencilla a padres y maestros será muy conveniente que lean un libro recientemente publicado (*La educación sexual del niño*. William J. Fieding. «Cuadernos de Cultura»), cuyo texto, empapado de una orientación moderna y valientemente expuesto, servirá de guía para poder iniciarse en estas materias.

De la lectura de este folleto sacarán una idea

muy útil que les ha de servir para cumplir una de las funciones más delicadas que con relación a los niños y a su educación se les presenta.

El libro es una de las mejores obras que sobre esta materia se han publicado.

ALVARO ARAUZ

Madrid, abril.

Traite general de Science economique.

Théorie du salaire et du travail salarié, Christian Cornelissen. Un volumen de 718 páginas, 90 francos.—Editor, Marcel Giard, París.

La primera edición del libro sobre el salario de nuestro compañero Cornelissen data de 1908. Desde entonces se han producido muchos cambios, y los acontecimientos de la guerra y postguerra han provocado modificaciones sensibles en las condiciones del trabajo. Esta segunda edición ha sido aumentada considerablemente en su conjunto con nuevos ejemplos, confirmando y robusteciendo la teoría del autor. Se han aumentado dos capítulos tratando de los salarios de guerra y especialmente los salarios pagados durante la guerra de 1914-1918 y la posguerra, de las «fabricaciones en serie» del cronometraje, taylorización, salarios a prima, etc.

La primera parte del libro, «La introducción», comprende una crítica metódica de las diferentes teorías del salario, crítica muy detallada, en lo que respecta a las teorías de las dos grandes escuelas modernas: la teoría utilitaria austríaca y anglo-americana y la teoría del costo de producción, especialmente marxista. La tercera parte estudia las condiciones del trabajo según las profesiones y los oficios. La cuarta parte examina algunas influencias especiales, obrando sobre estas condiciones (medio social, extensión de las empresas, marcha general de la producción, crisis o prosperidad, etc.). Y, por último, la cuarta y última parte, contiene la teoría general del salario elaborada por el autor. Sobre todo, Cornelissen parte en su obra y se documenta en hechos debidamente constatados y ciertos.

El libro de nuestro camarada Cornelissen es una obra maestra digna de recomendar a todos aquellos compañeros que, sabiendo francés, se interesen por estos problemas económicos.

El comunismo libertario y el régimen de transición, Christian Cornelissen.—Editorial ORTO, Valencia, 2 pesetas.

En estos momentos, en que se debate el futuro de nuestra sociedad, es indispensable conocer este interesante libro del gran economista holandés y querido camarada. En él estudia de una manera completa y meditada la forma en que puede realizarse el comunismo libertario y la manera de salvar los inconvenientes que se ofrecen en su camino. El conocido economista, de fama internacional y muy conocido en los medios sindicales, va exponiendo magistralmente los distintos aspectos de la etapa de transición. Entre ellos: la producción industrial, la organización de las industrias bajo la dirección de los Sindicatos obreros, distintas ma-

neras de apreciar el problema de la moneda, la organización de la agricultura, justicia y policía en una sociedad comunista, el derecho comunista, los deberes del comunismo libertario, etc.

Quizá sea ésta una de las exposiciones más sentadas que se haya escrito hasta la fecha sobre este tema.

Concordancia del espiritismo con el comunismo y el anarquismo, por José María Reyes.—Editorial Maucci, 4 pesetas.

José María Reyes se ha ido formando, en sucesivas etapas de luchador y hombre experimentado, en el ideal del espiritismo, según advierte su prologuista; y, efectivamente, este proceso de su formación intelectual se advierte a través de su interesante obra.

Reyes, de criterio amplio, no ha podido sustraerse al capitalísimo papel que en el desenvolvimiento de la sociedad juega la lucha de clases. ¿Cómo es posible —viene a preguntarse— que los que todo lo fiamos a la ley del progreso indefinido no marchemos de acuerdo con los que trabajan por la liberación económica de la humanidad?

Por eso Reyes afirma que el espiritismo no sólo es compatible con teorías reivindicacionistas como el comunismo y el anarquismo, sino que completa a éstas, ya que unas y otras se basan en el mismo principio de igualdad y en idéntico anhelo de perfeccionamiento humano.

Peregrina parecerá la tesis a más de un lector; sobre todo a aquellos que del espiritismo han hecho un monopolio tan lucrativo a veces, como mantenedor de vanidades; pero los que no están corroidos por prejuicios, acaso encuentren en las observaciones del autor sugerencias aprovechables para la discusión y el estudio. Este es un mérito innegable del libro.

M. C.

Otros libros recibidos y de los que nos ocuparemos en sucesivos números de esta Revista: *La revolución social*, de Guillermo Cabanellas, Editorial Indice, Madrid, 3'50 pesetas; *El problema social y humano visto por Krishnamurti*, Revista de la Estrella, Madrid, 0'40 pesetas; *Apropiación social de la tierra*, de C. Villalobos Domínguez, Buenos Aires; *Cómo se hace un diario*, de Felipe Alaiz, Ediciones Horizonte, Barcelona, 0'50 pesetas; *Hipótesis, experimentación y perfeccionamiento*, por I. Puente, Ediciones Horizonte, Barcelona, 0'50 pesetas. (Estos dos últimos folletos de la colección «Una hora de lectura», que, dirigida por el conocido publicista y querido compañero Alfonso Martínez Rizo, ha empezado a publicarse recientemente.)

Revistas recibidas: *Estudios*, Valencia; *El Combate Sindicalista*, Valencia; *Sindicalismo*, Barcelona; *Crisol*, Méjico; suplemento de *Tierra y Libertad*, Barcelona; *Freedom*, Nueva York; *Plus Loin*, París; *L'en Dehors*, Orleáns; *La Patrie Humaine*, París; *Nosotros*, Buenos Aires; *Nervio*, Buenos Aires; *Le Petit Bara*, París; *Nuestro Cinema*, París; *Monde*, París; *Revue Economique International*, Bruselas, y otras que detallaremos en nuestro número próximo.

GRÁFICAS REUNIDAS.—Grabador Esteve, 19, Valencia

B I B L I O T E C A

ORTO

Luis Morote, 44 - VALENCIA - España

EL SINDICALISMO (Historia-Filosofía-Economía), por *Marín Civera*.—3 pesetas.

PATERNIDAD VOLUNTARIA (Guía práctica de los medios para evitar el embarazo), por *Hildegart*.—2 pesetas.

PLAN FINANCIERO QUINQUENAL DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA, por *José López Tomás*.—5 pesetas.

TEATRO DE MASAS, por *Ramón J. Sender*.—2 pesetas.

JESUITISMO Y MASONERIA (Dos ideales opuestos), 250 páginas, por *Matías Usero Torrente*, ex sacerdote misionero católico.—4 pesetas.

SEXUALISMO REVOLUCIONARIO (Amor libre), magníficamente presentado, por *E. Armand*.—2'50 pesetas.

COMO ACTUABAN LOS BOLCHEVIQUES EN LA CLANDESTINIDAD (traducción directa del ruso por *A. Nin*), *Krasin, Bogomolov, Guerchánovich*.—4 pesetas.

1945. EL ADVENIMIENTO DEL COMUNISMO LIBERTARIO (una visión novelesca del porvenir), por *Alfonso Martínez Rizo*.—2 pesetas.

LA ULTIMA VICTIMA DE LA INQUISICION (el maestro de Ruzafa, Cayetano Ripoll), por *Julio Noguera López*; ilustraciones de *Rivadulla*. 2 pesetas.

PERVERSIONES SEXUALES (El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas), por el *Dr. Benjamín Tarnowski*. Con un extenso prólogo, traducción y láminas de la señorita *Hildegart*. Epílogo del *Dr. Havelock Ellis*. Con abundantes fotograbados en couché de todos los homosexuales célebres en la Historia.—2 pesetas.

EL AMOR DENTRO DE 200 AÑOS, por *Alfonso Martínez Rizo*.—2 ptas.

COMO SE CURAN Y COMO SE EVITAN LAS ENFERMEDADES VENEREAS, por *Hildegart*. Con ilustraciones.—4 pesetas.

EL PROLETARIADO ANTE EL SEXO, de *N. Tarassov*. (El derecho al aborto. El aborto legal y clandestino).—1 peseta.

«EL CAPITAL», DE CARLOS MARX, AL ALCANCE DE TODOS, de *Carlo Cafiero*. Prólogo de *James Guillaume*.—2 pesetas.

LIBERTINAJE Y PROSTITUCION (*Grandes prostitutas y famosos libertinos*), por *E. Armand*. Una obra sensacional acerca la influencia del hecho sexual en la vida política y social del hombre. Ilustrada con numerosos grabados y fotografías.—10 pesetas.

Ultimos **CUADERNOS DE CULTURA** publicados:

N.º **75.** **Hellen Key, o la libertad de amar y la mujer de mañana**

Por SANTIAGO VALENTI CAMP

N.º **76.** **El origen de la raza humana**

Por G. SCHWALBE

Seguirá: **El anarquismo y la transformación social**

Por V. MÁRQUEZ SICILIA

Acaban de aparecer

**Prostitución, abolicionismo
y mal venéreo**

del Prof. **LUIS HUERTA**

Una obra de palpitante actualidad para todo aquel que quiera enterarse del estado actual de la prostitución en España y en el mundo; la reglamentación, el abolicionismo, la trata de blancas, etc.

Precio: 4 pesetas

**El comunismo libertario
y el régimen de transición**

de **CHRISTIAN CORNELISSEN**

El conocido economista holandés de fama internacional y muy conocido en nuestros medios sindicales, va exponiendo magistralmente los distintos aspectos de la etapa de transición: la producción industrial; la organización de las industrias bajo la dirección de los Sindicatos obreros; distintas maneras de apreciar el problema monetario; la organización de la agricultura; justicia y policía en una sociedad comunista; el «derecho» comunista; el arte, la moral, etc.

Precio: 2 pesetas

En prensa, una obra sensacional del ex sacerdote misionero católico

MATIAS USERO TORRENTE

**Las religiones desenmascaradas
o el triunfo de la Religión-Ciencia**

Un tomo de más de 300 páginas en las que el autor pasa revista y compara todas las religiones a la luz de la ciencia y con el criterio modernísimo.

Los grandes conocimientos del autor y su larga experiencia religiosa, hacen de este libro un caso único y digno de figurar en todas las bibliotecas de los hombres libres.

HAGA SUS PEDIDOS A ESTA ADMINISTRACION